

The background of the cover is a large, detailed painting of a man in full plate armor, likely a historical figure. The man's face is partially visible at the top, looking slightly to the right. The armor is highly detailed, showing rivets and textures. The overall tone is dark and dramatic.

Crímenes Célebres Los Médicis

ALEJANDRO DUMAS



Lectulandia

En sus «Crímenes célebres» Dumas recrea la historia de personajes notorios como los Borgia, los Cenci, María Estuardo y el mariscal Murat. El presente libro describe cómo la historia de los Médicis y de su ciudad, Florencia, transcurre paralela a la de las casas reinantes europeas que dominaron la escena política en los siglos xv al xviii.

Con Juan de Médicis, nacido en 1360, se configura un linaje de personajes excepcionales, del que destacan Cosme, llamado el Padre de la patria, Lorenzo el Magnífico y el gran duque Cosme I.

Al ambicioso camino —marcado por conjuras, como la célebre de los Pazzi, asesinatos y estratégicas alianzas— hacia la consecución y consolidación de su poder, se suma en los Médicis una faceta diferencial, que les confiere un valor único: su amor y dedicación a las artes, las letras y las ciencias, que se transmite, como si de una herencia genética se tratara, de generación en generación.

Alrededor de los Médicis brillaron, entre otros muchos, Bramante, Brunelleschi, Donatello, Masaccio, Mantegna, Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Maquiavelo, Pico della Mirandola, Cellini y Galileo.

Nunca, en ningún otro país, se concentró en un reducido espacio y en un tiempo limitado tanta excelencia en el campo del saber.

Lectulandia

Alexandre Dumas

Crímenes célebres. Los Médicis

ePub r1.0

Titivillus 18.06.16

Título original: *Les Médecis*
Alexandre Dumas, 1845
Traducción: Mar Benavides Amate

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

Rama mayor

I

Todo lo que fue grande en la historia de la Humanidad quiso serlo siempre aún más con comienzos fabulosos. Atenas se vanagloriaba de haber sido fundada por Minerva; Julio César se creía descendiente directo de Venus.

Lo mismo ocurrió con los Médicis. Dicen que uno de sus antepasados, de nombre Averardo de Médicis, se encontraba en Italia a finales del siglo VIII en el entorno de Carlomagno. De todos es sabido que esta campaña del rey franco tenía como finalidad combatir a los bárbaros quienes, por aquel entonces, infestaban Italia. Averardo, retado por un gigante longobardo llamado Mugello, aceptó combatirlo resultando vencedor y heredó, según la costumbre de la época, no sólo las armas, sino también los bienes del vencido.

De ahí los castillos, las ciudades y las tierras que los Médicis poseyeron, desde la más remota antigüedad, en esta parte del territorio florentino que aún hoy conserva el nombre del gigante. Y más aún, por la marca que su maza dejó grabada tras un golpe dado sobre el escudo de oro de Averardo: la marca de sus seis nudos de hierro, marca con la que Averardo haría sus armas. La tradición no dice cómo estos agujeros cóncavos se convirtieron en bolas convexas. Hasta aquí la fábula. En cuanto a la historia, veamos.

* * *

La estirpe de los Médicis, si nos remontamos al pasado más lejano, siempre se nos ha presentado como grande y popular. Ni siquiera los disturbios que enrojecieron el blanco lis de la República hicieron cambiar ni el nombre de su familia ni sus armas, cosa que demuestra que nunca fue gibelina. Cuando Totila se apoderó de Florencia, los Médicis abandonaron la ciudad y se refugiaron en el Mugello. De ahí el origen de sus castillos y de sus casas de campo. Pero cuando Carlomagno hubo reconstruido Florencia y le hubo devuelto, a cambio de su protección, una cierta importancia, los fugitivos regresaron para habitar la ciudad. En primer lugar vivieron en el Foro del Rey, desde entonces llamado Viejo Mercado, siendo en aquella época el barrio de toda la nobleza. Sus primeras casas y sus primeras torres fueron levantadas en la plaza de Suchiellinai, conocida ya como plaza de los Médicis, y fueron encerradas en el recinto del gueto.

En cuanto a sus armas, que como ya dijimos continuaron siendo siempre las mismas, sus enemigos apostaban a que eran como una especie de píldoras de uno de sus antepasados, que era médico, el cual, habiendo gozado de una cierta celebridad, tomó su nombre y su blasón de la misma profesión que ejercía. Fuera como fuese, es posible que no exista una sola familia, no sólo en Italia sino en ningún otro país del

mundo, que haya ostentado un puesto tan alto y dilatado en la historia de su país como el que ocuparon los Médicis en la historia de Florencia. En efecto, la suprema magistratura de los priores fue creada en 1282 y el confalonierado diez años después; un Médicis, Ardingo de Buonaventa, ya fue prior en 1291 y confaloniero, en 1295; y posteriormente la misma familia contó entre sus miembros con sesenta y un priores y treinta y cinco confalonieros.

* * *

Pero, ¿queremos saber qué había sido de los Médicis a finales del siglo XIV? Escuchemos lo que escribió sobre esta familia en un libro de memorias escrito con su propio puño, uno de sus más ilustres hijos, Fuligno di Conte, dirigiéndose a sus descendientes. El manuscrito data del año 1370.

«Y por favor os ruego —dijo él— que conservéis no sólo la inmensa fortuna, sino también la alta posición que os han proporcionado nuestros antepasados, las cuales son grandes y siempre han tenido por costumbre serlo aún más, pero que, por desgracia, comienzan a declinar por la penuria de hombres valientes. Así nos encontramos en estos momentos; nosotros, que teníamos por costumbre no contarlas —pues mucho era lo que poseíamos—. Y nuestro poder llegó a alcanzar tal relevancia que a todo hombre que fuera importante se le decía: “eres tan grande como un Médicis”; y siendo tan conocida nuestra justicia que cada vez que acaecía un acto de violencia gritaban: “si un Médicis hubiera hecho esto, ¿qué se diría?”. Y sin embargo, a pesar de haberse visto venida a menos, nuestra familia continúa siendo la primera en cuanto a posición, clientes y riqueza y que Nuestro Señor a bien tenga conservar así, pues en el día en que escribo estas palabras, alabado sea Dios, quedamos aún de nuestra raza unos cincuenta hombres de corazón».

Es cierto que Fuligno di Conte escribía estas líneas durante la época grande de la República, es decir, entre Farinata de los Uberti, que fue el Coriolano, y Pietro Capponi, que fue el Escipión.

A Fuligno di Conte, conocido por sus Memorias, le sucedió Silvestre de Médicis, conocido por sus acciones. Nacía cuando Dante moría; había jugado de niño al pie del campanario de Giotto, el cual se alzaba majestuoso desde la tierra; había conocido a Petrarca y a Boccaccio quienes, con un año de diferencia el uno del otro, fueron a reunirse con Dante; fue contemporáneo de un tal Colluccio Salutati, del cual Visconti decía temer más a una sola de sus cartas que a mil caballeros florentinos; había asistido a aquella extraña revuelta de los Ciompi que hizo cambiar todo en la República, alzando lo que era bajo y rebajando lo que ya estaba elevado; había visto cómo rodaban, sin ni siquiera haber sido juzgados, las cabezas de Pietro Albizzi, de Jacopo Sachi, de Donato Barbadori, de Cipriano Mangione, de Giovanni Anselmo y de Filippo Strozzi, un antepasado de otro Strozzi quien, dos siglos más tarde moriría también por la República. Había visto cómo era exiliado Miguel de Lando,

que le había arrebatado de las manos el confalón; había oído contar cómo Juana de Nápoles, vieja enemiga suya, había sido asfixiada en el castillo de Muro, entre una cama y un colchón de plumas. Había vivido siempre en Florencia, centro de la política italiana, y sin embargo había hallado el modo de encontrarse en medio de todas estas situaciones sin perder su dignidad entre la nobleza. Los preceptos de Fuligno di Conte, sin duda escritos para él, fueron seguidos, pues, por él; y Juan de Médicis, cuando llegó al confalonierado, se encontró que en medio de todas estas revueltas civiles su casa, en vez de decaer, se había engrandecido.

* * *

Juan de Médicis era, efectivamente, el hombre que hacía falta para continuar con todo esta grandeza. ¿Queremos conocer no sólo lo que pensaba, sino lo que escribía Maquiavelo de todo esto, quien, como bien sabemos, no era dado a elogios? Abramos, pues, en el libro IV, su *Historia florentina* y podremos leer lo que a continuación sigue:

«Juan de Médicis fue misericordioso en todo; no sólo daba limosna a quien se la pedía, sino que incluso se adelantaba a las necesidades de aquéllos que no se la pedían; apreciaba por igual a todos sus conciudadanos, felicitando a los buenos y compadeciéndose de los malvados. Jamás pidió honores y, sin embargo, los tuvo todos; nunca fue a palacio alguno sin ser llamado y, no obstante, siempre era requerido para cualquier asunto de importancia. Se acordaba de los hombres cuando sufrían y los ayudaba para que pudieran prosperar. Ni siquiera en medio de cualquier botín tocó los bienes del Estado ni puso jamás la mano sobre el tesoro público a no ser que fuera para hacerlo crecer. Afable para con los magistrados, el cielo le había otorgado en sabiduría lo que le negó en elocuencia. Aunque al principio pudiera parecer melancólico, pronto se apreciaba en él su carácter alegre y resuelto apenas pronunciaba las primeras palabras».

Nació en 1360, fue elegido dos veces prior, una vez confaloniero y otra como uno de los Diez de la guerra. Embajador en la corte de Ladislao, rey de Hungría, junto al papa Alejandro V y en la República de Génova, no sólo llevó a buen puerto las misiones que se le encomendaban, sino que también adquirió gran prudencia en el manejo de asuntos importantes de manera que su influencia iba aumentando entre los poderosos, así como su popularidad entre los ciudadanos. Fue sobre todo durante la guerra contra Filippo Visconti cuando su buen hacer se desplegó doblemente, pues en un principio se opuso a esta guerra, vaticinando que acabaría mal y cuando los acontecimientos hubieron justificado su predicción y que a los impuestos ya existentes se tuvo que añadir otro nuevo, en contra de su interés y del de los grandes, tuvo la destreza de introducirlo de manera que no sólo afectara a los bienes de las tierras, sino también a los bienes de mobiliario; y más aún: aquél que poseyera cien florines debería depositar medio florín en el tesoro de la patria. Esto supuso el primer

ejemplo de impuesto que afectaba a todos por igual. Llegado a este punto de su vida, su popularidad era tan grande que con el aplauso de todos hubiera podido erigirse en autoridad pública. Cosa que, por otra parte, muchos le aconsejaron. Sin embargo, él siempre respondía a estos malos consejeros que no quería otra autoridad en la República que no fuera la que se le acordara por ley a cualquier otro conciudadano.

En todo fue Juan de Médicis bendecido por Dios. En Riccarda Bueri encontró a la mujer digna de él; con ella tuvo dos hijos: Lorenzo, llamado el Viejo, y Cosme, apodado el Padre de la patria.

Murió a finales de febrero de 1428, y fue enterrado en la sacristía de la basílica de San Lorenzo, que databa del siglo IV y que había sido incendiada en el año 1417. Los parroquianos decidieron entonces rehabilitarla, pero Juan, el más rico y magnífico de todos, no contento con el mezquino plano que se le hubo presentado, llamó a Filippo Brunelleschi, quien treinta años después quedaría inmortalizado gracias a la cúpula del Duomo, y le encargó a cuenta suya, un monumento más grande y noble. Brunelleschi se puso manos a la obra, pero aún habiendo comenzado lo más pronto que pudo, Juan de Médicis vendría a reclamar su puesto antes de ser acabada la obra. Su funeral costó a sus hijos mil florines de oro; sus hijos lo acompañaron a la sepultura con veintiocho de sus parientes, así como todos los embajadores de las diferentes potencias que por aquel entonces se encontraban en Florencia.

Es en este punto donde tiene lugar en el árbol genealógico de los Médicis la gran división que prepara grandes protectores de las artes y memorias a la Toscana. La rama gloriosa continuará creciendo en la República con Cosme, el mayor de los hijos de Juan de Médicis, y que dará al futuro duque Alejandro. La rama se separará con Lorenzo, su hermano menor; y, gloriosa durante el principado, dará a Cosme I.

* * *

Llegaba pues la era brillante de la República florentina. Las artes brotaban por todos lados: Brunelleschi edificaba sus iglesias; Donatello tallaba sus estatuas; Orcagna esculpía sus pórticos; Masaccio pintaba sus capillas. En fin, la prosperidad pública caminaba en paralelo con el progreso de las artes, haciendo de la Toscana —situada entre la Lombardía, los Estados de la Iglesia y la república veneciana—, no sólo el país más poderoso, sino también el más feliz de toda Italia. Cosme llegaba, pues, en unas inmejorables circunstancias.

Al heredar las riquezas privadas de su padre, Cosme heredaba también su influencia en los asuntos públicos. El partido que habían seguido siempre sus antepasados y que él mismo tenía intención de seguir, era el formado por los Alberti, partido que tenía por finalidad limitar la autoridad de la oligarquía, realzando la del pueblo. Al igual de prudente que su padre, pero con un carácter aún más firme, cada acción de Cosme tenía más fuerza, cada palabra, más libertad, más expansión su intimidad. Estando fuera del gobierno, nunca tuvo ocasión de atacarlo, aunque

tampoco lo alababa. Si actuaba bien, el gobierno estaba seguro de su elogio, si por el contrario actuaba mal, estaba seguro de su reprobación. Y este elogio y esta reprobación eran de una importancia suprema, pues su seriedad, sus riquezas y sus clientes le conferían la influencia de un hombre público. Es cierto que no era jefe de gobierno, pero quizás fue mucho más siendo su censor.

El hombre que dirigía por aquel entonces los asuntos de Florencia era Rinaldo de los Albizzi. Al contrario que Cosme, su carácter era impaciente y orgulloso, de modo que, como a través de la máscara de imparcialidad con la que se cubría su adversario, éste penetraba sus esperanzas, todo de su parte le era insoportable, ya fuera elogio o reprobación. Además, los jóvenes que con él llevaban los asuntos eran igual de impacientes que él ante este frío control y sólo esperaban aprovechar la más mínima ocasión para llevar a cabo una ruptura abierta y armada y así, de esta manera, expulsar a Cosme de la ciudad. Pero sin éxito alguno, pues fueron detenidos por la fría mano de un hombre que había envejecido en medio de las agitaciones de la República y cuyos cabellos habían encanecido durante todas las revueltas populares. En efecto, Nicolò da Uzzano, jefe de la República en aquella época, había visto a los florentinos adherirse a los que les prometían un gobierno tranquilo, horrorizados como estaban del gobierno sanguinario de Ciampi, cansados de ver rodar tantas cabezas; y estos últimos, a su vez, se habían extralimitado en su poder y veían cómo poco a poco los ciudadanos iban alejándose de ellos; se sentían rechazados a causa de su altanería y su orgullo y observaban cómo los ciudadanos se unían a cualquiera que les prometiera un gobierno más popular. Por otra parte, Cosme veía cómo iba creciendo contra él la ira contenida, pero sin volver la vista hacia el lado dónde podía amenazar la tormenta, mientras ordenaba finalizar la capilla de San Lorenzo y mandaba construir la iglesia del convento de los dominicos de San Marcos; hacía levantar el monasterio de San Frediano, así como construir los fundamentos del bello palacio Riccardi. Luego, ante la amenaza abierta de sus enemigos, abandonaba Florencia y se iba al Mugello, cuna de su estirpe, para edificar allí el convento del Bosco y de San Francisco; regresaba para supervisar sus capillas del noviciado de los padres de la Santa Cruz, del convento de los Ángeles, y de los Camaldulenses; luego salía de nuevo para apremiar la construcción de sus magníficas mansiones de Careggi, de Cafaggiolo, de Fiesole y de Trebbio y fundaba en Jerusalén un hospital para los pobres peregrinos. Luego regresaba para ver cómo iba su hermoso palacio de Via Larga.

Todos estos edificios inmensos crecían a la vez, dando ocupación a un ejército de artesanos, obreros y arquitectos. Quinientos mil escudos se invertían, es decir, de cinco a seis millones de nuestra moneda actual, sin que el fastuoso ciudadano pareciera empobrecido por este eterno y real gasto.

Y es que Cosme era mucho más rico que cualquier rey de la época; su padre Juan le había dejado cuatro o cinco millones y él, a cambio, había multiplicado por diez su patrimonio. En diferentes lugares de Europa tenía dieciséis entidades bancarias, tanto

a su nombre como al de sus clientes. En Florencia todo el mundo estaba en deuda con él, pues su bolsa estaba siempre abierta a todos; en opinión de ciertas personas, esta generosidad era el resultado de una acción calculada de tal manera que se decía que tenía por costumbre aconsejar la guerra para así forzar a los ciudadanos que se habían arruinado a recurrir a él. Y de este modo procedió cuando la guerra de Lucca, aunque, según contaba Varchi, fue gracias a sus visibles virtudes y a sus vicios secretos y escondidos lo que le permitió llegar a ser príncipe de una república que estaba siendo ya más esclava que libre.

Hemos de intentar comprender cómo era la influencia de un hombre de esta envergadura; un hombre que, a pesar de todo lo que consiguió y no hallando el modo de seguir gastando el dinero en su patria, fundó en Venecia la biblioteca de los canónigos regulares de san Jorge y prestó trescientos mil escudos a Enrique IV, rey de Inglaterra, el cual reconocería que fue gracias a estos trescientos mil escudos que pudo recuperar su reino.

Cuanto más se expandía este poder que envolvía Florencia como una red dorada, más crecía el odio de Rinaldo de los Albizzi contra Cosme. Nicolò da Uzzano recordaba sin cesar que no se conspirara abiertamente contra un hombre que tenía en sus manos tales medios de resistencia. Pero Nicolò da Uzzano murió y Rinaldo de los Albizzi quedó a la cabeza del partido y sólo esperó una cosa para explotar: que el azar diese a la República una Señoría donde sus partidarios fueran mayoría. La elección de magistrados tenía lugar cada tres meses; así pues, con un poco de suerte, una vez de cada cuatro la fortuna estaría de su parte. Era, pues, cuestión de esperar seis meses o como mucho, un año.

Rinaldo de los Albizzi no se había equivocado en absoluto en sus previsiones. Al cabo de dos o tres renovaciones, la suerte hizo que Bernardo Guadagni saliera como confaloniero allá por los meses de septiembre y octubre de 1433, y otros ocho nobles enemigos de Cosme, que habían entrado al mismo tiempo en la Señoría, aseguraron a Rinaldo la mayoría. Por lo demás, Guadagni estaba del todo entregado a Rinaldo, a quien no sólo debía el pago de sus deudas, sino también la remisión de sus contribuciones. Y no poseyendo nada, no tenía nada que perder y sí mucho que ganar en una conmoción civil.

La impaciencia del odio impidió a Rinaldo esperar más tiempo. Seguro como estaba de su mayoría, ordenó a Cosme de Médicis comparecer en palacio el 7 de septiembre. Los amigos de Cosme temieron lo peor y le aconsejaron que huyera o que apelara a las armas a sus partidarios, pero ninguno de estos dos consejos comulgaba con su carácter; así que cogió el oro que tenía guardado y fue a presentarse ante la Señoría.

Un tribunal lo esperaba: sobre él caía una acusación de peculado referente a las guerras de Lucca y esta acusación llevaba implícita la pena de muerte. Lo detuvieron y lo encerraron en la torre del palacio.

Fue en esta torre, que aún hoy en día existe, donde Cosme pasó verdaderamente

los cuatro días más tormentosos de su vida, pues durante cuatro días no osó probar bocado por miedo a que los alimentos que le llevaban estuvieran envenenados. Su carcelero se dio cuenta de este temor y él mismo probaba la comida que acababa de servirle para así tranquilizarlo. Cosme, viendo que podía encontrar amistad en este hombre, le encargó que entregara mil florines a Bernardo Guadagni a fin de que éste pidiera su exilio en lugar de su cabeza. Rinaldo de los Albizzi convocó una comisión para juzgar a los criminales que hubieran conspirado contra la salud del estado.

La comisión consistía en un tribunal que el pueblo nombraba en las grandes ocasiones a fin de procurar ayuda a la Señoría. En un primer momento se podría creer que este nombramiento —que respondía a la voluntad de todos— prometía un tribunal imparcial; y en absoluto era así: cuando la Señoría convocaba al pueblo, éste sabía de antemano con qué finalidad había sido convocado. Entonces, todos los ciudadanos cuya opinión estuviera en armonía con el objetivo propuesto por la Señoría acudían a la plaza pública, mientras que, al contrario, los que se oponían o bien no venían por temor, o bien eran alejados de allí violentamente. Y así ocurrió con Cosme, pues era costumbre hacerlo, de manera que los doscientos ciudadanos elegidos por el pueblo resultaron ser todos partidarios de Rinaldo de los Albizzi.

Rinaldo de los Albizzi estaba convencido de que de esta manera lograría su venganza. Cosme fue conducido ante la comisión y Guadagni, traidor, lo acusó de haber hecho quebrar las empresas y negocios de los florentinos en Lucca, así como de haber desvelado algunos proyectos de la República a Francisco Sforza, amigo suyo. La comisión aceptó en su totalidad la acusación ante el tribunal y había decidido de antemano creer todo lo que le comunicaran y a castigar en consecuencia; pero cuál no fue la sorpresa de Rinaldo de los Albizzi cuando Guadagni, en lugar de condenarlo a muerte, lo condenó al exilio. Los mil florines de Cosme habían sido sembrados en tierra fértil y habían dado su fruto y ahora el interés que devolvían era la vida del que los había depositado.

Cosme estuvo diez años exiliado en Savona y el resto de su familia y amigos más íntimos compartieron su proscripción. Abandonaron Florencia en la madrugada del 3 de octubre y cuando llegaron a Venecia fueron recibidos por una diputación que ante ellos enviaba la reina del Adriático.

* * *

No obstante, la proscripción de sus más ilustres ciudadanos había sido acogida por Florencia con ese silencio desaprobador que acosa siempre toda acción impopular de los gobernantes. Parecía que acabaran de arrancarle el corazón a la capital de la Toscana con Cosme ausente: el dinero, la sangre comercial de los pueblos, parecía haberse agotado con su ida. En efecto, todos los grandes proyectos incipientes quedaron interrumpidos. Las casas de campo, los palacios, iglesias que apenas habían levantado un palmo del suelo quedaron a medio acabar o sin finalizar y parecían más

bien ruinas que atestiguaran que alguna desgracia había acaecido a la ciudad. Ante tanta construcción interrumpida, los obreros se reunían reclamando el trabajo y el pan que se les había arrebatado y cada día estos grupos eran más numerosos, más hambrientos y amenazadores. Nunca fue Cosme más influyente en Florencia como ahora que no se encontraba allí.

Durante este tiempo, fiel a su sistema de política pecuniaria, reclamaba a sus deudores lo que le debían y procedía de forma tranquila, sin amenazas, como si fuera un amigo que lo necesitara y no como un acreedor que va tras el dinero prestado. Argumentaba para ello que era el exilio el causante de estas demandas, que de haber continuado en Florencia no hubiera actuado con tanta urgencia, y que él mismo hubiera gestionado sus numerosos negocios. Aunque a la mayoría de ellos los cogía desprevenidos y claro, o bien no podían saldar las deudas o bien les molestaba hacerlo. Esto provocó que el descontento pasara de los obreros a los ciudadanos.

Nada se comentó al respecto, pero apenas hubo pasado un año del exilio de Cosme, que la impopularidad del nuevo gobierno había llegado a su cima. Así pues, como suele ocurrir casi siempre en este tipo de existencia providencial de los estados, la suerte, que un año antes alcanzara a Rinaldo de los Albizzi, recayó de pronto sobre Cosme de Médicis. Nicolás de Corso Donati fue nombrado confaloniero para los meses de septiembre y octubre de 1454 y con él fueron elegidos ocho señores públicamente conocidos entre los partidarios de los Médicis: Florencia saludaba su elección con un grito de alegría.

Rinaldo de los Albizzi comprendió lo que significaba esta demostración popular. Según la costumbre, tres días debían transcurrir entre el nombramiento de los nuevos elegidos y su entrada en el ejercicio; Rinaldo seguía siendo el dueño durante estos tres días y quiso aprovecharse de ello creando una comisión para anular a través de ella la elección que acababa de tener lugar. Pero los más fervientes partidarios de Rinaldo comprendieron qué tipo de terreno devorador era esta lucha en la plaza pública, teñida desde hacía un siglo con la más noble sangre de Florencia. Así pues, Rinaldo de los Albizzi no encontró en ellos más que una insoportable y abrumadora frialdad y tuvo que esperar el desenlace de futuros acontecimientos para poder proceder. Éstos llegaron raudos y veloces como un rayo. Apenas hubo entrado en funciones, Corso Donati lanzó sobre su predecesor la misma acusación de peculado que había perseguido a Cosme, y lo hizo comparecer ante palacio al igual que él hiciera un año antes con Cosme; pero en lugar de seguir el ejemplo de su predecesor y reconocer la competencia del tribunal que lo forzaba a comparecer, Rinaldo de los Albizzi, acompañado por Nicolò Barbadori y Ridolfo Peruzzi, se reunió armado junto con todo aquél que estuviera dispuesto a sostener su causa en la plaza de San Palinari. Corso Donati no daba crédito a esta súbita alzada de escudos y, no disponiendo de suficientes fuerzas en la ciudad para combatir contra los rebeldes, entró en conversación con ellos. Éstos cayeron en el error de negociar en lugar de marchar sobre el palacio. Durante la negociación, el confaloniero y la cofradía reunieron en

Florenia a los soldados que se encontraban dispersos por los alrededores; más tarde, cuando se sintieron con la suficiente fuerza y poder, convocaron al pueblo para elegir una comisión. Esta vez les tocó a los amigos de los Médicis hacer lo que en su momento hicieran los Albizzi. Se congregaron en gran número ante palacio y la elección tuvo como resultado doscientos jueces cuya sentencia era ya fácil de prever: la proscripción de Rinaldo de los Albizzi y el nombramiento de Cosme.

Rinaldo de los Albizzi, al oír los gritos de júbilo de la ciudad entera, reconoció que estaría perdido ante cualquier intento de luchar contra la opinión pública. Así pues procedió a su retirada silencioso y sombrío, sin resistencia, sin murmullo y con él cayó el gobierno oligárquico que había sacado a Florenia de las manos viles y sangrientas de Ciompi para llevarla, si no a un grado alto de prosperidad, al menos al grado más alto de su gloria. Tres miembros de esta familia: Maso Albizzi, Nicolò da Uzzano y Rinaldo de los Albizzi se sucedieron en el poder en un período de cincuenta y tres años, sin que unos u otros hubieran dejado nunca de ser simples ciudadanos. Contra su prudencia fría y calculada, contra su integridad hereditaria y contra su patriotismo inquebrantable, habían venido a chocar los proyectos de Gian Galeazzo de Milán, las agresiones de Ladislao, rey de Nápoles, y las tentativas de Felipe Maria Visconti. Como en otros tiempos Pompeyo y Catón, partieron, perseguidos por el empuje popular. Pero tanto en Florenia como en Roma, esta masa también aportaba los futuros tiranos de la patria. El regreso de Cosme supuso, ciertamente, la victoria de la democracia sobre la aristocracia; pero, el que fuera triunfador por su fortuna y por sus riquezas estaba demasiado por encima de los que todavía lo elevaban para que los considerase durante mucho tiempo, ya no diría yo como iguales, pero sí como ciudadanos.

II

En efecto, a partir de este momento Florencia, que no perteneció nunca a nadie más que a sí misma, se convertiría pronto en propiedad de una familia, que, habiendo sido expulsada tres veces, tuvo que volver otras tantas, aportándole, primero, cadenas de oro, luego cadenas de plata y, finalmente, cadenas de hierro.

Cosme regresó en medio de fiestas e iluminaciones públicas, y volvió a ocuparse de sus negocios, edificaciones y especulaciones, dejando en manos de sus partidarios, la labor de continuar con su venganza. Ésta sería cruel. Antonio, hijo de aquel Guadagni que lo había salvado por mil florines, fue decapitado junto a otros jóvenes amigos suyos. Cosme Barbadori y Zanobio Belfratelli fueron detenidos en Venecia y entregados por el gobierno veneciano reapareciendo en Florencia para subir sobre el mismo patíbulo.

Cada día tenía lugar una nueva sentencia de exilio que recaía sobre algún miembro de la familia de algún ciudadano y estas sentencias eran más o menos severas según la fortuna o la posición de aquél a quien éstas alcanzara, lo cual podía suponer para Cosme enemigos más o menos peligrosos. En fin, las proscripciones fueron tan numerosas que uno de los mayores partidarios de Cosme consideró que tendría que advertirle que de continuar así acabaría dejando vacía la ciudad. Cosme lo escuchó en silencio, levantó la cabeza lentamente, puso la mano sobre el hombro de su amigo, lo miró fijamente a los ojos y esbozando apenas una sonrisa le dijo:

—Prefiero despoblarla antes que perderla.

Y el inflexible aritmético continuó con su trabajo.

Cosme murió en su mansión de Careggi el 1 de agosto de 1464, a la edad de setenta y cinco años, sin haber visto mermada por un sólo momento su popularidad. Con él, las artes y las ciencias habían dado un paso gigantesco. Donatello, Brunelleschi y Masaccio habían trabajado bajo sus órdenes y supervisión. Constantinopla cayó rápidamente ofreciéndole la ocasión de acoger en el palacio Riccardi a los sabios griegos que huían ante Mahomet II, llevándose con ellos la herencia de Homero, de Eurípides y de Platón; en fin, su propio país lo coronó con esta aureola y lo saludó en su lecho de muerte otorgándole el nombre de Padre de la patria. De los dos hijos que tuvo con la condesa Bardi, su esposa, sólo uno lo sobrevivió. Pero Pedro no heredaría más que el espíritu comercial de su familia, así que se contentó con aumentar sus riquezas. Situado entre Cosme, el Padre de la patria, y Lorenzo el Magnífico, no consiguió otro sobrenombre que el de Pedro el Gotoso.

De su esposa Lucrecia Tornabuoni dejó dos hijos, quienes, a pesar de los deseos explícitos por el difunto de que lo acompañaran sin pompa hasta la iglesia de San Lorenzo, le erigieron una magnífica tumba, como a su tío Juan. Por aquel entonces,

estos dos hijos eran apenas unos niños; uno se llamaba Lorenzo y el otro Julián.

La mala salud, así como la impericia y avaricia de Pedro, habían sido fatales para la República: durante otros quince años según unos, seis, según otros, y sucediendo a su padre, fue jefe de la República más bien por hecho que por derecho. Florencia, amodorrada en el reposo que sigue tras una época de grandes catástrofes, dejó de dirigir —como había hecho hasta entonces— los asuntos y negocios de Italia, quedando relegada a un segundo plano en poco tiempo. La única marca de distinción que Pedro recibió de los otros Estados de Europa fue probablemente una carta de Luis XI en la que lo autorizaba a introducir tres flores de lis de Francia en una de las bolas que figuraban en sus armas.

Durante este periodo, que podemos fijar entre 1464 y 1470, los ciudadanos que gobernaron Florencia fueron Andrea Pazzi, Tommaso Soderini, Matteo Palmieri y Luigi Guicciardini. En cuanto a Pedro, ocupado con sus dolencias y cálculos especulativos en una u otra de sus mansiones, solamente regresaba a Florencia en las grandes ocasiones, sobre todo para que el pueblo no acabara olvidándolo. Entonces, se hacía transportar en su litera, saludando a todos a través de las pequeñas aberturas de ésta, como si de un rey se tratase.

Los que habían gobernado mientras estaba en vida, en absoluto temieron perder este mismo poder tras su muerte. Lorenzo, el mayor de los dos hijos de Pedro, había nacido el 1 de enero de 1448 y apenas contaba veintiún años, así pues, no podía pretender tener la suficiente influencia sobre magistrados que habían envejecido junto a algunas empresas públicas. Lejos, pues, de inspirar temor a Soderini, reconocido tácitamente por el resto de gobernantes como su jefe, o al menos eso parecía, éste en seguida reenvió a los dos Médicis a gobernantes y ciudadanos, quienes, a la noticia de la muerte de Pedro, habían venido directos a él. Pero los dos jóvenes los recibieron con tal modestia que nadie, viéndolos tan humildes, pudo desconfiar del futuro que se avecinaba.

En efecto, seis o siete años pasaron en la más profunda tranquilidad sin que ni Lorenzo ni su hermano —ocupados como estaban en finalizar sus estudios o reuniendo antiguas estatuas, piedras grabadas y cuadros de la incipiente escuela florentina— procuraran inquietud alguna, ni siquiera a los escasos viejos republicanos que aún sobrevivían. Es cierto que continuaban siendo poderosos, pero parecían no ser conscientes de ello y quizás fuera esta la razón por la que se les perdonaba todo, viendo el poco uso que hacían de este poder. Por otra parte, los Médicis ofrecían al pueblo bonitas fiestas de vez en cuando, en apariencia desinteresadamente y es por ello que hubiera estado mal visto cualquier mínimo intento de restarles popularidad.

Siendo apenas dueños de la inmensa fortuna que su padre les había dejado, se vieron obligados en una ocasión a dar prueba de su magnificencia: en la primavera de 1471 se anunció que el duque Galeazzo, en cumplimiento de una promesa, se disponía a partir a Florencia en peregrinaje, junto con su esposa Bonne de Saboya.

Se supo, en efecto, que se había puesto en camino con una pompa y fausto hasta entonces desconocidos: doce carros cubiertos de telas de oro cargados a lomos de mulos a través de los Apeninos, por carreteras y caminos donde aún no era posible el paso de coches; los precedían cincuenta hacaneas para la duquesa y sus mujeres de confianza, así como cincuenta caballos para el duque y sus guardias. Quinientos soldados de infantería, cien hombres armados y cincuenta sirvientes los seguían vestidos con telas de seda y plata; quinientos criados llevaban atados quinientos perros de caza y otros veinticinco mantenían en su puño veinticinco halcones, acerca de los cuales el duque acostumbraba a decir que no vendería el peor favorecido por menos de doscientos florines de oro.

En fin, alrededor de ocho millones de nuestra moneda actual conformaban el tesoro destinado a ostentar la autoridad de alguien que cinco años más tarde sería asesinado vilmente en la iglesia de San Ambrosio de Milán.

La República no quiso ser menos que su aliado y decidió que todo el séquito del duque fuera provisto de alojamiento y manutención a cargo del Estado. Lorenzo reclamó el derecho a recibir a Galeazzo y éste vino a vivir al palacio Riccardi.

Pero este falso lujo del duque milanés se vería pronto eclipsado ante la magnificencia del burgués florentino. Lorenzo, al contrario que su ilustre huésped, no tenía trajes cubiertos de oro y diamantes, pero sí disponía de salas donde guardaba toda clase de maravillas del arte antiguo, así como todas las muestras del arte moderno; a diferencia de Galeazzo, no poseía todo este séquito de cortesanos y criados, pero estaba rodeado de un círculo de hombres ilustres, sabios y artistas como ningún rey de la época hubiera podido tener. Éstos eran Poliziano, Ermolao, Chalcondile, Lascari, Andrea Mantegna, Perugino, Bramante y Leonardo da Vinci. El duque de Milán quedó realmente sorprendido por tales riquezas y tuvo que reconocer que alguien podía ser más grande aún que él.

Su estancia en Florencia fue breve; pero, a pesar del poco tiempo que pasó en ella, fue suficiente como para dejarse maravillar no sólo por lo que hasta ahora conocía de ella con respecto a su economía comercial, sino también por su aspecto de magnificencia, su culto a la ociosidad y su galantería. Lorenzo sintió cómo la ciudad entera temblaba de deseos y comprendió que Florencia podría dejarse vender cual simple cortesana y que ésta podría ser suya si era lo suficientemente rico como para comprarla.

Así pues, a partir de ese momento, redobló su magnificencia: cada día preparaba una nueva fiesta cuya finalidad era procurar al pueblo una vida placentera y no la vida de trabajo a la que estaba acostumbrado. Es cierto que a medida que los florentinos, cansados de tantos asuntos económicos, iban abandonando en las manos de quienes les estaban procurando diversión el gobierno de la República, ésta se fue alejando poco a poco de la política general de Italia. Todo se sumió en un periodo de torpor general e insólito. Florencia, ciudad de importantes deliberaciones y agitaciones populares, dejaba de ser objeto de gritos y amenazas para pasar a ser

objeto de elogios y deseos de prosperidad. Lorenzo le preparaba fiestas, le recitaba poesía, traía espectáculos a sus iglesias, ¿qué más podía necesitar Florencia? ¿qué finalidad tenía pasar duras jornadas de trabajo si los Médicis trabajaban para ella, velando por sus intereses? No obstante, quedaban algunos hombres que, todo hay que decirlo, más por interés propio que por el bien público y observando con atención las maniobras llevadas a cabo por Lorenzo y su hermano, esperaron el momento adecuado para devolverle —incluso a su pesar— la libertad a este pueblo que estaba cansado. Y estos hombres fueron los Pazzi.

* * *

Echemos un vistazo hacia atrás para así poder desvelar a nuestros lectores cuál fue la causa de este odio para que ellos mismos puedan juzgar hasta qué punto se trataba de egoísmo o de generosidad en la conspiración que a continuación explicaremos.

En 1291, cansado de los continuos desacuerdos de la nobleza y de su eterno rechazo a someterse a los tribunales democráticos, de los episodios violentos casi a diario poniendo siempre trabas al gobierno, el pueblo dictaminó una orden llamada *ordinamenti della giustizia* a través de la cual quedarían excluidas del priorato a perpetuidad treinta y siete de las más nobles y consideradas familias de Florencia sin que les fuera permitido reconquistar jamás los derechos de ciudadanía, ya fuera perteneciendo al gremio de algún oficio, ya fuera ejerciendo la práctica de una profesión. Además, se autorizó a la Señoría a añadir nuevos nombres a esta lista de treinta y siete cada vez que se observara que alguna familia quisiera seguir los pasos de la nobleza; según esta orden, sería castigada de igual manera. Los miembros de las treinta y siete familias proscritas fueron designados bajo el nombre de magnates, título honorable que dejaría de serlo, convirtiéndose desde entonces en un título infame.

Esta proscripción duró ciento cuarenta y tres años. Fue en 1434, cuando Cosme de Médicis resolvió reforzar su partido con algunas de las familias excluidas del gobierno una vez hubo expulsado de Florencia a Rinaldo de los Albizzi así como a la nobleza popular que gobernaba con él. De este modo permitió que alguna de estas familias entraran en el derecho común y, al igual que hicieran sus antepasados, participaran activamente en los asuntos públicos. Muchas de las familias aceptaron esta llamada política, entre ellas la familia Pazzi; ésta, olvidando que era de nobleza de espada, adoptó abiertamente su nueva posición y procedió a la apertura de una entidad bancaria que pronto se convertiría en una de las más importantes de Italia. Si bien los Pazzi, superiores a los Médicis en hidalguía, pronto se convertirían en rivales de éstos en tanto que comerciantes. Cinco años más tarde, Andrea de los Pazzi, jefe de la familia, ocupaba su asiento en la Señoría, el mismo del que fueron excluidos sus antepasados durante siglo y medio.

Andrea de los Pazzi tuvo tres hijos: uno de ellos contrajo matrimonio con la nieta

de Cosme, convirtiéndose así en cuñado de Lorenzo y Julián. Mientras vivió el ambicioso anciano supo mantener la equidad entre su prole; trató a su nieto político como si fuera su propio hijo, pues viendo prosperar rápidamente a esta familia de los Pazzi quiso no sólo hacerla una aliada, sino también una amiga. En efecto, la familia aumentó tanto en número de hombres como en el de riquezas, pues los dos hermanos que se habían casado tenían uno cinco y el otro tres hijos. La familia, pues, crecía en todas direcciones hasta que, contrariamente a la política de su padre, Lorenzo de Médicis pensó que podría jugar en beneficio suyo oponerse a un mayor aumento de riqueza y poder. Pronto se presentaría la ocasión de poder llevar a cabo esta nueva política. Giovanni Pazzi contrajo matrimonio con una de las herederas más ricas de Florencia, hija de Giovanni Borromeo; a la muerte de éste, Lorenzo promulgó una ley por la cual los sobrinos varones tendrían preferencia respecto a las mujeres de la familia; esta ley fue aplicada a la mujer de Giovanni Pazzi, contra toda costumbre anterior, y de esta manera perdió la herencia de su padre, pasando ésta a primos lejanos.

No fue la única exclusión que sufrieron los Pazzi. En su familia había nueve hombres que reunían las cualidades y edad requeridas para ejercer la magistratura y, sin embargo, todos fueron alejados de la Señoría a excepción de Jacopo, uno de los hijos de Andrea que nunca se casó y que fue confaloniero en 1464, es decir, en la época de Pedro el Gotoso y de Juan, marido de su hermana, y que había ocupado una vez un asiento entre los priores de la Señoría. Un abuso así de poder hirió de tal manera a Francesco Pazzi que éste se expatrió de manera voluntaria yéndose a Roma y allí asumió la dirección de una de sus principales sucursales. Se convirtió en banquero del Papa Sixto IV y de Girolamo Riario, su hijo, los dos mayores enemigos que tuvieron los Médicis en toda Italia. El resultado de estos odios reunidos fue una conjura en la misma línea que la que dos años antes, es decir, en 1476, había acabado con la vida de Galeazzo Sforza en la catedral de Milán.

Una vez decididos a atajar todo esto, Francesco Pazzi y Riario emprendieron la búsqueda de posibles cómplices. Uno de los primeros que encontraron fue Francesco Salviati, arzobispo de Pisa a quien, por enemistad con su familia, los Médicis no quisieron dejarle tomar posesión del arzobispado. Después se añadieron Carlo de Montone, hijo del conocido *condottiero* Braccio, que estuvo a punto de apoderarse de Siena, pero fue detenido por los Médicis; Giovanni Battista da Montesecco, jefe de los esbirros al servicio del papa; el viejo Jacopo Pazzi, que antes fuera confaloniero; otros dos Salviati, uno primo y el otro hermano del arzobispo; Napoleón Francezi, Bernardo Bandini, amigos y compañeros de juego de los jóvenes Pazzi; en fin, Stefano Bagnoni, sacerdote y maestro de lengua latina, profesor de una hija natural de Jacopo Pazzi, y Antonio Maffei, sacerdote en Volterra y escriba apostólico. Un sólo Pazzi se negó de manera obstinada a entrar en esta conspiración y se retiró a la campiña para que así no pudieran acusarlo de complicidad en este asunto.

Todo estaba listo y la única dificultad que se oponía al éxito de esta conspiración

era poder reunir a Lorenzo y a Julián en un lugar público. El papa esperó esta ocasión para ascender a la dignidad de cardenal al sobrino del conde Girolamo, Rafael Riario quien, con apenas dieciocho años, finalizaba sus estudios en Pisa.

En efecto, un tal acontecimiento debía ser motivo de extraordinarias fiestas; pues si bien, en el fondo, los Médicis eran enemigos del papa, siempre habían guardado ostensiblemente las apariencias de una buena y respetuosa amistad entre la República y la Santa Sede. Jacopo Pazzi invitó al nuevo cardenal a cenar a su residencia de Florencia añadiendo a su lista de invitados a Lorenzo y a Julián. El asesinato debería producirse al final de la cena; pero Lorenzo vino solo, pues, retenido por una intriga de amor, Julián encargó a su hermano que lo excusara. Así pues, tuvo que aplazarse para otro día la ejecución del complot. Todos creían que este día llegaría pronto, ya que Lorenzo, no queriendo ser menos que los Pazzi, invitó a su vez al cardenal a Fiesole y con él a todos los que habían asistido a la comida ofrecida por Jacopo. Pero esta vez Julián también volvió a fallar al sobrevenirle un fuerte dolor en una pierna; así pues, tuvo que aplazarse de nuevo la ejecución de la conspiración para otra ocasión.

Finalmente se fijó la fecha del 26 de abril de 1478, según Maquiavelo. Durante la mañana de aquel día, que era festivo, el cardenal Riario debía oír misa en la catedral y, como había prevenido a Lorenzo y a Julián de su intención, era probable que éstos no le fallarían y que acudirían a la ceremonia. Se avisó de esta nueva disposición a todos los que estaban implicados y se les atribuyó a cada uno de ellos el papel que tenían que desempeñar en esta sangrienta tragedia.

Francesco Pazzi y Bernardo Bandini eran los más encarnizados rivales de los Médicis, y como al mismo tiempo eran los más fuertes y los más hábiles, reclamaron para él a Julián, pues se decía que, tímido de corazón y débil de cuerpo, llevaba siempre consigo una coraza bajo sus ropas lo que supondría un asesinato más difícil y sangriento. El jefe de los esbirros pontificales, Giovanni Battista da Monteseco, ya había recibido y aceptado la misión de matar a Lorenzo en las dos comidas a las que había asistido, muerte de la que se libró por la ausencia de su hermano. Nadie dudaba esta vez de que estuviera igual de dispuesto que en las ocasiones anteriores; pero, ante la sorpresa de todos, cuando Monteseco supo que el asesinato tendría lugar en una iglesia, rechazó llevarla a cabo argumentando que estaba preparado para cometer un asesinato, pero no un sacrilegio y que por nada del mundo procedería a su ejecución si antes no le mostraban una carta de absolución del papa. Por desgracia habían descuidado este detalle tan importante de modo que, a pesar de insistirle reiteradamente, Monteseco continuó negándose. Así pues recurrieron a Antonio de Volterra y a Stefano Bagnoni, quienes, en calidad de sacerdotes —según dijo ingenuamente Antonio Galli—, tenían un menor respeto por los lugares sagrados. El momento escogido para actuar sería cuando el oficiante elevara la hostia. Pero no todo se resolvería con la muerte de los dos hermanos. Se tendría que tomar la Señoría y forzar a los magistrados a sancionar el homicidio en cuanto éste se hubiera

ejecutado. Esta misión fue encomendada al arzobispo Salviati quien se presentó en el palacio con Giacomo Bracciolini y unos treinta conjurados; dejó a veinte de ellos en la entrada principal, que, confundidos entre la gente que iba y venía, tendrían que pasar desapercibidos hasta el momento en que, a la espera de una señal, ocuparían la puerta. Luego, acostumbrado como estaba a los recovecos del palacio, conduciría a otros diez hasta la cancillería, con la recomendación de cerrar la puerta tras ellos y de no salir hasta que oyeran ruido; tras lo cual, él regresaría con la primera cuadrilla reservándose para sí mismo el derecho de detener al confaloniero Cesare Petrucci.

Sin embargo, una vez hubo empezado el sagrado oficio, la venganza parecía estar esta vez a punto de escapar de nuevo a los conjurados, pues Lorenzo vino solo. Francesco Pazzi y Bernardo Bandini decidieron ir a buscar a Julián.

Así que se presentaron en casa de Julián y lo hallaron con su amante. De nada le sirvieron las excusas de su dolor en una pierna; los dos enviados le dijeron que no podía eximirse de asistir a la misa asegurándole que su ausencia ofendería al cardenal. A pesar de la mirada suplicante de la mujer que se encontraba con él, Julián se decidió a acompañar a estos dos jóvenes, ciñendo un cuchillo de caza que solía llevar consigo; pero, apenas hubo dado algunos pasos, notó que el extremo del cuchillo le golpeaba la pierna enferma y se lo dio a uno de sus criados para que se lo llevara a casa.

Entonces Francesco Pazzi, sonriendo, lo rodeó con sus brazos, como a veces suele hacerse entre amigos, asegurándose así de que Julián no llevaba su coraza. De este modo se entregaba el pobre joven a sus asesinos, sin arma alguna ni ofensiva ni defensiva.

Los tres jóvenes entraron en la iglesia en el momento del evangelio. Julián se arrodilló al lado de su hermano. Los dos sacerdotes ya se encontraban en sus puestos. Francesco y Bernardo se dirigieron al suyo: una sola mirada entre los asesinos les indicaría que estaban preparados.

La misa continuó y la gente que llenaba la iglesia servía de pretexto a los asesinos para mantener bien juntos a los dos hermanos; por otra parte, éstos se sentían tan confiados y seguros al pie del altar como en su propia mansión de Careggi.

El sacerdote elevó la hostia y en aquel mismo momento se oyó un terrible grito. Julián, atacado por Bernardo Bandini con una puñalada en el pecho, se levantó completamente bañado en sangre y, dando tumbos, fue a caer a pocos pasos de la aterrorizada muchedumbre; lo seguían sus dos asesinos. Uno de ellos, Francesco Pazzi, se lanzó sobre él con tanto furor y le asestó tantos golpes que hasta él mismo llegó a herirse, clavándose el puñal en el muslo. Sin embargo, este incidente no hizo sino multiplicar su ira y continuó golpeándolo cuando Julián no era ya más que un cadáver.

Lorenzo corrió mejor suerte que su hermano. En el momento de la elevación de la hostia sintió cómo se apoyaba una mano sobre su hombro; al girarse vio brillar la hoja de un puñal en la mano de Antonio de Volterra. Instintivamente, se hizo a un

lado de manera que el hierro que tenía que atravesarle la garganta no hizo más que rozarle el cuello; en seguida se levantó ya de un solo movimiento sacó su espada con su mano derecha, envolvió su mano izquierda con su abrigo y se puso a la defensiva, reclamando ayuda a sus dos escuderos. En cuanto oyeron la voz de su amo, Andrea y Lorenzo Cavalcanti, espada en mano, corrieron en su ayuda. Los dos sacerdotes, viendo el peligro al que se exponían, soltaron sus armas y echaron a correr.

Al oír el ruido que hacía Lorenzo defendiéndose, Bernardo Bandini, que se encontraba ocupado con Julián, levantó la cabeza y vio cómo quien, se suponía, era la víctima más importante estaba a punto de escapársele. Así que dejó al muerto por el vivo precipitándose hacia el altar. En el trayecto se encontró con Francesco Novi que quería cortarle el paso y una breve lucha se desencadenó entre ambos: Francesco Novi cayó herido de muerte y, a pesar de que la lucha fue breve, a Lorenzo le bastó para deshacerse de sus dos enemigos. Bernardo se encontraba, pues, solo contra tres; Francesco quiso acudir en su ayuda, pero se dio cuenta de que estaba herido y casi estuvo a punto de caerse cuando se acercaba al coro. Poliziano, que acompañaba a Lorenzo, aprovechó este momento para hacerle entrar en la sacristía con algunos de los amigos que se habían reunido a su alrededor y, a pesar de los esfuerzos de Bernardo y de dos o tres conjurados, pudo empujar las puertas de bronce y las cerró desde dentro. Entretanto, Antonio Ridolfi, uno de los jóvenes más cercanos a Lorenzo, chupaba la herida que éste había recibido en el cuello, por temor a que estuviera envenenada, mientras que Bernardo Bandini, viendo que todo estaba perdido, cogió por el brazo a Francesco Pazzi y tiraba de él tan rápido como el herido pudiera seguirlo.

En la iglesia hubo un momento de confusión bastante fácil de comprender. El oficiante huyó tapando con su estola el Cristo al que se hacía testigo y casi cómplice de tales crímenes. Todos los asistentes corrieron hacia la plaza, saliendo por las diferentes puertas de la iglesia, a excepción de ocho o diez partidarios de los Médicis, que se reunieron en un rincón y que, espada en mano, acudieron prestos a la puerta de la sacristía, llamando a gritos a Lorenzo, diciéndole que si confiaba en ellos lo conducirían sano y salvo hasta su palacio.

Pero Lorenzo no tenía la más mínima intención de aceptar esta invitación tan rápidamente; pensó que podría tratarse de nuevo de algún otro engaño de sus enemigos para hacerle caer otra vez en la trampa de la que acababa de escapar. Entonces Sismondi della Stufa subió por la escalera del órgano hasta una ventana desde la que se podía observar bien la iglesia y vio que estaba completamente desierta, a excepción del grupo de amigos que esperaban a Lorenzo en la puerta de la sacristía, así como del cuerpo de Julián sobre el cual se hallaba una dama tan pálida e inmóvil que, de no ser por los sollozos que escapaban de su pecho, se hubiera dicho que se trataba de un segundo cadáver.

Sismondi della Stufa bajó e informó a Lorenzo de lo que había visto; éste retomó fuerzas y se atrevió a salir. Sus amigos, casi como si les fuera la vida en ello, se

dispusieron a conducirlo sano y salvo hasta su palacio de Via Larga.

Sin embargo, en el momento de elevar la hostia, las campanas habían sonado como de costumbre: era la señal esperada para los que aguardaban en el palacio. Es por ello que, al primer tintineo de la campana, el arzobispo Salviati entró en la sala donde se encontraba el confaloniero alegando, como pretexto de su visita, que debía comunicarle un mensaje secreto e importante de parte del papa.

Este confaloniero era, como ya dijimos, Cesare Petrucci, el mismo que ocho años antes y siendo alcalde de Prato, fue sorprendido por Andrea Nardi en una conjura parecida. Esta primera catástrofe, de la que estuvo a punto de ser víctima, había dejado en su memoria huellas tan profundas que desde entonces siempre estaba alerta; y tanto es así que, a pesar de que todavía no se sabía nada de los acontecimientos que estaban a punto de acaecer, apenas apreció la emoción reflejada en el rostro del arzobispo cuando se dirigía hacia él, en lugar de esperarlo, salió corriendo hacia la puerta topándose con Bracciolini que quería impedirle el paso. Pero Petrucci, cuya presencia inspiraba fuerza y coraje, lo cogió por el cabello y lo tiró al suelo poniéndole la rodilla sobre el pecho; llamó a sus guardias, que acudieron prestos. Los conjurados que acompañaban a Bracciolini quisieron ir en su ayuda, pero los guardias los empujaron hacia atrás matando a tres de ellos y lanzando a los otros dos por la ventana. Sólo uno quedó a salvo pidiendo auxilio.

Entonces, los que estaban en la cancillería comprendieron que había llegado el momento y se dispusieron a socorrer a su compañero, pero la puerta que tras ellos cerraron tenía un resorte que los dejó incomunicados no pudiendo volver a abrirla. Se encontraron, pues, prisioneros y, en consecuencia, imposibilitados para salir en ayuda del arzobispo. Durante todo este tiempo, Petrucci había acudido corriendo a la sala donde los priores daban audiencia y, sin saber todavía con precisión cuál era el asunto, los alarmó a todos de tal manera que los priores no tardaron en rodearlo, cada uno armándose con lo que pudo encontrar a mano. Petrucci atravesó la cocina, cogió un espetón, y después de hacer entrar a toda la señoría en la torre, se colocó ante la puerta, defendiéndola tan bien que nadie pudo entrar por ella.

Mientras tanto, gracias a llevar puestos sus hábitos sagrados, el arzobispo pudo atravesar la sala donde, cerca de los cadáveres de sus amigos, Bracciolini se encontraba prisionero y, haciéndole un gesto, le hizo saber al cautivo que venía en su ayuda. En efecto, apenas hubo aparecido por la puerta del palacio, el resto de los conjurados vinieron a su encuentro, pero, justo cuando se disponían a subir, vieron aparecer por la calle que conducía a la catedral a un grupo de simpatizantes de los Médicis que se acercaban gritando el lema propio de la casa, que era: *¡Palle! ¡Palle!* Salviati comprendió que era un momento difícil, pues más que tratarse de socorrer a Bracciolini, tendría que procurar defenderse a sí mismo.

III

En efecto, la suerte dio un giro y el peligro se volvió contra los que lo habían provocado. Los dos sacerdotes fueron perseguidos y apaleados por los amigos de los Médicis; Bernardo Bandini, después de haber visto cómo Poliziano cerraba entre él y Lorenzo la puerta de bronce de la sacristía, tal y como ya dijimos, condujo a Francesco Pazzi fuera de la iglesia; pero al llegar ante su casa, éste se sintió muy débil y no pudo avanzar ni un paso más. Se echó en la cama a la espera de los acontecimientos mientras Bernardo huía. A pesar de su avanzada edad, Jacopo intentó sustituir a su sobrino: montó a caballo y, a la cabeza de un centenar de hombres que pudo reunir en su casa, se dispuso a recorrer la ciudad gritando: «¡Libertad! ¡Libertad!». Pero Florencia ya no respondía ante estos gritos. Los ciudadanos, que aún ignoraban lo que había ocurrido, lo miraban con gran asombro y los que eran conocedores del crimen refunfuñaban en secreto amenazándolo con gestos y buscando algún arma para hacer más creíble esta amenaza. Jacopo observó que los conjurados siempre son los últimos en percatarse de las cosas. Y es que los amos no aparecen si no hay ciudadanos que quieran ser esclavos. Así pues, comprendió que no había ni un minuto más que perder para pensar en su seguridad. Dio media vuelta con su tropa, consiguió salir por una de las puertas de la ciudad y cogió la carretera de la Romana.

Lorenzo regresó a su casa y dejó que el pueblo actuara libremente. Tenía razón al pensar que podría perder toda su popularidad para el resto de su vida si se vengaba tal y como lo estaban haciendo con él.

El joven cardenal Riario, que, informado de la conspiración, ignoraba la manera en que iba a cumplirse, se puso en seguida bajo la protección de los sacerdotes de la iglesia y fue conducido por ellos mismos a una sacristía que se encontraba al lado de donde Lorenzo se había refugiado. El arzobispo Salviati, al igual que su hermano, su primo y Bracciolini, detenidos por Cesare Petrucci en el mismo palacio de la Señoría, fueron ahorcados: unos en la barandilla y otros en balcones y ventanas. Francesco Pazzi, al que hallaron sobre su cama y completamente extenuado, fue arrastrado hasta el viejo palacio entre maldiciones y golpes del populacho, que él observaba con indiferencia y con una sonrisa de desprecio en los labios. Fue ahorcado al lado de Salviati sin que las amenazas, los golpes ni las torturas le arrancaran un solo gemido de queja. Giovanni Battista da Montesecco, que se había negado a golpear a Lorenzo en la iglesia y a quien probablemente salvó al dejarlo bajo el puñal de los dos sacerdotes, no corrió mejor suerte, pues igualmente fue degollado. Renato Pazzi, el único miembro de la familia que se negó a formar parte de esta conspiración y que se había retirado al campo, tampoco consiguió librarse de esta masacre: fue detenido y colgado en una ventana del palacio. Jacopo Pazzi, cogido junto con su tropa por

montañeses de los Apeninos, fue conducido por estos mismos a Florencia y, a pesar del dinero que les había ofrecido para que lo matasen, también fue ahorcado y colgado al lado de Renato.

Las ejecuciones se sucedieron durante quince días, primero sobre los vivos y luego sobre los muertos: setenta personas fueron despedazadas por el populacho y arrastradas por todas las calles. El cuerpo de Jacopo Pazzi, que ya había sido depositado en la tumba de sus antepasados, fue de nuevo sacado por blasfemo, acusado por uno de sus verdugos que dijo haberlo oído maldecir el nombre de Dios en el momento de su muerte; posteriormente fue enterrado en tierra profana tras las murallas, pero esta segunda sepultura no iba a protegerlo más que la primera, pues unos niños lo sacaron de la fosa, medio desfigurado ya y, después de ser arrastrado por calles y riachuelos de Florencia, acabaron por lanzar el cadáver al río Arno.

Y es que el populacho suele ser el mismo en todas partes, tanto si se venga por la libertad como si se venga por su rey; lo mismo lanza por la ventana a Paolo Farnesio que se come el corazón del mariscal d'Ancre.

Entretanto, Lorenzo, volviendo en sí, recordó a esa mujer que se encontraba arrodillada al lado del cuerpo de su hermano e hizo que la buscaran; las gestiones fueron en principio infructuosas, pues esta dama se había refugiado en su dolor y, aunque fue difícil su búsqueda, finalmente dieron con ella y Lorenzo proclamó que se haría cargo del hijo que acababa de traer al mundo. Este niño sería posteriormente Clemente VII.

En fin, apenas habían pasado dos años de esta gran catástrofe, cuando, una mañana, el pueblo descubrió un cadáver colgado de una de las ventanas del Bargello. Este cadáver era el de Bernardo Bandini que se había refugiado en Constantinopla y que el sultán Mahomet II había entregado a Lorenzo, en señal del mantenimiento de la paz con la República.

Fue el único peligro personal que corrió Lorenzo durante toda su vida, y este peligro le hizo ganar aún más el cariño de su pueblo. La paz que firmó el 5 de marzo de 1480 con Fernando de Nápoles supuso la cima de su poder. De modo que, tranquilo por fuera y tranquilo por dentro, pudo entregarse a sus anchas a las artes y a la magnificencia con la cual él las recompensaba.

Es cierto que, menos escrupuloso que su abuelo, no dudaba en sacar dinero de las arcas del Estado cuando le faltaba en las suyas particulares y fue sobre todo a su regreso de Nápoles cuando se vio obligado a recurrir a ellas. Efectivamente, realizó el viaje como si de un rey se tratase y no como un ciudadano particular; hasta el punto de que, aparte del gasto que supuso su equipamiento, el del séquito que lo acompañaba y el de los numerosos regalos con que obsequió a artistas y sabios, tampoco escatimó al ofrecer mil florines a cien muchachas de Apulia y de Calabria que contrajeron matrimonio mientras se encontraba en Nápoles.

* * *

Pocos serían los acontecimientos importantes que en el futuro sorprenderían la vida de Lorenzo. Tras la muerte de Sixto IV, su enemigo mortal, el nuevo papa Inocencio VIII no tardó en declararse amigo de los Médicis casando a su propio hijo Franceschetto Cibo con Magdalena, hija de Lorenzo, haciéndole numerosas promesas que, como tenía por costumbre, nunca cumpliría. De este modo, Lorenzo pudo entregarse completamente al placer de las ciencias y las artes, rodeándose de Poliziano, Pico della Mirandola, Marcello Pucci, Landino Scalificino. Andrea Mantegna, el Perugino, Leonardo da Vinci, Sangallo, Bramante, Ghirlandaio y el joven Miguel Angel. Y añadamos a esta lista que durante los veinte años que gobernó en Florencia vio nacer a Giorgione, Gufaloro, fra Bartolomeo, Rafael, Sebastiano del Piombo, Andrea del Sarto, Primaticcio y Julio Romano, luces y glorias de este siglo que finalizaba y del otro que alboreaba.

Fue en estos momentos, rodeado de todo este universo de sabios, poetas y artistas que, retirado en su mansión de Careggi, Lorenzo sintió que llegaba el fin de sus días. A pesar de los cuidados un tanto inauditos de Pietro Leoni de Spoleto, su médico particular. Éste le suministraba toda una serie de remedios que no correspondían tanto al carácter como a la riqueza del enfermo, haciéndole ingerir una descomposición de perlas y piedras preciosas. Así pues, cuando hubo comprendido que se acercaba el momento de dejar este mundo, consideró recomendable pensar en el otro, e hizo llamar al dominico Girolamo Savonarola para así allanarle el camino hasta el cielo.

Esta elección resultaba extraña, ya que en medio de toda la corrupción que tuvo lugar entre los clérigos, Savonarola supo mantenerse puro y austero; en medio del sometimiento de la patria, Savonarola recordaba el tema de la libertad.

Lorenzo se hallaba en su lecho de muerte cuando, al igual que esos hombres de mármol que llaman a la puerta de los voluptuosos en medio de fiestas y orgías, Savonarola se acercó lentamente a la cabecera de su cama. Era Lorenzo quien estaba a punto de expirar y sin embargo el monje, consumido por el insomnio y por el éxtasis estaba más pálido aún que él. Y es que Savonarola fue profeta al haber anunciado la llegada de los franceses a Italia y había de vaticinar a Carlos VIII que pasaría de nuevo los montes; en fin, como aquel hombre que dando vueltas a la ciudad santa, estuvo gritando sin cesar durante ocho días: «¡Maldición para Jerusalén!»; el mismo que al noveno día gritaría: «¡Maldición para mí!», Savonarola vaticinaría incluso su propia muerte; y ya más de una vez se había despertado deslumbrado por las llamas de su propia hoguera.

El monje pidió una sola cosa a Lorenzo a cambio de la absolución de sus pecados: la libertad para su patria. Lorenzo se negó y el monje salió reflejando un gran dolor en su rostro.

Al cabo de unos instantes entraron en la habitación del moribundo y observaron que había expirado, abrazando un cristo magnífico que acababa de arrancar de la muralla y a cuyo pie había pegado sus labios como si invocara al Señor ante las torpezas de su inflexible ministro.

Así murió Lorenzo, legando a Florencia una lucha de treinta y ocho años contra su familia; al que sus contemporáneos llamaban el magnífico Lorenzo y a quien la posteridad llamaría Lorenzo el Magnífico.

Y como su muerte acarrearía no pocas calamidades, el cielo quiso ofrecer algunos presagios: un rayo cayó sobre la cúpula de la iglesia de Santa Reparata, metrópolis de Florencia, y Rodrigo Borgia fue elegido papa.

Pedro sucedió a su padre. Ciertamente fue un débil heredero para las empresas que, aun a riesgo de su alma, le legó Lorenzo. Nacido en 1471, y, por lo tanto, con apenas veintiún años, Pedro era un joven atractivo que, indigno de las cualidades de su padre, fue débil en lugar de ser bueno, cortés en vez de halagador, pródigo en lugar de magnífico.

En el momento en que se encontraba Europa hubiera sido necesario o bien la política profunda de Cosme, Padre de la patria, o bien la voluntad poderosa de Cosme I para poder prosperar. Pero Pedro no poseía ni lo uno ni lo otro. De este modo se perdió él mismo y, perdiéndose de este modo, a punto estuvo de perder también a Italia.

Nunca —dijo el historiador Guicciardini—, desde la época afortunada en que el emperador Augusto procuró la felicidad de ciento veinte millones de hombres, Italia había sido tan feliz, tan rica y tan tranquila como por el año 1492. Una paz casi generalizada reinaba sobre todos los puntos del paraíso del mundo: ya fuera que el viajero, bajando desde los Alpes piemonteses, se encaminara hacia Venecia atravesando la Lombardía, ya fuera que desde Venecia se dirigiera a Roma costeando el Adriático, ya fuera que de Roma siguiera por los montes Apeninos hasta el extremo de Calabria, el caso es que por todas partes veía planicies verdes o campos cubiertos de viñas en medio de los cuales, o cuando se acercaba a ellos, encontraba ricas ciudades, bien pobladas y, sino libres, al menos felices. En efecto, el descuido y los celos de la República florentina no habían aún convertido en ciénaga las plazas de Pisa; el marqués de Marignan todavía no había arrasado cien pueblos en las tierras de Siena; en fin, las guerras de los Orsini y de los Colonna aún no habían convertido los fértiles campos de Roma en este desierto árido y poético que envuelve hoy en día la ciudad eterna; y Fabio Blondo, que en 1450 describiría la ciudad de Ostia, habitada actualmente por apenas trescientos habitantes, se satisfacía al decir que estaba menos resplandeciente que en tiempos de Augusto, época en que llegó a contar con cincuenta mil ciudadanos.

En cuanto a los campesinos italianos, ciertamente eran los más felices de la tierra; mientras que los siervos de Alemania o los villanos de Francia vivían diseminados en pobres cabañas o encerrados como animales en pueblos miserables, aquéllos vivían en aldeas amuralladas, defendiendo sus cosechas, su ganado y sus utensilios para el arado. Lo que queda de sus casas prueba que estaban mejor alojados y con más arte que puedan estar hoy en día los burgueses de nuestras ciudades; además, tenían armas, un tesoro común y magistrados electos. Y cuando luchaban, lo hacían para

defender sus hogares y una patria.

Los burgueses no fueron menos afortunados: el comercio secundario se encontraba entre sus manos por toda Italia, de un extremo al otro; todo se convirtió en un vasto bazar, sobre todo la Toscana, llena de fábricas donde se trabajaba la lana, la seda, el cáñamo, la peletería, el alambre, el azufre y el betún. Los productos extranjeros eran traídos del Mar Negro, de Egipto, de España o de Francia hasta los puertos de Génova, de Pisa, de Ostia, de Nápoles, de Amalfi y de Venecia y los intercambiaban por productos indígenas o bien los devolvían a su país de origen cuando el trabajo o la mano de obra habían triplicado o cuadruplicado su valor. No faltaban ni brazos ni trabajo: el rico aportaba sus riquezas, el pobre su trabajo; y los nobles y señores compraban con dinero contante y sonante el producto de esta asociación.

Los soberanos de Italia, cuando echaban una mirada a estas sustanciosas cosechas, a estos ricos pueblos, a estas florecientes fábricas, comparándolos con lo que había más allá de montañas o mares, con esos pobres pueblos, bárbaros y groseros que los rodeaban, comprendieron que tarde o temprano serían una presa para el resto de naciones. Además, desde el año 1480, Florencia, Milán, Nápoles y Ferrara tenían firmada entre ellas una liga ofensiva y defensiva para hacer frente al peligro, ya proviniera éste tanto del interior como del exterior.

* * *

Y en este punto se encontraban las cosas cuando, como ya dijimos, Rodrigo Borgia fue nombrado papa con el nombre de Alejandro VI.

Era costumbre que, ante toda nueva exaltación, los Estados cristianos enviasen a Roma una solemne embajada a fin de renovar individualmente su juramento de obediencia al Santo Padre. Cada ciudad nombraba a sus embajadores; Florencia escogió como representantes a Pedro de Médicis y a Gentile, obispo de Arezzo.

Cada uno de estos dos mensajeros había recibido esta misión con gran alegría: Pedro de Médicis vio en ello la ocasión de poder ostentar su lujo y Gentile, su elocuencia; éste preparó su discurso y Pedro de Médicis encargó a todos los sastres de Florencia que le confeccionaran espléndidos trajes bordados con piedras preciosas. El tesoro de su familia, el más rico de toda Italia en perlas, rubíes y diamantes se encontraba esparcido en los vestidos de sus pajes. Y uno de ellos, su favorito, llevaría alrededor del cuello un collar de cien mil ducados, es decir, aproximadamente un millón de nuestra moneda actual. Ambos deseaban con impaciencia el momento de causar efecto, cuando supieron que Ludovico Sforza, quien, con la elección del nuevo papa, había visto no sólo la oportunidad de afianzar la liga de 1480, sino de volverla a mostrar firme en su unidad, tuvo la idea de reunir a los embajadores de las cuatro potencias para que así hicieran su aparición el mismo día e imaginó que podía encargarle a uno solo de sus enviados, al de Nápoles, de ser el portavoz en nombre de

todos. Por lo demás, las cosas eran más que un simple proyecto, pues Ludovico Sforza contaba con la promesa de Fernando de que se adaptaría al plan que le había propuesto.

Y este plan echaba por tierra el de Pedro y Gentile: si los cuatro embajadores entraban el mismo día en las calles de Roma, la elegancia y la riqueza de Pedro de Médicis se confundirían con las de sus compañeros; si el enviado de Nápoles era el portavoz, el discurso de Gentile estaba perdido.

Estos dos conflictivos intereses cambiaron la faz de la Península y acarrearían cincuenta años de guerra en Italia así como la caída de la libertad florentina. He aquí de qué manera:

Pedro y Gentile, no queriendo renunciar al efecto que producirían el brillo de los diamantes en uno y en el otro las flores de su elocuencia, consiguieron que Fernando retirase la palabra dada a Ludovico Sforza. Éste, que conocía bien la política tiberiana del viejo rey de Nápoles, buscó en su falta de palabra otro motivo que estaba lejos de ser lo que realmente estaba ocurriendo, pues creyó ver que habían formado una liga en su contra y, queriendo oponerse con una fuerza igual a la que lo amenazaba, se retiró de la antigua asociación y formó una nueva alianza con el papa Alejandro VI, el duque Hércules III de Ferrara y la República de Venecia. Esta alianza debería, para el mantenimiento de la paz pública, tener preparado un ejército de veinte mil caballos y diez mil soldados de infantería.

Por su parte, a Fernando lo asustó esta liga y no vio más que un sólo medio para neutralizar sus efectos: despojar a Ludovico Sforza de la regencia que disfrutaba en nombre de su sobrino, regencia que, contra toda costumbre, se había prolongado hasta la edad de veintidós años. En consecuencia, invitó positivamente —en su calidad de tutor natural del joven príncipe— al duque de Milán a que dejara en manos de su sobrino el poder soberano. Sforza, que era hombre de recursos y resoluciones, ofreció a su sobrino con una mano un brebaje envenenado y con la otra firmó un tratado de alianza con Carlos VIII.

Este tratado conllevaba:

Que el rey de Francia intentaría conquistar el reino de Nápoles, sobre el cual, él reclamaba los derechos de la familia de Anjou, usurpados por la de Aragón;

Que el duque de Milán daría al rey de Francia paso libre por sus Estados y lo acompañaría con quinientas lanzas;

Que el duque de Milán permitiría al rey de Francia armar en Génova tantos barcos como quisiera;

Que, en fin, el duque de Milán prestaría al rey de Francia doscientos mil ducados, pagables en el momento de su partida.

Por su parte, Carlos VIII prometió:

Defender la autoridad personal de Ludovico Sforza sobre el ducado de Milán contra quien intentara arrebatárselo;

Dejar en Asti, ciudad perteneciente al duque de Orleans por herencia de Valentina Visconti, su antepasada, doscientas lanzas francesas, siempre prestas a socorrer a la familia Sforza;

En fin, dejarle a su aliado el principado de Tarento, tan pronto como el reino de Nápoles fuera conquistado.

El 20 de octubre de 1494, Gian Galeazzo moría y Ludovico Sforza fue proclamado duque de Milán.

El 1 de noviembre, Carlos VIII se encontraba ante Sarzana pidiendo paso y alojamiento a través de la ciudad de Florencia y los Estados de Toscana.

Pedro recordó que, en circunstancias más o menos parecidas, Lorenzo, su padre, había acudido al encuentro del rey Fernando y que, a pesar de su posición de desventaja, había firmado una paz maravillosamente favorable a la República: resolvió imitar este ejemplo, hizo nombrar una embajada, se colocó a la cabeza y fue al encuentro del rey Carlos VIII.

Pero Lorenzo era hombre de talento en política y en diplomacia; Pedro no era más que un escolar que ni siquiera conocía cómo funcionaba este gran juego de ajedrez al que llamamos mundo. También es cierto que, ya fuera por temor o por ineptitud, cometió tontería tras tontería. Cierto es que hay que decir que el rey de Francia tuvo con él algunos gestos a los cuales los Médicis no estaban acostumbrados.

Carlos VIII lo recibió a caballo y le preguntó con altanería, como haría un amo a su lacayo, de dónde le había venido a él y a sus conciudadanos esta osadía de querer discutirle el paso a través de la Toscana. Pedro de Médicis replicó que esto respondía a antiguos tratados del pasado, con consentimiento del mismo Luis XI, entre su padre y Fernando de Nápoles. Pero humildemente añadió que, ya que estos compromisos estaban a su cargo, había decidido no llevar más lejos su lealtad a la casa de Aragón y su oposición a la de Francia. Carlos VIII, que no esperaba tanta condescendencia, pidió que le fuera librada la ciudad de Sarzana, y que le fueran entregadas las llaves de Pietrasanta, de Pisa, de Librafatta y de Livorno. En fin, que para estar segura de su protección real, la magnífica República le prestara la cantidad de doscientos mil florines. Pedro de Médicis consentía a todo, aunque sus instrucciones no lo autorizasen a nada de ello. Así pues, Carlos VIII le ordenó que montara a caballo y que comenzara a ejecutar sus promesas con la entrega de las plazas fuertes. Pedro obedeció, y el ejército ultramontano, conducido por el heredero de Cosme, Padre de la patria, y de Lorenzo el Magnífico, comenzó su marcha triunfal a través de la Toscana.

Pero, cuando estaba llegando a Lucca, Pedro de Médicis se enteró de que las cobardes concesiones que le había hecho al rey de Francia habían provocado contra él una terrible oposición; así pues, le pidió permiso a Carlos VIII para precederlo a

Florenia, dándole como pretexto a su partida el préstamo de los doscientos mil florines. Como tenía en su posesión las ciudades y fortalezas que había pedido, Carlos no vio, pues, ningún inconveniente en dejar marchar al hombre que parecía tan entregado a la causa francesa, y le advirtió, cuando se despedía, que en dos o tres días él mismo estaría en Florenia.

Pedro salió de Lucca hacia las cuatro de la tarde, llegó a Florenia entrada la noche y se dirigió a su palacio de Via Larga sin que nadie hubiera podido reconocerlo.

A la mañana siguiente, 9 de noviembre, después de haber escuchado durante la noche el consejo de sus parientes y amigos a los cuales encontró bastante desanimados, Pedro quiso hacer un último esfuerzo y se dirigió sin demora al palacio de la Señoría. Pero el palacio estaba cerrado y, cuando llegó a la plaza, encontró al confaloniero Jacopo Nerli esperándolo para notificarle que no diera un paso más y, para apoyar esta notificación, le mostró a Luca Corsini, uno de los priores, de pie ante la puerta, espada en mano. Se trataba de toda una reacción contra el poder de los Médicis.

Pedro retrocedió sin decir una palabra, sin ruegos, sin amenazas, como un niño a quien se le ha ordenado que obedezca. Se retiró a su palacio y escribió a Paolo Orsini, con cuya hermana había contraído matrimonio, para que viniera en su ayuda con hombres armados. La carta fue interceptada y la Señoría vio en este acto una tentativa de rebelión y, afortunadamente para Pedro, hizo una lectura pública, convocando a los ciudadanos a las armas. Prevenido de ello, Orsini acudió en ayuda de su cuñado Pedro a quien colocó junto con su hermano Julián en medio de sus hombres armados y consiguió la puerta de San Gallo, mientras que el cardenal Juan —quien luego sería León X—, más belicoso que sus hermanos Pedro y Julián, quiso realizar un último esfuerzo e intentó reunir a sus seguidores al grito de *¡Palle! ¡Palle!*, llamada de guerra de la familia. Pero esta palabra, tan mágica en tiempos de Cosme el Viejo y de Lorenzo el Magnífico, había perdido todo su poder.

Llegando a la calle Calzaiuoli, el belicoso cardenal vio que estaba cortada por el pueblo y las amenazas y murmullos de la multitud le señalaron que sería peligroso intentar avanzar. Así que se retiró, pero, siguiendo su costumbre de perseguir a los fugitivos, el pueblo se lanzó tras sus pasos. Gracias a su caballo, Juan pudo ganar terreno, pero, al otro extremo de la calle, vio una tropa armada que infaliblemente lo detendría: saltó de su caballo y se metió en una casa cuya puerta estaba abierta. Por fortuna, la casa comunicaba con un convento de franciscanos. Uno de los monjes prestó sus hábitos al fugitivo y el cardenal, gracias a este humilde desconocido, pudo llegar a la campiña y así, guiado por las indicaciones de los campesinos, se reunió con sus dos hermanos en los Apeninos.

El mismo día, los Médicis fueron proclamados traidores a su patria. Un decreto los declaraba rebeldes, confiscaba sus bienes y prometía cinco mil ducados a quien los trajera vivos y dos mil a quien trajera sus cabezas. Todas las familias proscritas al

regreso de Cosme el Viejo en 1434 y después de la conspiración de los Pazzi regresaron a Florencia; Giovanni y Lorenzo de Médicis, hijos de Pierfrancesco, y sobrinos de los desterrados, para no tener nada en común con ellos, repudiaron su nombre de Médicis y tomaron el de Popolani. Cambiaron su blasón que era de oro con seis globos, colocados tres, dos y uno, de los cuales, cinco de gules y el del medio y del jefe de azur cargado con tres flores de lis de oro, y adoptaron el de los güelfos que era de gules con una cruz de plata.

Después, una vez tomadas estas medidas, enviaron a unos embajadores a Carlos VIII. Éstos fueron: Pietro Capponi, Giovanni Cavalcanti, Pandolfo Rucellai, Tanai de los Nerli y el padre Girolamo Savonarola, el mismo que se había negado a dar la absolución a Lorenzo de Médicis por no querer devolver la libertad a su patria.

Estos embajadores encontraron a Carlos VIII ocupado en darles la independencia a los pisanos, que desde hacía ochenta y siete años habían caído bajo la dominación florentina.

Savonarola fue el portavoz: habló con entusiasmo profético, como era habitual en él, lo cual produjo un gran efecto sobre sus conciudadanos. Pero Carlos VIII, que era tan poco bárbaro y no había oído hablar nunca del ilustre dominico, escuchó las promesas y las amenazas del embajador como si hubiera escuchado un sermón; y cuando éste hubo finalizado, se persignó y dijo que ya arreglaría todo este asunto a su regreso a Florencia. En efecto, el 17 de noviembre, entrada la noche, el rey se presentó en la puerta de San Friano, por la que le previnieron que debía entrar. Allí encontró la nobleza florentina vestida de gala, con el clero que cantaba himnos, seguida por el pueblo que, ávido de cambios, creyó volver a ganar —tras la caída de los Médicis— algunas briznas de su antigua libertad. Carlos VIII encontró en la puerta un baldaquín de oro y se detuvo un instante bajo él para responder con algunas palabras evasivas a los cumplidos de bienvenida que le hacían. Luego, cogiendo su lanza de manos de su escudero, la apoyó sobre su pierna y dio la orden de entrar en la ciudad, que atravesó de punta a punta pasando por el palacio Strozzi. Seguido de su ejército, que llevaba las armas en alto, así como de su artillería que avanzaba sordamente, fue a alojarse al palacio de Via Larga.

Los florentinos creyeron haber recibido a un huésped; pero Carlos VIII, al llevar su lanza en la mano, daba a entender que entraba como vencedor. De manera que al día siguiente, cuando empezaron las negociaciones, cada uno se dio cuenta de que no había coincidencias. La Señoría quería ratificar el tratado de los Médicis, pero Carlos VIII le respondió que el tratado ya no existía a causa de la caída de quien lo había firmado; que de hecho no había decidido nada aún de lo que haría respecto a Florencia y que tuvieran a bien regresar al día siguiente para saber si su deseo era restablecer a los Médicis o delegar su autoridad en la Señoría.

La respuesta era terrible; pero los florentinos se encontraban aún muy apegados a su antigua virtud como para haberla olvidado. Incluso cada casa poderosa, por si acaso, había conseguido reunir desde hacía dos días a todos sus servidores con la

intención, no ya de comenzar las hostilidades, sino con la determinación de defenderse si los franceses atacaban. En efecto, a su entrada, Carlos VIII se había sorprendido a la vista de esta curiosa población que llenaba las calles y que cubría cada obertura de las casas desde los tragaluces de los sótanos hasta las azoteas. La Señoría dio nuevas órdenes y la población aumentó de un tercio durante esta noche de espera en la que se decidiría la suerte de Florencia.

IV

Al día siguiente, a la hora convenida, los diputados fueron conducidos de nuevo ante el rey. Encontraron a éste sentado, con la cabeza cubierta y, a los pies de su trono, al secretario real con las cláusulas del tratado en sus manos. Cuando cada uno ocupó su lugar, desplegó el papel y comenzó a leer, artículo por artículo, las condiciones impuestas por el rey de Francia; pero apenas iba por la tercera parte de la lectura cuando los diputados florentinos lo interrumpieron y comenzaron a discutir. Como esta discusión comenzaba a cansar a Carlos VIII, éste dijo:

—Señores, si continúan así, haré sonar mis trompetas.

Pietro Capponi, que era secretario de la República, no pudiendo contenerse por más tiempo ante estas palabras, se abalanzó sobre el secretario, le arrancó de las manos la vergonzosa capitulación que proponían y, haciéndola trizas, añadió:

—Y bien, señor, haga sonar sus trompetas; nosotros haremos sonar nuestras campanas.

Luego, tirándole a la cara los trozos del tratado al estupefacto lector, salió seguido de los otros embajadores para dar la sangrienta orden que convertiría toda Florencia en un campo de batalla.

Fue esta atrevida respuesta la que salvó a Florencia: ya se tratara de temor o de generosidad, Carlos VIII volvió a llamar a Capponi y nuevas condiciones fueron debatidas, condiciones que, aceptadas y firmadas por ambas partes, fueron publicadas durante la misa, en la catedral de Santa Maria del Fiore.

He aquí cuáles eran esas condiciones:

La Señoría se comprometía a pagar al rey de Francia, a título de contribución de guerra, la cantidad de ciento veinte mil florines, en tres plazos;

La Señoría se comprometía a levantar el secuestro efectuado sobre los bienes de los Médicis y a revocar el decreto que ponía precio a su cabeza;

La Señoría se comprometía a perdonar a los pisanos, siempre y cuando éstos volvieran a someterse a los florentinos;

En fin, la Señoría reconocería los derechos del duque de Milán sobre Sarzana y Pietrasanta, y estos derechos, una vez reconocidos, serían considerados y juzgados por árbitros.

Por su parte, el rey de Francia se comprometía a restituir las fortalezas que Pedro de Médicis le había entregado en su día en cuanto hubiera conquistado el reino de Nápoles o cuando hubiera finalizado la guerra mediante una paz o una tregua de dos años; es decir, cuando abandonase Italia.

Dos días después, Carlos VIII abandonó Florencia y se dirigió hacia Roma por la carretera de Siena después de haber encargado, probablemente, su retrato a Leonardo da Vinci.

Pero estos once días durante los cuales permaneció en el palacio de Via Larga le bastaron para saquear toda la magnífica colección de cuadros, estatuas, relieves y medallas que Cosme y Lorenzo habían reunido con mucho esfuerzo; cada señor del séquito del rey se llevó lo que más le gustó, y esta elección no se basaba tanto en el valor de los objetos, sino que se trataba más bien de una cuestión de capricho. Si bien, gracias a la barbarie e ignorancia de los cortesanos, muchas de estas valiosas pertenencias, cuyo valor no radicaba tanto en la materia en que estaban hechas como en el trabajo, pudieron ser salvadas.

* * *

En cuanto a Pedro de Médicis, pasó el resto de su vida —que a fin de cuentas fue corta— intentando entrar en Florencia, bien fuera por sorpresa o por la fuerza. Más tarde se supo que murió miserablemente tal y como había vivido: cuando iba a Gaeta en un transporte cargado de artillería, éste se hundió en el Garigliano y Pedro de Médicis murió ahogado. Dejaba de su mujer, Alfonsina de Roberto Orsini, un hijo llamado Lorenzo.

Y fue este mismo Lorenzo, duque de Urbino, cuya celebridad radicó en ser padre de Catalina de Médicis —responsable de la matanza de Saint-Barthélemy— y de Alejandro, quien ahogó los últimos restos de la libertad florentina. Añadan a esto que sus restos reposan en una tumba esculpida por Miguel Ángel. De hecho su estatua es más conocida que él mismo no lo fuera; y muchos de los que ignoran quién fue este pobre y cobarde duque, saben que es el terrible *Penseroso*.

El exilio de los Médicis duró dieciocho años. En 1512 regresaron a Florencia, conducidos por los españoles, y de este modo fueron admitidos, dice la capitulación, ya no como príncipes, sino como simples ciudadanos.

Antes incluso que regresaran los Médicis, se había violado la capitulación que les reabría las puertas de la patria. Veinticinco o treinta conjurados partidarios de los Médicis, deslumbrados por la gloria literaria del Magnífico y que tras los veinte años de revolución que habían sufrido desde su muerte habían creado en los jardines de Bernardo Rucellai una especie de academia a semejanza de la de Atenas, vieron en los sucesores de Lorenzo a los continuadores de su gloria y resolvieron concederles una autoridad aún mayor que la que habían perdido. En consecuencia, colocaron al mando a Bartolomeo Valori, los Rucellai, Paolo Vettori, Francesco Albizzi, Tornabuoni y Vespucci y así, el 31 de agosto por la mañana, al día siguiente de la toma de Prato por el virrey Ramon de Cardona, entraron en el palacio de la Señoría armados con espadas y corazas bajo sus abrigos; penetraron en el apartamento del confaloniero Soderini, lo sacaron a la fuerza y lo condujeron a la casa de Paolo Vettori, situado en el muelle del Arno. Y luego, cuando se hubieron marchado y habiéndose asegurado antes de dejarlo allí, convocaron la Señoría, los colegios, a los capitanes del partido güelfo, a los decenviros de la libertad, a los ocho de la comisión,

a los conservadores de las leyes y ordenaron a esta asamblea general de los representantes de Florencia a deponer a Soderini; pero, contrariamente a lo que esperaban, sólo nueve de los setenta miembros votaron por la deposición. Entonces, Vettori, alzando la voz dijo:

—Los que hayan votado que se mantenga el antiguo confaloniero han votado su muerte, pues, si no podemos deponerlo, lo mataremos.

En la segunda ronda de escrutinio, Soderini fue depuesto por unanimidad.

Dos días después, Julián de Médicis, hermano de Pedro, el que había muerto ahogado en el Garigliano, regresó a Florencia sin esperar ni siquiera una sentencia de los nuevos magistrados que vendría a abolir el antiguo decreto de destierro, y fue a alojarse en el palacio de los Albizzi. Bajo su influencia, una nueva ley fue presentada: ésta reducía a un año las funciones del confaloniero; y una comisión sustituiría al gran consejo que, sin ser suprimido, fue reducido a funciones inferiores. Giovanni Battista Ridolfi, pariente cercano de los Médicis, fue elegido confaloniero por mayoría de mil ciento tres votos sobre un total de mil quinientos siete sufragios; y el cardenal Juan, que se había quedado en Prato para esperar el resultado de todas estas maquinaciones, entró a su vez en Florencia el 14 de septiembre, no como legado de Toscana, no rodeado de sacerdotes y monjes, sino escoltado por soldados de infantería boloñeses, así como por soldados romañeses. Luego, con esta guardia bajó hasta el palacio de Via Larga, recibiendo durante dos días los homenajes pertinentes, como si de un soberano se tratase, sin pensar en ir a ofrecer los suyos a la Señoría hasta el tercer día.

Es de comprender que los homenajes no eran sino un pretexto. Para hacer más honor a la Señoría, que aún no había tenido tiempo de reorganizar su guardia, el cardenal Juan se presentó en el palacio con la suya. Con sólo una palabra de su boca, los soldados ocuparon todas las salidas, mientras que Julián se presentaba ante el gran consejo ordenándole llamar al pueblo y convocar una comisión.

El pueblo fue convocado e hizo todo lo que le fue requerido, tan acostumbrado estaba a la servidumbre. Abolió todas las leyes que fueron proclamadas desde 1494, es decir, desde el exilio de Pedro; nombró una comisión en la que se reunió a todos los poderes del gobierno, desde el del confaloniero hasta los de los adjuntos, con el derecho de prolongar su autoridad de año en año; en fin, Ridolfi, que en tiempos de Savonarola ya se había mostrado demasiado receloso en lo concerniente a la libertad, y un poco demasiado inclinado a opiniones populares, fue obligado a abdicar de sus funciones de confaloniero, cosa que hizo el siguiente 1 de noviembre.

Fue de este modo como el gobierno florentino pasó de tener un régimen constitucional y libertad republicana a una estrecha oligarquía: se trataba de las cadenas de plata de las que ya habíamos hablado anteriormente.

* * *

Gracias a esta revolución, los otros Médicis siguieron pronto a Julián y al cardenal Juan, ambos hijos de Lorenzo el Magnífico. Se trataba de Lorenzo II, hijo de Pedro, quien murió ahogado en el Garigliano, y único descendiente legítimo que quedaba — junto con sus tíos— de la gran casta de Cosme, Padre de la patria; de Alejandro, su hijo bastardo, quien más tarde sería duque de Florencia; del bastardo de Julián II, Hipólito, quien después sería cardenal; en fin, de Julio, caballero de Rodas y prior de Capua, bastardo del Julián asesinado por los Pazzi, y que después sería Clemente VII.

Unos meses después, el poder de los Médicis se consolidó con la exaltación de Juan al trono pontificio como León X.

Con la noticia de esta designación, Julián, creyendo abrirse ante él una carrera más radiante y sobre todo más segura en la corte de su hermano, volvió a poner en manos de Lorenzo, su sobrino, el gobierno de Florencia y partió para Roma donde León X lo hizo confaloniero, capitán general de la Iglesia y vicario de Módena, Reggio, Parma y Plasencia. Y esto no fue todo: cuando Julián tenía también un pie en el ducado de Milán y el otro en el reino de Nápoles, le sorprendió una gran fiebre en el momento en que, a la cabeza de su ejército, se dirigía contra Bayard y La Palisse. Enseguida puso la capitanía en manos de su sobrino Lorenzo y mandó que lo llevaran a la abadía de Fiesole donde murió, tras una larga y dolorosa agonía, el 17 de mayo de 1516, cuatro años después de su nombramiento, a la edad de treinta y siete años.

Aproximadamente un año antes de su muerte, había contraído matrimonio con la hermana de Filiberto y de Carlos, duques de Saboya, y tía materna a su vez del rey Francisco I; pero como había estado casi siempre separado de ella, no tuvieron hijos. Su única descendencia fue Hipólito, su hijo natural. En cuanto al ducado de Nemours, que le fue otorgado por Francisco I cuando hubo contraído matrimonio, tras su muerte, regresó a la corona de Francia.

Con respecto a las artes, fue digno hijo de Lorenzo: su amor por las bellas letras se acrecentó aún más tras su estancia en la corte de Urbino. Bembo hizo de él uno de los interlocutores de su discurso sobre la lengua toscana.

El 18 de agosto, Lorenzo de Médicis, sucesor de su tío en la capitanía, obtuvo además el ducado de Urbino. Fue defendiendo este último título cuando recibió en la residencia de Mondolfo, un tiro de arcabuz en la cabeza. Florencia, que lo creyó muerto, vibró de alegría; y fue necesaria su presencia, al cabo de cuarenta días de convalecencia pasados en Ancona, para que Florencia se decidiera a creer que había sanado, según cuenta el historiador Giovio Cambi. Muchos persistieron en creer que Lorenzo había muerto realmente y que el cuerpo que pasaba ante ellos no era más que un espectro reanimado por el demonio.

Por lo demás, los que deseaban su muerte con tanto ardor no tendrían mucho que esperar. El duque de Urbino se había casado con Magdalena de La Tour d'Auvergne; y cuando contrajo la enfermedad que los franceses reprochaban a los napolitanos y que los napolitanos bautizaron con el nombre de francesa la contagió a su mujer,

quien, debilitada por ella, murió el 23 de abril de 1519, al dar a luz a Catalina de Médicis, futura esposa de Enrique II, la cual, como contrapartida de su raza extinguida o a punto de extinguirse, debería dar tres reyes a Francia y una reina a España.

Cinco días después del nacimiento de su hija y de la muerte de su mujer, es decir, el 28 de abril, Lorenzo falleció; y León X, único descendiente legítimo que quedaba de Cosme, Padre de la patria, vio reducida la rama mayor de los Médicis a tres bastardos: Julio, que ya era cardenal, y Alejandro e Hipólito, aún niños, contando apenas ocho y nueve años respectivamente.

Entretanto, se decía a grandes gritos por toda Florencia que había de derrumbar la casa en la que vivían el cardenal Julio y sus dos sobrinos y hacer allí una plaza que se llamara la plaza de los Tres Mulos.

Pero el mismo año, y como respuesta a esta broma, el 15 de junio de 1519 nació un niño que bautizaron con el nombre de Cosme, al cual, veinte años más tarde se le añadiría el de Grande.

Fue éste el año de los grandes acontecimientos: dieciséis días después del nacimiento de este niño, que tendría una gran influencia sobre la Toscana, Carlos V fue nombrado emperador, después de que sus rivales, el elector de Sajonia y Francisco I, hubieran sido descartados.

Florencia, que no podía prever lo que el futuro le tenía reservado en cuanto a las desgracias que le acarrearía este emperador que acababan de elegir y a la servidumbre hacia este niño que acababa de nacer, se creyó liberada para siempre de los Médicis cuando vio a León X en el trono y la estirpe de Cosme, el Padre de la patria, casi medio extinguida; pero el papa ya había dispuesto de la Toscana en favor del cardenal Julio, su primo. Lorenzo no había fallecido aún cuando Julio vino desde Roma a reclamar su herencia.

Sin embargo, los florentinos obtuvieron algún beneficio tras la muerte de Lorenzo. En efecto, el cardenal Julio anunció públicamente a los magistrados que su intención no era devolverles la libertad perdida, sino respetar lo que quedaba de ella; y contrariamente a la costumbre de los que llegan al poder, cumplió más de lo prometido. Cesando de arrogarse el nombramiento de empleos lucrativos, Julio dejó que la pobre ciudad recuperara con su gobierno una cierta apariencia republicana, lo cual le procuró una gran popularidad. Es cierto que se desquitó en cuanto pasó a llamarse Clemente VII y que con ello perdió más de lo que había ganado.

Pero la muerte estaba presente en esta familia: el 24 de noviembre de 1521, al son del cañón del castillo de Sant'Angelo que le anunciaba la toma de Milán, León X se sintió gravemente indispuerto como para desplazarse desde su jardín de Miliana, donde se encontraba, hasta el palacio del Vaticano en Roma; entonces recordó que la noche anterior, su escanciador, Bernardo Malaspina, le había presentado en la cena un vino de sabor tan extraño, que se había vuelto hacia él después de haber bebido y le había preguntado de dónde había sacado un vino tan amargo. Los médicos,

prevenidos de esta circunstancia, aplicaron el antiveneno, pero sin duda alguna fue demasiado tarde. El estado de León X empeoraba cada vez más y el 1 de diciembre, al día siguiente de haber recibido la noticia de que Plasencia había sido tomada el mismo día que Parma (noticia que tanto deseaba e incluso a menudo se le había escuchado decir que la pagaría de buena gana con su vida), León moría hacia las once de la noche.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, el escanciador Bernardo Malaspina les puso la correa a un par de perros, como si se dispusiera a ir de caza, e intentó salir de Roma, pero a los guardias les sorprendió ver que pocas horas después de la muerte del papa a uno de sus más íntimos sirvientes se le ocurriera una tal distracción. Así que lo detuvieron y lo llevaron a prisión, pero el cardenal Julio de Médicis, tan pronto como llegó a Roma, le otorgó la libertad por miedo, según cuentan ingenuamente Nardi en su *Historia florentina* y Paris de Grassis en sus *Anales eclesiásticos*, de que el nombre de algún gran príncipe no se encontrara involucrado en el crimen de este miserable escanciador y que de esta manera algún hombre influyente se convirtiera en enemigo implacable de su familia.

León X había reinado durante ocho años, ocho meses y diecinueve días y dejaba la descendencia de Cosme el Viejo reducida a tres bastardos.

La realidad es que dieciocho meses después de la muerte de León X, uno de estos tres bastardos subió al trono pontificio, ya no bajo el nombre de Julio III como todos esperaban, sino como Clemente VII, que él mismo se impuso, aseguran algunos, con el fin de tranquilizar a sus enemigos, anunciándoles con ello que su intención era practicar la más santa de las virtudes reales.

Apenas hubo subido el tío al trono, todos sus cuidados y afectos se volcaron sobre sus dos sobrinos, Alejandro e Hipólito; y de una manera tan natural, dicen, que el primero —reconocido públicamente como hijo de Lorenzo, duque de Urbino— pasaba secretamente por ser el resultado de uno de los amores de juventud del cardenal Julio, cuando aún era sólo caballero de Rodas. Toda su influencia fue empleada en primer lugar en mantener la descendencia ilegítima de la rama mayor en el alto rango que los Médicis habían ocupado siempre en Florencia.

Desgraciadamente, aquél a quien les escogió como tutor y a quien además había nombrado como jefe provisional de la República, Silvio Passerini, cardenal de Cortona, no poseía ninguna de las cualidades que hubieran podido hacer olvidar a los florentinos las quejas que tenían contra la familia de los Médicis. Se trataba de un avaro y de un imprudente al mismo tiempo y alejó de sus pupilos a los pocos adictos que pudieran quedar aún unidos a su familia.

Por su parte, Clemente VII adoptó una política completamente contraria a la de León X. En lugar de declarar, al igual que él, que no estaría tranquilo y seguro en el trono hasta que los franceses dejaran de poseer el más mínimo trozo de tierra en Italia, hizo alianza con ellos. Y esta alianza trajo el saco de Roma; y este saqueo de Roma, en el que se encerró al santo padre en el castillo de Sant'Angelo y rompió su

influencia temporal momentáneamente, permitió a los florentinos rebelarse y expulsar por tercera vez a los Médicis. Esta última revolución tuvo lugar el 17 de mayo de 1527.

Clemente VII, como bien es sabido, salió de apuros vendiendo siete sombreros de cardenales con los que pagó una parte de su rescate y comprometiéndose a nombrar a otros cinco cardenales y así responder por el resto; y de este modo, gracias a estas garantías se le dejó un poco más de libertad, de la cual se aprovechó para escapar de Roma vestido de criado, y llegar a Orvieto. Los florentinos vieron asegurado su futuro con Carlos V como vencedor y con el papa fugitivo.

Pero lo que el interés dividió, el interés reunió. Carlos V fue elegido emperador en 1519, y no estaba aún coronado por el papa en el momento del cisma de Lutero, de Zwinglio y de Enrique VIII. Esta solemnidad había adquirido, sin embargo, una gran importancia para los intereses del rey católico. Se convino pues que Clemente VII coronara al emperador, que el emperador tomara Florencia y que otorgara a ésta por duque al bastardo Alejandro, a quien casaría con su hija, también bastarda, Margarita de Austria. En cuanto al otro bastardo, Hipólito, dos años antes, Clemente ya se había ocupado de su futuro nombrándolo cardenal.

Las dos promesas fueron religiosamente mantenidas: Carlos V fue coronado en Bolonia, pues a causa de la naciente ternura que le inspiraba el papa no quería ver los estragos que sus tropas habían realizado en la ciudad santa. Digamos que Carlos V fue coronado en Bolonia el 24 de febrero de 1525, día de doble aniversario: el de su nacimiento y el de la victoria de Pavía sobre el muy cristiano rey. Y después de haber sido sitiada terriblemente, Florencia, defendida por Miguel Ángel, fue liberada por Malatesta el 31 de Julio de 1531. El duque Alejandro hizo su entrada en la futura capital de su gran ducado.

* * *

Cosme había aportado las cadenas de oro, Lorenzo, las de plata, Alejandro, las de hierro.

Alejandro poseía casi todos los vicios de su época y muy pocas virtudes de su familia: hijo de una mora, heredó de ella las pasiones ardientes. Constante en el odio, inconstante en el amor, intentó asesinar a Pietro Strozzi e hizo envenenar al cardenal Hipólito, su primo, el cual, según cuenta Varchi, era un apuesto y amable joven, dotado de un espíritu feliz, afable de corazón, generoso con su mano, liberal y grande como León X y que en una sola entrega le dio cuatro mil ducados de renta a Francesco Maria Molza, noble de Módena, instruido en el estudio de la buena literatura y conocedor de las tres bellas lenguas de la época que eran el griego, el latín y el toscano.

Asimismo, durante los seis años que duró su reinado, hubo grandes conspiraciones contra él. Filippo Strozzi, depositó una suma considerable en manos

de un hermano dominico de Nápoles, que tenía —según decían— una gran influencia sobre Carlos V, a fin de que obtuviera de éste la libertad de su patria. Giovanni Battista Cibo, arzobispo de Marsella, intentó aprovecharse de los amores de Alejandro con su hermana, quien, separada de su marido, vivía en el palacio de los Pazzi, y así hacerlo asesinar algún día que fuera a verla al palacio. Y como además se sabía que Alejandro llevaba habitualmente un jaco de malla tan extraordinariamente bien hecho que estaba a prueba de puñal y espada, Cibo hizo rellenar de pólvora un cofre sobre el cual el duque tenía por costumbre sentarse cuando venía a ver a la marquesa y allí haría prender fuego. Pero esta conspiración y todas las demás que la siguieron fueron descubiertas, excepto una sola. Pero también en ésta había solamente un conjurado que debía realizarlo todo. Y este conjurado era Lorenzo de Médicis, el mayor de esta rama menor que se alejaría del tronco paterno con Lorenzo, hermano de Cosme, el Padre de la patria; una rama que, en su marcha ascendente e incluso rozando de muy cerca la rama mayor, se dividiría a su vez en otras dos ramas.

Lorenzo había nacido en Florencia el 25 de marzo de 1514, hijo de Pierfrancesco de Médicis, descendiente de Lorenzo, hermano de Cosme, y de María Soderini, mujer de una sensatez ejemplar así como de una reconocida prudencia.

Lorenzo perdió muy pronto a su padre y como apenas contaba con nueve años, su educación fue supervisada enteramente por su madre, pero, debido a la facilidad con que el niño aprendía, esta educación se completó muy rápidamente saliendo de esta tutela femenina para así entrar bajo la de Filippo Strozzi. Con él, su carácter extraño se desarrolló: era una mezcla de burlería, inquietud, deseo, duda, impiedad, humildad y altanería que hacía que, en cuanto no estaba obligado a disimular, sus mejores amigos no le vieron jamás dos veces seguidas la misma cara. Mostrando cariño hacia todo el mundo, no queriendo a nadie, estimando todo lo que era bello sin distinción de sexo, era una de esas criaturas hermafroditas que la naturaleza caprichosa suele reproducir en épocas de relajación. De vez en cuando, de todo este compuesto de elementos heterogéneos brotaba un deseo ardiente de gloria e inmortalidad, inesperado sobre todo porque salía de un cuerpo tan frágil y femenino que lo llamaban *Lorenzino*. Sus mejores amigos nunca lo vieron ni reír ni llorar, pero sí bromear y maldecir. Era entonces cuando su rostro, más gracioso que bello —pues era moreno y de aspecto melancólico—, tomaba una expresión tan infernal que por muy rápida que ésta fuera (normalmente pasaba sobre su rostro como un rayo), conseguía asustar incluso a los más bravos. A los quince años había sido extrañamente querido por el papa Clemente quien lo hizo venir a Roma y al cual tuvo la intención de asesinar en más de una ocasión; más tarde, cuando regresó a Florencia, se dispuso a cortejar al duque Alejandro con tanta destreza y humildad que se convirtió, ya no sólo en uno de sus amigos, sino quizás en su único amigo.

Es cierto que teniendo como amigo a Lorenzino, Alejandro podía prescindir de los demás. Lorenzino le era bueno para todo: era su bufón, era complaciente, era su criado, su espía, era su amante y su amada. Sin embargo, bastaba con que el duque

Alejandro tuviera ganas de hacer uso de sus armas para que su inseparable compañero se acostara sobre alguna mullida cama o sobre algún cojín bien blandito argumentando que todas las corazas eran demasiado duras para su pecho, y todas esas dagas y espadas demasiado pesadas para sus manos. Mientras que Alejandro se entrenaba con los más hábiles espadachines de la época, él, Lorenzino, jugaba con un pequeño cuchillo de mujer, puntiagudo y afilado, probando su punta o perforando florines de oro diciendo que ésta era su espada y que no estaba dispuesto a llevar jamás ninguna otra. Aunque a decir verdad, viéndolo tan lánguido, tan humilde y tan cobarde, ya no lo llamaban Lorenzino, sino *Lorenzaccio*.

A parte de eso, el duque Alejandro tenía una maravillosa confianza en él, y la prueba más fehaciente de ello fue que hacía de intermediario en todas sus aventuras amorosas. Cualquiera que fuese el deseo del duque Alejandro, ya fuera éste el más alto o el más bajo, ya fuera la persecución de una belleza profana, ya fuera el de penetrar en un santo monasterio, o bien quisiera conseguir el amor de una esposa adúltera o el de una casta muchacha, Lorenzo podía con todo, Lorenzo sacaba todo adelante. De este modo Lorenzo era el más poderoso y a la vez el más odiado de toda Florencia, después del duque.

Por su parte, Lorenzo también disponía de un hombre entregado a su servicio al igual que él mismo lo era del duque Alejandro; y este hombre era llanamente un tal Michele del Tovallaccino, un esbirro, un asesino al que indultó por un homicidio y a quien sus compañeros de prisión bautizaron con el nombre de Scoronconcolo, nombre que se le quedó debido a lo extraño que era. Desde entonces este hombre entró a su servicio y pasó a formar parte de la casa, mostrando siempre un gran agradecimiento. Y ocurrió que un día Lorenzo estaba quejándose ante él de los problemas que le acarreaba un cierto personaje y Scoronconcolo le respondió: «Señor, dígame sólo cuál es el nombre de este hombre y le prometo que mañana ya no lo volverá a molestar». Y cuando otro día Lorenzo se volvía a quejar, el esbirro le dijo: «Pero, dígame quién es, que aunque sea un favorito del duque, yo lo mataré». En fin, como hubo una tercera vez en que Lorenzo volvió a quejarse de este mismo hombre: «¡Dígame su nombre, su nombre! —gritó Scoronconcolo—; porque yo lo apuñalo, ya fuera el mismísimo Jesucristo».

V

Una mañana el duque hizo decir a Lorenzo que acudiera más temprano que de costumbre. Lorenzo se apresuró y encontró al duque todavía acostado. La noche anterior había visto a una mujer muy bonita, la esposa de Leonardo Ginori, y deseó que fuera suya. Era éste el motivo por el que había hecho llamar a Lorenzo y contaba sobre todo con él, porque aquella a la que tanto deseaba era su tía.

Lorenzo escuchó la proposición con la misma tranquilidad que lo hubiera hecho si se hubiese tratado de una extraña y le respondió a Alejandro, como tenía por costumbre responderle, que con dinero todo resulta siempre más fácil. Alejandro replicó que él sabía muy bien dónde se encontraba su tesoro y que nada más tenía que coger lo que necesitara. Luego Alejandro se fue a otra habitación y Lorenzo salió; pero al salir, sin que lo viera el duque, metió bajo su abrigo ese maravilloso jaco de malla que tanta seguridad le procuraba a Alejandro y lo arrojó al pozo de Seggio Capovano.

Al día siguiente, el duque le preguntó a Lorenzo cómo iban sus diligencias y Lorenzo le respondió que, tratándose esta vez de una mujer honesta, el asunto podría alargarse; luego añadió riendo que sólo tenía que esperar pacientemente junto a sus religiosas. En efecto, había un convento en el que el duque Alejandro había seducido primero a la abadesa, luego a las religiosas y que había convertido en su harén. Alejandro se quejó también ese mismo día de haber perdido su coraza y ya no tanto porque creyera necesitarla, sino porque se había adaptado tan bien a sus movimientos (pues tanto se había acostumbrado a ella) que apenas notaba si la llevaba puesta o no. Lorenzo le aconsejó que encargara otra, pero el duque le respondió que el artesano que se la había hecho ya no se encontraba en Florencia y que no había ningún otro tan hábil como para que pudiera sustituirlo.

Pasaron así algunas semanas y el duque continuaba preguntado a Lorenzo cómo se hallaba de cerca el encuentro con la *signora* Ginori. Lorenzo siempre conseguía calmarlo con bellas palabras; sin embargo esta demora lo estaba conduciendo a desearla de una manera inmoderada, al creer que ella se resistía.

Finalmente una mañana, era el 6 de enero de 1536, Lorenzo encargó que le dijeran al esbirro que lo acompañara a la hora del almuerzo del mismo modo que había hecho más de una vez cuando se encontraba de buen humor; luego, cuando se hubieron sentado a la mesa y vaciado amigablemente dos o tres botellas:

—Pues mira, —dijo Lorenzo—, volviendo al tema aquel del enemigo del que te he hablado, resulta que conociéndolo como ahora lo conozco, estoy seguro de que me protegerías del peligro como yo mismo te protegería. Te ofreciste para golpearlo; pues bien, ha llegado el momento: esta noche lo conduciré a un lugar donde podremos actuar con toda seguridad. ¿Continúas dispuesto a ayudarme?

El esbirro volvió a repetirle sus promesas, esta vez acompañadas de juramentos impíos, aquellos que utilizan este tipo de personas en tales ocasiones.

Por la noche, mientras cenaba con el duque y varias personas más y habiéndose sentado como de costumbre cerca de Alejandro, se inclinó sobre su oído y le dijo que por fin, después de un sinfín de bellas promesas, había conseguido que su tía lo recibiera, pero con la condición expresa de que tenía que presentarse él solo y que debía ser en la habitación de Lorenzo, ya que era su deseo demostrarle que ella también se sentía atraída por él, pero que, no obstante, quería guardar la apariencia de virtud. Lorenzo añadió que era muy importante que nadie lo viera entrar ni salir; que se cuidara bien de que todo quedase en secreto y que así se lo había pedido su tía. Alejandro estaba tan contento que se lo prometió. Entonces Lorenzo se levantó para, según dijo, ir a prepararlo todo; luego, una vez llegó a la puerta, se dio por última vez la vuelta y Alejandro le hizo una señal con la mano asegurándole que podía contar con él.

En cuanto hubo acabado la cena, el duque se levantó y se dirigió a su habitación; allí se quitó la ropa y se puso una bata larga de satén forrada de marta cibellina y pidiéndole sus guantes a su ayuda de cámara, le preguntó:

—¿Qué guantes me pongo: los de guerra o los de amor?

Pues en efecto, sobre la mesa tenía ambos: un par de guantes de malla y otro de guantes perfumados. Antes de mostrarle unos u otros, el criado esperó la respuesta.

—Dame los guantes de amor —le dijo.

Y su sirviente le entregó los guantes perfumados.

Entonces salió del palacio Médicis con sólo cuatro personas: el capitán Giustiniano de Cesena, uno de sus confidentes que se llamaba como él, Alejandro, y dos guardias más, uno llamado Giomo y el otro al que llamaban el Húngaro. En cuanto hubo llegado a la plaza San Marcos y después de haber dado un rodeo para evitar toda sospecha y así no revelar el verdadero objetivo de su salida, allí despidió a Giustiniano, a Alejandro y a Giomo diciéndoles que deseaba estar solo. Se quedó con el Húngaro y se dirigió a casa de Lorenzo. Cuando llegó al palacio Sostegni que se encontraba casi en frente del de Lorenzo, le ordenó a este último que permaneciera allí y que lo esperara hasta el amanecer; y que viera lo que viera, oyera lo que oyera, cualesquiera que fuesen las personas que entrasen o saliesen, que no se moviera del lugar ni hablara con nadie o de lo contrario recibiría el castigo de su enfado. Y que si al despuntar el día viera que el duque no salía, el Húngaro podía volver al palacio; pero el Húngaro que ya estaba acostumbrado a este tipo de aventuras, no estaba dispuesto a esperar hasta el amanecer. En cuanto vio al duque entrar en casa de Lorenzo, a quien reconocía como amigo suyo, se volvió a palacio y, como de costumbre, se tumbó en un colchón que cada noche le tendían en la habitación del duque y se dispuso a dormir.

Mientras tanto, el duque subió a la habitación de Lorenzo en la que ardía un buen fuego en la chimenea; allí lo esperaba el dueño de la casa. Desató su espada, se la

quitó y fue a sentarse sobre la cama. Lorenzo cogió enseguida la espada, enrollando el cinturón alrededor de ella para que el duque no pudiera sacarla de su funda y la puso en la cabecera de la cama mientras le decía al duque que tuviera paciencia y que pronto le traería a quien tanto esperaba. Salió de la habitación y tras él cerró la puerta y como la puerta era de aquellas que se cierran con un resorte, el duque se encontró prisionero allí dentro sin saberlo.

Lorenzo se había citado con Scoronconcolo en la esquina de la calle y éste, fiel a la consigna, se encontraba en su puesto. Entonces Lorenzo se dirigió contento hacia él y dándole una palmada en el hombro le dijo:

—Hermano, ha llegado la hora. He encerrado en mi habitación a este enemigo del que te hablé; ¿sigue en pie la idea de ayudarme a deshacerme de él?

—¡En marcha! —fue su única respuesta.

Y ambos entraron en la casa.

Cuando Lorenzo estaba a medio subir las escaleras se detuvo:

—No tengas en cuenta —le dijo— si este hombre es amigo del duque; no me abandones sea quien sea.

—Esté tranquilo —dijo el esbirro.

Ya en el rellano, Lorenzo se detuvo de nuevo.

—Sea quien sea, ¿me has oído bien? —añadió dirigiéndose por última vez a su acólito.

—Sea quien sea —respondió impacientemente Scoronconcolo—, ya fuera el mismísimo duque.

—Bien, bien —susurró Lorenzo y sacando su espada la introdujo sin funda bajo su abrigo.

Abrió despacio la puerta y entró seguido del esbirro. Alejandro se encontraba recostado sobre la cama con la cara mirando hacia la pared y probablemente medio dormido, pues ni se inmutó con el ruido. No obstante, Lorenzo se acercó a él susurrándole al oído:

—Señor, ¿dormís? —Y sin mediar palabra le asestó un terrible golpe con su espada, de modo que la punta que entró por un extremo, bajo el hombro, salió por el otro, debajo del pecho, atravesándole el diafragma y, por lo tanto, provocándole una herida mortal.

Y, aunque herido de muerte, el duque Alejandro, que contaba con una gran fortaleza, de un solo brinco se puso en medio de la habitación y se dirigió hacia la puerta que se encontraba medio abierta; pero entonces Scoronconcolo con el filo de su espada y con un golpe seco le abrió la sien y casi le destrozó la mejilla izquierda. El duque se detuvo tambaleándose y Lorenzo, aprovechando el momento, lo cogió por el brazo y lo llevó de nuevo a la cama, lo puso boca arriba y se echó encima dejando caer sobre él todo su peso. Entonces Alejandro, que aún no había pronunciado palabra, cual si se tratara de una pieza de caza mayor comenzó a gritar pidiendo auxilio. Lorenzo le puso enseguida la mano izquierda sobre la boca con

tanta violencia que introdujo el pulgar y una parte del dedo índice en ella. Alejandro instintivamente lo mordió con tanta fuerza que los huesos le crujieron y entonces fue Lorenzo quien, vencido por el dolor, se echó hacia atrás lanzando un enorme grito. A pesar de estar sangrando por dos heridas, a pesar de vomitar sangre por la boca, Alejandro se abalanzó sobre su adversario y doblándolo como si fuera una caña intentó asfixiarlo con sus manos. Un momento terrible tuvo lugar, pues en vano el esbirro intentó venir en ayuda de su amo, ya que los dos luchadores estaban tan estrechamente entrelazados que no hubiera podido golpear a uno sin correr el riesgo de golpear al otro. Así que se limitó a dar algunas patadas con la punta del pie entre las piernas de Lorenzo, pero lo único que conseguía era rasgar apenas las vestiduras del duque sin llegar a rozar su cuerpo. De pronto recordó que llevaba un cuchillo. Así que tiró al suelo su espada, pues inútil era su servicio, y cogiendo también al duque en sus brazos, entró a formar parte de este extraño grupo que luchaba medio en penumbra, alumbrados sólo por el fuego de la chimenea, e intentó buscar un sitio donde golpear en la oscuridad. Por fin encontró la garganta de Alejandro y entonces hundió con todas sus fuerzas su cuchillo en ella y, como veía que el duque no acababa de caer, con tantas ganas daba vueltas al cuchillo que a fuerza de retorcer —según cuenta el historiador Varchi—, le cortó la arteria de manera que casi le separó la cabeza del tronco. El duque cayó rendido al suelo profiriendo un último quejido. Scoronconcolo y Lorenzo, que se habían caído con él, se apartaron echando cada uno un paso hacia atrás; luego se miraron el uno al otro, aterrorizados al ver cómo estaban manchadas de sangre sus ropas y rostros.

—Creo que finalmente ha muerto —dijo el esbirro.

Y al ver que Lorenzo movía la cabeza como dudando, fue a coger su espada que estaba en el suelo y pinchó el cuerpo del duque varias veces con la punta, pero éste no hizo el más mínimo movimiento: ya no era más que un cadáver.

Así pues, entre los dos lo cogieron, uno por los pies y el otro por los hombros, y manchado como estaba de sangre lo colocaron sobre la cama echándole por encima una manta; y luego, cansado y jadeante tras la lucha, y con todo el cuerpo molido por el forcejeo, Lorenzo se fue hacia la ventana que daba sobre la Via Larga para abrirla con el fin de poder respirar un poco de aire y recuperarse y de paso comprobar que no había atraído a nadie el ruido que habían hecho. No obstante, algunos vecinos habían oído algo, sobre todo la señora María Salviati, viuda de Juan de las Bandas Negras y madre de Cosme, quien se sorprendió bastante de este largo y empecinado pataleo; pero Lorenzo, previendo este forcejeo, se había dedicado a hacer ruidos extraños semejantes al de esta noche a fin de acostumbrar al vecindario, acompañándolo incluso de gritos y maldiciones. De este modo, cada cual pensó que se trataba del ruido al que estaban acostumbrados. Algunos miraban a Lorenzo como si de un insensato se tratase, otros lo consideraban un cobarde, de manera que nadie prestó ninguna especial atención. En la calle y en las casas contiguas todo parecía estar tranquilo.

Lorenzo y Scoronconcolo, levemente recuperados, salieron de la habitación y no sólo la cerraron con cerrojo, sino también con llave. Lorenzo fue a casa de su intendente Francesco Zeffi, cogió todo el dinero que había en ese momento, ordenó a uno de sus sirvientes, llamado Freccia, que lo siguiera y sin más séquito que el esbirro y, gracias a una licencia que había pedido de antemano ese mismo día al obispo de Marzi, partió en busca de caballos a la posta; y sin parar y casi sin aliento, cabalgó hasta Bolonia, donde sólo se detuvo para curar su mano de la que medio colgaban dos dedos que finalmente se salvaron, no sin dejar para siempre una gran cicatriz. Después volvió a montar su caballo y entró en Venecia durante la noche del lunes. En cuanto llegó, hizo llamar a Filippo Strozzi quien, exiliado desde hacía cuatro o cinco años, se encontraba ahora en Venecia; y luego, mostrándole la llave de su habitación le dijo:

—Tenga, ¿ve usted esta llave? Pues bien, cierra la puerta de una habitación donde se halla el cadáver del duque Alejandro a quien he asesinado yo mismo.

Filippo Strozzi se negaba a creer una noticia semejante; pero Lorenzo sacó de su maleta sus ropas manchadas de sangre y, mostrándole su mano mutilada, añadió:

—Mire, he aquí la prueba.

Entonces Filippo Strozzi se lanzó a su cuello diciéndole que era el Brutus de Florencia y le pidió la mano de sus dos hermanas para sus dos hijos.

Y de ese modo fue asesinado Alejandro de Médicis, primer duque de Florencia y último descendiente de Cosme, el Padre de la patria, pues Clemente VII había muerto en 1534 y el cardenal Hipólito en 1535. Con este asesinato se observó un extraño y curioso hecho: era la séxtuple combinación del número 6. Alejandro fue asesinado en 1536 a la edad de veintiséis años, en un día 6 del mes de enero, a las seis de la madrugada, recibiendo seis heridas, después de haber reinado durante seis años.

Mientras tanto, la mañana del domingo amanecía y hacia mediodía Giomo y el Húngaro, viendo que el duque no aparecía, comenzaron a preocuparse seriamente. Así pues, corrieron hacia la casa del cardenal Cibo para comunicarle su sospecha, explicándole todo lo que sabían hasta el momento. El cardenal, sin comunicarle de momento cuál era la finalidad de su investigación, mandó preguntar al obispo si había observado a alguien salir de la ciudad durante la noche. El obispo respondió que Lorenzo de Médicis había venido con dos de sus amigos a pedir unos caballos de posta y que lo vio coger la carretera de Bolonia. El cardenal no dudó de que se había cometido un asesinato. Pero sí que temió alguna revuelta, sobre todo porque se encontraba aislado, casi sin soldados, en una ciudad donde el duque era bastante odiado. Y aunque el pueblo se encontrara desarmado, conocía tan bien el carácter de éste que el cardenal pensó que, de no tomar firmes decisiones, los ciudadanos podrían atacar aunque fuera a pedradas a cualquiera que estuviera a favor de la tiranía de Alejandro. Por consiguiente, sin ni siquiera abrir la habitación, sin asegurarse de que el duque estaba muerto, el cardenal escribió a Pisa, a Lorenzo, su hermano, para que éste viniera con el mayor número posible de hombres armados que pudiera reunir;

también escribió a Alessandro Vitelli para que dejara Città di Castello y acudiera a Florencia con su guarnición; al capitán que comandaba las cuadrillas del Mugello para que hiciera lo mismo con sus hombres; en fin, también escribió a Giacomo de Médicis, gobernador de Arezzo, para que hiciera guardia. Durante todo este tiempo y a fin de tener las mentes ocupadas y lejos de la verdad, hicieron echar arena ante el palacio; y cuando los cortesanos, como de costumbre, se presentaron para cuando se levantara el duque, les comunicaron que el duque había pasado toda la noche jugando alegremente y que aún dormía en sus aposentos y que había pedido que no lo despertaran, ya que a la noche siguiente le esperaba un baile de disfraces. El día pasó de esta manera, sin que nadie sospechara nada. Finalmente, llegada la noche, abrieron la habitación de Lorenzino y, como era de esperar, encontraron al duque muerto y en la misma posición en que lo dejaron sus asesinos, pues nadie había entrado en ella. Aprovechando la oscuridad, lo llevaron enseguida, y previamente enrollado en una alfombra, hasta San Juan y de allí a la vieja sacristía de San Lorenzo donde lo dejaron. Respecto a lo demás, las tropas que habían llamado entraron durante la noche en Florencia por las diferentes puertas, de manera que el lunes por la mañana el cardenal se encontró en condiciones de hacer frente a todos los acontecimientos.

Y llegó el momento: como acostumbra a pasar con las malas noticias, el anuncio de la muerte del duque se propagó por toda la ciudad y, a pesar de suscitar una alegría que nadie se molestó en ocultar, el hecho es que no se produjo ningún movimiento ofensivo. Bien es cierto que esto respondía a que en otras dos anteriores ocasiones la noticia de la muerte del duque había llegado a oídos de todos, causando una gran alegría, y luego fue desmentida. Así pues, todos temían caer en una trampa en la que anteriormente unos habían perdido la libertad y otros la vida. Pero cuando comenzó a anochecer y los ciudadanos vieron que la bienaventurada noticia no era desmentida se decidieron a abandonar su puesto ante las puertas y a salir a las plazas; y allí, reuniéndose en grupos más o menos animados, cada uno comenzó a discutir sobre la forma de gobierno que tendría que sustituir al que acababa de caer con el duque y sobre quien sería el más digno de ser nombrado confaloniero, por un tiempo o de por vida. Después comenzaron a hablar de los nombres que tendrían que ser recompensados o castigados, teniendo en cuenta si habían sido fieles a la República o si por el contrario habían traicionado la libertad. Y mientras todos hablaban de esta manera, los hermanos dominicos de San Marcos vinieron a unirse al pueblo, diciendo que los tiempos que anunciaba el bienaventurado mártir Savonarola habían llegado y que ahora se podrían reconocer si las profecías eran verdaderas o falsas y que por fin Florencia recobraría su antigua y venerada libertad, así como todos los bienes, todas las alegrías y todos los encantos que habían sido predichos por boca del mártir a la ciudad bien amada de Dios. Y había muchos que creían fehacientemente en sus palabras y había otros que no creían en ellas, pero que fingían creer.

Todo esto se decía y hacía mientras que los Cuarenta y ocho, llamados por los maceros, se reunían en el palacio Médicis, conocido hoy como palacio Riccardi, en

casa del cardenal Cibo, para convenir cómo se iba a proceder. Pero éstos, que habían observado la agitación del pueblo y que, al igual que ellos, compartían sus esperanzas, sus temores y sus pasiones, si no hubiera sido por el miedo de los que habían emigrado fuera de la ciudad, y el miedo del pueblo que se quedó dentro, nunca hubieran llegado a ningún acuerdo, tan diferentes eran los deseos de unos y otros. Por fin uno de ellos, Domenico Canigiani, pidió el turno de palabra, obtuvo silencio y propuso que, en el puesto de Alejandro, se eligiera a su hijo natural, Julio. Todos se echaron a reír ante esta moción, ya que a quien proponía apenas tenía cinco años de edad y sería demasiado pretencioso poner en manos del cardenal no sólo la tutela, sino también todo el poder. Así que el cardenal, viendo el mal efecto que había producido este inicio, fue el primero en retirarse. Otro se levantó para proponer al joven Cosme de Médicis, constatando que había nacido en 1519 y que por entonces contaba con diecisiete años; ante esta propuesta, la gente dejó de reír y cada uno miraba al que tenía al lado moviendo la cabeza en señal de aprobación, dando a entender que probablemente era lo mejor que se podía hacer, no sólo por simpatía, sino por derecho, ya que, después de que Lorenzo hubiera huido, Cosme era el pariente más próximo del duque Alejandro y, por tanto, el principal heredero. Pero entonces Palla Rucellai, que había observado con qué favoritismo se acogía el nombre de Cosme, y que quería proponer a Filippo Strozzi, del cual era partidario, no osó exponer a su señor a la lucha, aunque sí se opuso con todas sus fuerzas a seguir avanzando en esta deliberación, ya que un gran número de ilustres hombres en destierro se encontraban ausentes. Esta especie de enmienda fue rechazada tanto por Francesco Guicciardini como por Francesco Vettori; no obstante, Palla Rucellai procedió con destreza y la reunión se dio por finalizada sin que se decidiera nada en concreto, dejando la autoridad en manos del cardenal durante tres días más.

Pero este intermedio, que no puso remedio a nada, que no hizo avanzar nada y que dejaba todo en el aire, no satisfizo a nadie y el pueblo dio amplias muestras de su descontento, pues cada vez que alguno de los que hubo participado en la gran deliberación pasaba delante de algún taller, los obreros golpeaban con sus instrumentos las mesas, los bancos de trabajo o los yunques gritando en voz alta:

—Si no sabéis, si no queréis o si no podéis hacer bien el trabajo, llamadnos a nosotros, que nosotros lo haremos.

* * *

Y así andaba Florencia agitada de una punta de la ciudad a otra como hacía mucho tiempo que no ocurría, cuando de pronto se oyeron gritos de alegría y vieron que todos se precipitaban hacia la puerta de San Gallo ante un apuesto joven que llegaba a caballo, a la cabeza de una gran compañía, con una tal majestuosidad que parecía, según palabras de Varchi, más bien merecer el imperio que no desearlo. El joven caballero era Cosme de Médicis, quien, advertido por sus amigos cuando se

encontraba en su palacio de Trebbio, había venido a echar sobre la balanza —donde en estos momentos pesaban los asuntos públicos— todo el peso de su presencia y de su popularidad.

Y es que, efectivamente, Cosme era por todos apreciado, tanto por su persona como por lo que representaba su antepasado, Lorenzo, nieto de Averardo y hermano de Cosme, el Padre de la patria, y su padre había sido el famoso capitán Juan de Médicis. He aquí en dos palabras quién era este ilustre *condottiero*:

Era el hijo de aquel otro Juan de Médicis y de Catalina, hija de Galeazzo, duque de Milán. Su padre murió joven y su madre quedó viuda encontrándose aún en plena flor de la vida; ésta le cambió su nombre de pila, Ludovico, por Juan, a fin de revivir en su hijo a su esposo fallecido. Pronto despertaron en ella grandes temores por este hijo tan estimado y estaba tan preocupada por que la rama no se extinguiera, al ser éste su único vástago, que para salvarlo de todo peligro que pudiera amenazarlo, lo vistió de mujer y lo escondió en el monasterio de Annalena. Del mismo modo que hiciera Thetis con su hijo Aquiles. Pero ni diosa ni mujer pudieron burlar el destino: los dos hijos estaban destinados a convertirse pronto en héroes y a morir jóvenes.

Cuando el chico hubo cumplido doce años, fue imposible mantenerlo más tiempo con sus jóvenes compañeras: cada palabra, cada gesto traicionaba la mentira de sus vestidos, así que tuvo que regresar a su casa materna. Pronto haría sus primeras armas en Lombardía donde adquirió el sobrenombre de Invencible. Poco tiempo después, fue nombrado capitán de la República con motivo de las revueltas acaecidas entre el duque de Urbino y Malatesta Baglioni. En fin, acababa de regresar de Lombardía en tanto que capitán de la liga para el rey de Francia, cuando, llegando a Borgoforte, fue herido por encima de la rodilla por el disparo de un falconete, justo en el mismo lugar donde ya había recibido otra herida en Pavía. La herida fue tan grave que hubo de serle amputada la pierna; y, como era de noche, Juan no quiso que nadie aguantara la antorcha para alumbrar a los cirujanos más que él. Y así la mantuvo, hasta el final de la operación, sin que en ningún momento le temblara la mano ni hiciera vacilar la llama. Pero, sea porque la herida fuera mortal, o porque la operación se hiciera mal, Juan de Médicis falleció dos días después a la edad de veintinueve años.

Esta muerte supuso una gran alegría para los alemanes y los españoles, ya que lo temían grandemente. Según Guicciardini, hasta su llegada, la infantería italiana había sido nula e ignorada. Fue él quien la organizó y la hizo famosa. Tanto amaba él a esta tropa, casi como si fuera su hija, que siempre le entregaba su parte del botín, reservándose sólo la gloria para él; y por su parte, los soldados lo apreciaban con tanto cariño que incluso lo llamaban padre y señor. Tras su muerte todos se pusieron de luto y declararon que no abandonarían jamás este color, juramento que todos mantuvieron con tal fidelidad que Juan de Médicis fue conocido desde entonces como Juan de las Bandas Negras; de hecho es más conocido con este sobrenombre que con el de su nombre paterno.

Tales eran los antecedentes con los que Cosme se presentaba para la sucesión de

Alejandro. Como ya dijimos, recibió grandes demostraciones de alegría; y el pueblo, entre cuyos ciudadanos se encontraba una multitud de viejos soldados que habían servido bajo las órdenes de Juan de las Bandas Negras, lo acompañó hasta el palacio de su madre, feliz y llorando al mismo tiempo, gritando: ¡Viva Cosme! y ¡Viva Juan! ¡Viva el padre y viva el hijo!

Al día siguiente de haber llegado Cosme a la ciudad, es decir, el martes, el cardenal le hizo saber que lo esperaba en palacio. Pero ahora, su madre, siendo él hijo único y habiendo perdido a su marido tan joven, al ver a tanta gente y oír cómo gritaban, a pesar de ser persona de gran y noble corazón, comenzó a rogar a su hijo que no se apartara de ella, pero Cosme enseguida la interrumpió y le dijo:

—Cuanto más bajo haya caído la fortuna de este desgraciado país y cuantos más grandes sean los peligros que yo corra, más me debo a él y, directamente, debo exponerme a ellos; y añadiré que lo hago de manera completamente voluntaria, que me acuerdo en estos momentos de haber tenido como padre a mi señor Juan a quien el peligro nunca amedrentó por muy grande que éste fuera, y por madre a la hija de Jacopo Salviati y de Lucrecia de Médicis, quien siempre me dijo que mientras temiera y honrara a Dios nada habría de temer.

Y con estas palabras, se abrazó a su madre, la besó y salió. Apenas hubo puesto el pie en la calle, el pueblo lo rodeó, lo alzó en alto y fue conducido hasta palacio de manera triunfal.

Allí encontró al cardenal, quien, tan pronto lo hubo visto, lo cogió del brazo y lo condujo aparte al vano de una ventana, lo recibió con buenas y elogiosas palabras y le preguntó si, en caso de que fuera elegido duque, podría tener en cuenta cuatro cosas, a saber:

- 1.º Ser justo y equitativo tanto para ricos como para pobres;
- 2.º No consentir nunca a desposeer de su autoridad a Carlos V;
- 3.º Vengar la muerte del duque Alejandro;
- 4.º Tratar bien al señor Julio, así como a la señora Julia, sus hijos.

Cosme respondió que las cuatro cosas eran justas y que por consiguiente se comprometía por su honor a bien tenerlas en consideración. Entonces el cardenal entró en la sala del consejo recitando estos dos versos de Virgilio, el primero de los cuales se convertiría más tarde en la divisa de Cosme:

... Primo avulso, non deficit alter
Aureus, et simili frondescit virga metallo.

ÆN., lib.VI^[1]

La alusión era evidente. Con un fuerte aplauso fue acogida por una aplastante mayoría y en ese mismo instante fueron determinadas las siguientes condiciones:

1.º Que el señor Cosme, hijo del señor Juan de Médicis, era elegido, no como duque, sino como jefe y gobernador de la República;

2.º Que el señor Cosme debería dejar en su puesto a un lugarteniente siempre que se ausentara de la ciudad y que éste debería ser siempre ciudadano de Florencia y nunca un forastero;

3.º Que se le pagaría al señor Cosme como emolumento por su función de jefe y gobernador de la República la suma de doce mil florines de oro, sin que jamás se pudiera aumentar esta cantidad en el futuro.

Además, ocho ciudadanos fueron elegidos para formar un consejo con el cual Cosme debatiría los asuntos de Estado. Estos ocho ciudadanos fueron: Francesco Guicciardini, Matteo Nicollini, Roberto Acciaiuoli, Matteo Strozzi, Francesco Vettori, Giuliano Capponi, Jacopo Gianfigliuzzi y Rafael de Médicis.

Cosme aceptó estas condiciones con humildad y el pueblo aceptó a Cosme con mucho entusiasmo.

Más tarde, el 28 de febrero de 1537, llegó un privilegio del emperador Carlos V en el que se decía que el principado de la ciudad de Florencia pertenecía al señor Cosme en calidad de hijo de Juan de Médicis, así como a sus sucesores descendientes legítimamente de él, ateniéndose a que era el heredero más cercano del duque Alejandro.

He aquí como finalizó de reinar la rama mayor de los Médicis y como subió al trono la rama menor.

Segunda parte

Rama menor

I

Y a Cosme le sucedió lo que acostumbra a suceder a todos los hombres de talento que llegan al poder tras una revolución: en el primer escalón del trono suelen recibir condiciones, pero en el último son ellos los que imponen las suyas.

La posición era difícil. Había que luchar al mismo tiempo contra los enemigos de dentro y los enemigos de fuera; había que sustituir con un gobierno firme, un poder unitario y una voluntad duradera a todos esos gobiernos lacios o tiránicos, todos esos poderes opuestos los unos a los otros y, por ende, destructivos los unos con los otros, y había que luchar contra todas estas voluntades que, ya vinieran de arriba como de abajo, suponían un flujo y reflujo eterno de aristocracia o democracia, siendo imposible fundar nada sólido o duradero; y, sin embargo, a pesar de todo ello, había que gestionar las libertades de todo este pueblo de manera que ni nobles, ni ciudadanos, ni artesanos percibieran quién era el amo. Se tenía que gobernar a este caballo todavía indomable a la tiranía con mano de hierro, pero con guante de seda.

Cosme era sin duda el hombre que reunía todas estas características para poder llevar a cabo un trabajo de tal envergadura: reservado como Luis XI, apasionado como Enrique VIII, valiente como Francisco I, perseverante como Carlos V, magnífico como León X, poseía todos los vicios que hacen que la vida privada sea sombría y todas las virtudes que hacen que la vida pública sea brillante. Por ello, su familia nunca fue afortunada y, sin embargo, su pueblo fue siempre feliz.

En lo concerniente al lado más sombrío, Cosme tuvo cinco hijos y cuatro hijas.

Los hijos fueron Francisco, que reinó después de él; Fernando, que reinó después de Francisco; Pedro, Juan y Garzia. No hablaré de otro Pedro que apenas vivió un año.

Las cuatro hijas fueron María, Lucrecia, Isabel y Virginia.

Hagamos un rápido comentario de cómo la muerte estuvo presente en este rico linaje. Llegó del mismo modo que lo hizo en la familia de origen: con un fratricidio.

Juan y Garzia se encontraban cazando en la Maremma. Juan, que contaba con sólo diecinueve años, ya era cardenal; Garzia no era por aquel entonces más que el favorito de su madre Eleonora de Toledo. El resto de la corte se encontraba en Pisa donde Cosme, que un mes antes había instituido la orden de San Esteban, había acudido con el fin de ser reconocido como gran maestro.

Los dos hermanos, que desde hacía tiempo mantenían el uno contra el otro una cierta enemistad (Garzia contra Juan, puesto que éste era el favorito de su padre; y Juan contra Garzia al ser éste el favorito de su madre), comenzaron a discutir por un corzo que ambos pretendían haber matado. En medio de la discusión, Garzia sacó su cuchillo de caza e hirió a su hermano en la rodilla; éste cayó al suelo y pidió ayuda. Las personas que componían el séquito de los dos príncipes encontraron a Juan, solo,

bañado en sangre; lo transportaron a Livorno, informando al gran duque acerca del accidente que acababa de tener lugar. Éste acudió enseguida a Livorno, curando él mismo las heridas de su hijo, pues el gran duque tenía conocimientos médicos; pero, a pesar de los cuidados que le procuró su padre, Juan falleció en brazos de éste el 26 de noviembre de 1562, cinco días después de que fuera herido.

Cosme regresó a Pisa. Tras esta máscara de bronce con la que acostumbraba a cubrir su rostro, nadie pudo apreciar lo que había ocurrido; Garzia lo había precedido y se refugió en casa de su madre donde ésta lo escondió. No obstante, al cabo de algunos días y viendo que Cosme no volvía a hablar de su hijo fallecido como si éste nunca hubiera existido, la madre le dijo a su hijo asesino que fuera a postrarse a los pies de su padre y le pidiera perdón. Pero el joven, con sólo pensar en encontrarse cara a cara con su juez, le temblaban todos sus miembros; sin embargo, y con la idea de tranquilizarlo, su madre lo acompañó. Cosme se encontraba sentado y pensativo en una de las estancias más apartadas de su palacio.

Hijo y madre entraron. Cosme se levantó al verlos; su hijo presto corrió a sus pies abrazándose a sus rodillas, llorando y pidiéndole perdón. La madre se quedó en la puerta y extendió sus brazos hacia su marido. Cosme tenía metida la mano en su jubón, de allí sacó un puñal que acostumbraba a llevar cerca del pecho y atacó a Garzia diciéndole:

—No quiero a ningún Caín en mi familia.

La desolada madre, que había visto el brillo del puñal, se lanzó sobre Cosme, pero a mitad de camino recibió en sus brazos a su hijo, que, herido de muerte, se había levantado tambaleándose y gritado:

—¡Madre! ¡Madre!

Ese mismo día, el 6 de diciembre de 1562, don Garzia expiraba.

Y a partir del instante en que falleció, Eleonora de Toledo se acostó al lado de donde yacía su hijo, cerró los ojos y no quiso abrirlos nunca más. Ocho días después moría de muerte natural, unos cuentan que de dolor, otros que de hambre.

Los tres cadáveres regresaron por la noche y sin fausto a la ciudad de Florencia y muchos decían que los dos hijos y la madre habían sido víctimas de los malos aires de la Maremma.

* * *

El nombre de Eleonora de Toledo atraía las desgracias; una hija de este mismo nombre de don Garzia, padrino de esta otra Eleonora de Toledo cuya muerte acabamos de relatar, llegó a la corte de su tía siendo muy joven y allí floreció, bajo el sol de Toscana, como una de esas bellas flores que dieron el nombre a Florencia. En la corte se rumoreaba que el gran duque Cosme se había enamorado locamente de ella y que conociendo como se conocían los amores de éste, no se sabe bien si fue sobornando con oro a los criados de la bella joven o infundiéndoles temor, el caso es

que se cuenta que pudo penetrar en sus aposentos, que de allí salió al día siguiente por la mañana, y que regresó durante las noches que se sucedieron. Este adulterio había despertado tantas habladurías, que se vio obligado a casar a la joven y bella amante con su hijo Pedro. Lo que sí se puede asegurar de todo este asunto es que en el momento menos esperado, y sin que el mismo don Pedro fuera consultado, se decidió esta unión y fue celebrado el matrimonio.

Pero, sea por los extraños rumores que ya corrían en torno a su mujer o por el placer que Pedro sentía en compañía de jóvenes apuestos, el caso es que esta situación impidió que una bella mujer le inspirara un sentimiento de amor y, así pues, se solía ver la tristeza del joven matrimonio, que pasaba la mayor parte del tiempo separado. Eleonora era joven y bella; era de ese tipo de mujer cuya sangre española ardía por todas sus venas y al verse descuidada por su marido, se enamoró de un joven llamado Alessandro, hijo de un conocido capitán de Florencia que se llamaba Francesco Gagi. Pero este amor incipiente no pudo ir más lejos, ya que el joven, al conocer que el marido estaba al corriente de la pasión que por ella sentía y previendo que ello pudiera ocasionar dolor a la bella Eleonora, se retiró a un convento de capuchinos y allí ahogó, o al menos escondió su amor bajo un cilicio y mientras que por Eleonora rezaba, Eleonora lo iba olvidando.

Y quien la hizo olvidar, sucediéndole, fue un joven caballero de San Esteban que, menos discreto que el pobre Alessandro, no dejó lugar a dudas en toda la ciudad de que era amado por la joven Eleonora. Quizás fuera más a causa de este amor que por la muerte de Francesco Ginori al que acababa de matar en duelo entre el palacio Strozzi y la puerta Roja, el caso es que fue exiliado a la isla de Elba. Pero el exilio no consiguió apagar este amor y, no pudiéndose volver a ver, los dos amantes mantuvieron una relación epistolar. Una de estas cartas cayó en manos del gran duque Francisco y el amante fue llevado en secreto de la isla de Elba a la prisión de Bargello. La misma noche en que llegó, hicieron entrar en la prisión a un confesor y a un verdugo y, cuando el confesor hubo acabado su misión, el verdugo estranguló al prisionero. A la mañana siguiente Eleonora supo por boca de su cuñado la ejecución de su amante.

Estuvo llorando durante once días y temblando por su suerte. El 10 de julio recibía la orden de presentarse al palacio de Cafaggiado donde vivía su marido desde hacía algunos meses. Desde entonces intuyó que todo había acabado para ella, así que no pudo menos que obedecer pues no sabía ni dónde ni de quién obtener refugio. Eso sí, sólo pidió que la dejaran quedarse hasta el día siguiente, luego se dirigió a la cuna de su hijo Cosme y allí pasó toda la noche llorando y suspirando, recostada sobre su hijo.

Los preparativos para la salida ocuparon gran parte del día, así que Eleonora salió hacia las tres de la tarde; casi instintivamente iba reteniendo a cada minuto los caballos, de modo que ya había anochecido cuando llegó a Cafaggiado. Para su gran sorpresa, la casa estaba desierta.

El cochero desenganchó los caballos y mientras los criados y las mujeres que la acompañaban sacaban el equipaje del coche, Eleonora de Toledo entró sola en la bella mansión que, privada de toda luz, le pareció a esta hora triste y sombría como una tumba. Subió la escalera en silencio, como una sombra y avanzó toda temblorosa a través de las puertas abiertas hacia su dormitorio. Al llegar al umbral, vio como desde detrás del cortinaje salía un brazo con un cuchillo; sintió un golpe y gritando cayó al suelo: estaba muerta. Don Pedro nunca contó con nadie para realizar su venganza. Él mismo la asesinó.

Y viéndola como estaba, tendida, inmóvil y manchada de sangre, salió de la cortina, y ésta se cerró a sus espaldas; miró fijamente a la que acababa de apuñalar y observó que ya estaba muerta, pues la puñalada fue asestada con mano firme y hábil. Se arrodilló ante el cadáver, alzó sus manos ensangrentadas al cielo y pidió perdón a Dios por el crimen que acababa de cometer, jurando, como expiación, no volver a casarse nunca más. Extraño juramento, teniendo en cuenta los rumores escandalosos de la época acerca de su repugnancia por las mujeres, pues sin duda alguna le sería mucho más fácil mantener este juramento que cualquier otro.

El verdugo se convirtió en el amortajador: puso el cuerpo, cuya alma acababa de arrebatar, en un féretro ya preparado, cerró el ataúd y lo mandó llevar a Florencia, donde esa misma noche fue enterrada en secreto en la iglesia de San Lorenzo.

Por lo demás, don Pedro ni siquiera mantuvo su juramento, pues se casó en 1593 con Beatriz de Menesser; es cierto que fue diecisiete años después del asesinato de Eleonora y además Pedro de Médicis, teniendo en cuenta su carácter, debía de haber olvidado no ya su promesa, sino incluso la causa que lo había llevado a hacerla.

Pero dejemos a los hombres de momento, a quienes nos veremos obligados a volver más tarde con el envenenamiento de Francisco y de Blanca Cappello y demos paso a las mujeres.

María, la mayor, era a sus diecisiete años, como Shakespeare dijera de Julieta, una de las más bellas flores de la primavera de Florencia. El joven Malatesti, paje del gran duque Cosme, se enamoró de ella; la muchacha, por su parte, lo amó con ese primer amor que no puede negarse a nada. Un viejo español sorprendió a los dos amantes en una conversación a solas y fue a contarle a Cosme lo que había visto.

Maria murió envenenada a la edad de diecisiete años y Malatesti fue encerrado en prisión. Transcurridos diez o doce años consiguió fugarse de ésta y llegó a la isla de Candia, donde su padre gobernaba para los venecianos. Dos meses más tarde, una mañana, lo encontraron en la calle, asesinado.

Lucrecia era la segunda. Tenía diecinueve años cuando contrajo matrimonio con el duque de Ferrara. Un día llegó a la corte de Toscana un correo anunciando que la joven princesa había muerto súbitamente. En la corte se decía que una fiebre pútrida se la había llevado; entre el pueblo se decía que su marido la había asesinado en un arrebato de celos.

Isabel, la tercera, era el ojo derecho de su padre.

Un día en que Giorgio Vasari, oculto tras un andamio, se encontraba pintando el techo de una de las salas del Palazzo Vecchio vio entrar a Isabel en esta misma sala; era hacia el mediodía y el aire era sofocante. Ignorando que alguien pudiera encontrarse en la misma habitación que ella, corrió las cortinas, se recostó en un diván y se durmió. Cosme, por su parte, entró y vio a su hija; su hija se despertó y lanzó un grito, pero Vasari no pudo observar nada, pues al oír el grito él mismo cerró los ojos e hizo ver que dormía.

Al abrir las cortinas, Cosme recordó que ésta debía de ser la sala en la que se encontraba pintando Vasari. Miró hacia el techo y vio el andamio y en ese momento tuvo una idea. Subió muy despacio por la escalera y llegó a la plataforma; allí encontró a Vasari que se encontraba de cara a la pared, durmiendo en un rincón de su andamio. Se dirigió hacia él, sacó su puñal y se lo acercó lentamente al pecho para comprobar si realmente dormía o lo hacía ver. Vasari no hizo ningún movimiento; su respiración permaneció tranquila. Cosme, convencido de que su pintor favorito dormía, volvió a guardar el puñal en la funda y bajó del andamio.

Vasari salió a la hora en que acostumbraba a salir y regresó al día siguiente a la hora en que tenía por costumbre llegar. Fue su sangre fría la que lo salvó. Si hubiera huido, estaba perdido; por dondequiera que fuera, el puñal o el veneno de los Médicis iría a buscarlo.

Todo esto ocurría allá por el año 1557.

Al año siguiente, como Isabel ya tendría dieciséis años, había que pensar en casarla. Entre los aspirantes a su mano, Cosme había escogido a Paolo Giordano Orsini, duque de Bracciano. Pero una de las condiciones de este matrimonio era, según dicen, que Isabel residiera en Toscana al menos seis de los doce meses del año.

El matrimonio, contra toda expectativa, fue visiblemente frío y forzado; nadie podía explicar la extraña indiferencia que demostraba el joven esposo ante una joven y bella mujer. Pero en fin, cualquiera que fuera la causa, esta aversión existía y Paolo Giordano Orsini pasaba la mayor parte del año en Roma, dejando —fueran cuales fueran sus quejas— a su mujer sola en la corte de Toscana. Joven, bella, apasionada, en medio de una de las cortes más galantes del mundo, Isabel suscitó nuevos rumores y no tardó en hacer aflorar la vieja acusación que la había mancillado. No obstante, Paolo Giordano Orsini guardaba silencio, pues Cosme aún vivía y mientras Cosme estuviera vivo, nunca tendría la osadía de vengarse de su hija; pero Cosme moriría en 1574.

Paolo Giordano Orsini en cierta manera había dejado a su mujer custodiada por uno de sus parientes más cercanos llamado Troilo Orsini y, desde hacía algún tiempo, este guardián de su honor le había escrito que Isabel llevaba una conducta muy correcta, tal y como él pudiera desear; de modo que casi había renunciado a sus deseos de venganza. Pero con motivo de una querrela particular y sin testigos, Troilo Orsini mató de una puñalada a Lelio Torello, paje del gran duque Francisco, lo que lo obligó a huir.

Luego se supo por qué Troilo había matado a Lelio; ambos eran amantes de Isabel y Troilo quería serlo él solo. Paolo Giordano Orsini se enteró al mismo tiempo de la doble traición de su pariente y de su esposa y presto emprendió viaje hacia Florencia; allí, Isabel (temiendo la misma suerte que corriera su cuñada Eleonora de Toledo, asesinada hacía tan sólo cinco días) se dispuso a abandonar Toscana y pedir refugio a Catalina de Médicis, reina de Francia, pero la presencia inesperada de su marido frenó de golpe sus intenciones.

No obstante, al verlo, Isabel se tranquilizó, pues su marido parecía venir más como víctima que como juez. Éste le dijo que reconocía haberse equivocado y asumía su culpa y que, por su parte, deseoso de vivir a partir de ahora una vida más feliz y más estable, venía a proponerle que olvidara todos los errores que él hubiera podido cometer al igual que él estaba dispuesto a olvidar todos los de ella. El trato, teniendo en cuenta la situación en la que ella se encontraba, era demasiado bueno como para no aceptarlo. No obstante, ese día no hubo el más mínimo acercamiento entre los dos esposos.

Al día siguiente, 16 de julio, Orsini invitó a su mujer a que lo acompañara a una gran cacería que iba a celebrarse en su mansión de Cerreto. Isabel aceptó y allí se presentó con sus damas por la tarde. Apenas hubo entrado vio venir hacia ella a su marido con dos magníficos galgos atados con una correa; él le pidió que los aceptara y la invitó a llevarlos al día siguiente. Acto seguido, se sentaron a la mesa.

Durante la cena, Orsini se mostró alegre como nunca en otra ocasión se le viera, abrumando a su mujer con atenciones y cuidados al igual que un amante hubiera hecho con su amada, de tal manera que, a pesar de estar acostumbrada a tener a su alrededor a gente hipócrita, Isabel casi se engañó. No obstante, una vez acabada la cena, su marido la invitó a entrar en su habitación y éste, dándole ejemplo, se adelantó para que ella lo siguiera. Como por instinto sintió un escalofrío y se quedó pálida y, volviéndose hacia la Frescobaldi, su primera dama de honor, le preguntó:

—Señora Lucrecia, ¿voy o no voy?

Pero al oír la voz de su marido que volvía al umbral preguntándole entre risas si venía o no, tomó fuerzas y fue tras él.

Una vez hubo entrado en la habitación, observó que su marido seguía manteniendo la misma expresión e incluso parecía que al estar a solas con ella hubiera aumentado su ternura. Isabel, engañada, se dejó llevar y cuando se encontró en una situación en la que le era difícil poder defenderse, Orsini sacó de debajo de la almohada una cuerda que ya tenía preparada, se la colocó alrededor del cuello y cambiando sus tiernas caricias por un abrazo mortal, la estranguló, a pesar de sus esfuerzos por defenderse y sin que tuviera apenas tiempo de poder lanzar un grito.

Y así fue como murió Isabel.

Queda Virginia.

A ésta la casaron con César de Este, duque de Módena. Y esto es todo lo que se sabe de ella. Sin duda alguna corrió mejor suerte que sus tres hermanas. La historia

sólo olvida a los afortunados.

Y hasta aquí el lado oscuro de la vida de Cosme. Demos paso ahora a su lado más esplendoroso.

* * *

Cosme fue uno de los hombres más sabios de su época; entre otras cosas, según Baccio Baldini, conocía una gran cantidad de plantas, sabía los lugares donde éstas nacían, dónde vivían más tiempo, dónde eran más sabrosas, dónde se abrían las flores más bellas, dónde ofrecían sus mejores frutos y cuál era la virtud de estas flores o de estos frutos para curar enfermedades o heridas tanto a hombres como a animales; además, como era un excelente químico, hacía con ellas aguas, esencias, aceites, medicamentos y bálsamos que regalaba a todo aquél que se lo pidiera, ya fuera rico o pobre, ya fuera toscano o forastero, ya viviera en Florencia o en cualquier otra parte de Europa.

Cosme amaba y protegía las letras. En 1541 fundó la Academia florentina a la que llamaba su muy feliz y muy querida academia; allí se leería y comentaría a Dante y a Petrarca. Sus sesiones al principio tenían lugar en el palacio de Via Larga; luego, para que ésta gozara de mayor libertad y comodidad, le asignó la gran sala del consejo en el Palazzo Vecchio, que se encontraba inutilizada desde la caída de la República.

La Universidad de Pisa, que había gozado de la protección de Lorenzo de Médicis, brilló en todo su esplendor en aquella época pero, abandonada por los sucesores del Magnífico, había permanecido cerrada; Cosme la hizo abrir de nuevo y le procuró grandes privilegios para así asegurar su existencia, añadiendo un colegio en el que quiso que cuarenta jóvenes pobres, pero con talento, fueran educados a cuenta suya.

Hizo ordenar y poner en manos de los sabios todos los manuscritos y libros de la Biblioteca Laurenziana que el papa Clemente VII había comenzado a reunir.

Y aseguró, mediante un fondo destinado a su mantenimiento, la existencia de la Universidad de Florencia y la de Siena.

Creó una imprenta, hizo venir desde Alemania a Lorenzo Torrentino y encargó la ejecución de las más bellas ediciones que llevan el nombre de este célebre tipógrafo.

Acogió en su casa a Paolo Jove, que andaba errante, y a Escipión Ammannati (el viejo), que era un proscrito, y tras la muerte de Paolo en su corte hizo levantar una estatua en su tumba.

Quiso que cada uno escribiera con entera libertad, según su gusto, opinión o capacidad y así animó a hacerlo a Benito Varchi, Filippo Nerli, Vincenzo Borghini y tantos otros que con sólo los volúmenes que historiadores, poetas o sabios le dedicaron en agradecimiento se hubiera podido crear una biblioteca.

En fin, consiguió que el *Decamerón* de Boccaccio, prohibido por el concilio de Trento, fuera revisado por Pío V, quien murió mientras lo revisaba, y por Gregorio

XIII que le sucedió. La bella edición de 1575 es el resultado de la intervención pontificia. Lo mismo ocurrió con la restitución de las obras de Maquiavelo, aunque murió antes de haberlo conseguido.

Cosme era artista, y no fue culpa suya que llegara cuando todos estos grandes hombres se iban; así pues, de toda esta brillante pléyade que había ilustrado los reinos de Julio II y León X sólo quedó Miguel Ángel. Cosme hizo todo lo posible por contratarlo. Le envió en embajada a un cardenal, le ofreció una suma de dinero que él mismo podría fijar, el título de senador y un cargo a elegir por él mismo; pero Pablo III lo tenía en sus manos y no quiso cedérselo. Entonces, a falta del gigante florentino, reunió todo lo mejor que pudo encontrar. Ammannati, su ingeniero, inspirado en los dibujos de Miguel Ángel, construyó el bello puente de la Trinidad y esculpió en mármol el Neptuno de la plaza del Gran Duque.

Igualmente encargó a Baccio Bandinelli el *Hércules*, la estatua del papa León X, la estatua del papa Clemente VII, la estatua del duque Alejandro, la estatua de su padre Juan de Médicis, su propia estatua, la lonja del Mercado Nuevo y el coro del Duomo. Hizo venir desde Francia a Benvenuto Cellini para que le fundiera su *Perseo* en bronce, para que le tallara copas de ágata y para que le grabara medallas de oro; y como habían encontrado en los alrededores de Arezzo —según cuenta Benvenuto en sus *Memorias*— una gran cantidad de figuritas de bronce a las que les faltaba a unas la cabeza, a otras las manos y a otras los pies, Cosme las limpió él mismo y con mucha precaución fue quitándoles la herrumbre para no estropearlas. Incluso un día Benvenuto Cellini entró a hacerle una visita y lo encontró con martillo y cincel en mano; le tendió el martillo a Cellini y le ordenó que golpeará mientras él conducía el cincel, y, de esta guisa, ni uno tenía aspecto de soberano ni el otro de artista, sino de dos simples orfebres trabajando en una misma mesa de trabajo.

II

Tras numerosas investigaciones químicas, redescubrió, junto a Francesco Ferrucci, de Fiesole, el arte de tallar y esculpir el pórfido abandonado desde los Romanos; así que aprovechó el momento para hacer esculpir la hermosa pila del palacio Pitti y la estatua de la justicia, que ubicó en la plaza de la Santa Trinidad en lo alto de la columna de granito que le había sido ofrecida por el papa Pío IV, y en el lugar exacto en que conoció la noticia de la victoria de sus capitanes sobre Pietro Strozzi.

En su casa acogió a Juan de Bolonia y le ofreció empleo; éste hizo para él el *Mercurio*, así como *El rapto de las sabinas*, convirtiéndose posteriormente en el arquitecto de su hijo Francisco.

Se encargó también de la educación de Bernardo Buontalenti, quien posteriormente fue profesor de dibujo del joven gran duque.

Entregó al arquitecto Tribolo la dirección de los edificios y jardines de Castello.

Compró el palacio Pitti cuyo nombre conservó y en el cual mandó hacer un hermoso patio.

Hizo venir a Giorgio Vasari, arquitecto, pintor e historiador y encargó al historiador una historia del arte, al pintor las pinturas del Palazzo Vecchio e hizo construir el pasillo que une el palacio Pitti con el Palazzo Vecchio al arquitecto, así como la famosa galería de los Uffizi que, como indica su nombre, estaba destinada en un principio a reunir en un solo edificio los diferentes tribunales de los magistrados que se encontraban dispersos por toda la ciudad. Esta obra gustó tanto a Pignatelli, siendo nuncio en Florencia, que cuando se hubo convertido en papa bajo el nombre de Inocencio XII, hizo construir, siguiendo el mismo modelo, la Curia Innocenziana de Roma.

En fin, colocó todos los cuadros que pudo reunir en el palacio de Via Larga, en el Palazzo Vecchio y en el palacio Pitti, así como todas las estatuas, medallas, tanto antiguas como modernas, que hubieran sido esculpidas, grabadas o encontradas en excavaciones por Cosme el Viejo, por Lorenzo el Magnífico o por el duque Alejandro y que por partida doble habían sido dispersadas o robadas. La primera vez había sido durante el paso de Carlos VIII, y la segunda cuando tuvo lugar el asesinato del duque a manos de Lorenzino.

Los elogios contemporáneos dominaron sobre la reprobación de la posteridad, y el lado oscuro de la vida del monarca se perdió ante el resplandor del protector de las artes, de las letras y de las ciencias.

¡Y eso que los contemporáneos de Cosme I fueron Enrique VIII, Felipe II, Carlos IX, Cristian II, Pablo III!

Cosme murió el 21 de abril de 1574 dejando el trono a su hijo Francisco I, a quien hacía ya algunos años había asociado al poder; por lo demás, le había allanado el

camino. Luis XIV no encontró el camino tan bien despejado por Richelieu como el nuevo gran duque por el hombre genial que acababa de morir tras un reinado de treinta y ocho; años.

En efecto, los diez primeros años de reinado de Cosme contribuyeron a calmar la antigua tempestad florentina que despertaba oleajes en el pueblo cada vez que soplaban vientos de libertad. Incluso el mismo año de su advenimiento promulgó una ley que ordenaba, bajo pena de veinticinco florines de multa, a todo ciudadano que encendiera por la noche una luz delante de su casa y prohibía a todo aquél que, sin expreso permiso, anduviera por las calles de Florencia pasada la medianoche, bajo pena de ser despojado de todas sus vestimentas y de serle amputada una mano.

Otra ley le sucedió a ésta; en caso de motín, estaba prohibido que ningún ciudadano saliera de su casa bajo pena de recibir una multa de quinientos florines; además, si éste falleciera en el disturbio, su familia no podría reclamar nada y no tendría derecho a ningún proceso judicial.

Luego vino otra ley contra los homicidas, ley que situaba al culpable fuera de todas las otras leyes y que acordaba una recompensa a aquél que matara a quien hubiera matado y el doble a quien lo entregara con vida; además, el asesino (ya hubiera escapado de la muerte pública o de la muerte secreta) sería condenado sin amnistía y sin misericordia a no volver nunca jamás a su patria, a menos que hubiera dado muerte a un rebelde o a un desterrado, lo cual, le abriría de nuevo las puertas de Florencia.

Ya no se trataba sólo de castigar la rebeldía o el homicidio, también había que prevenirlos. Cosme dividió la ciudad (previamente desarmada mediante una anterior ley) en cincuenta barrios y nombró en cada barrio a dos denunciadores, cuyo cargo sería renovado cada año. Éstos serían escogidos por sorteo entre los más hábiles espías y no dispondrían de un sueldo fijo, sino que recibirían recompensas en proporción a la importancia de los servicios prestados; y, además, estarían exentos de cualquier otra obligación.

En fin, después de la política, la religión; y después de la obediencia al gran duque, el respeto hacia Dios. Fue aprobada una ley que condenaba a todo aquel que blasfemara a que se le perforara la lengua con un clavo.

Así pues, Francisco I encontró una Florencia apaciguada. La fortaleza de San Miniato la tenía vigilada. Encontró las costas de la Toscana limpias de corsarios turcos y berberiscos; los caballeros de la orden de San Esteban, instituida por su padre, los habían expulsado; encontró las dos plazas de Livorno y de Porto Ferraio al cobijo de todo ataque externo e interno: Cosme las había fortificado. En fin, también encontró cansados de sus destierros a los exiliados, pues Lorenzo (su Brutus) había sido asesinado en Venecia por Bebo y Riccio de Volterra, y Filippo Strozzi (su Catón) se apuñaló a sí mismo en la prisión evocando con su sangre a un vengador que nunca se presentó.

En cuanto al comercio de Florencia, Cosme lo había convertido de pobre y

arruinado en próspero y rico. Cuando subió al trono no encontró en Florencia —tan bien abastecida como estaba de mercados— fábricas y manufacturas como en tiempos de Carlos VIII, ni fábrica de vidrio, ni manufactura de cera; y cuando contrajo matrimonio con Eleonora de Toledo, se vio obligado a encargar a Nápoles todos los objetos de plata necesarios para la casa que quería tener, pues la patria de Benvenuto Cellini no poseía obreros para fundir, ni artistas para cincelar. Para colmo, el arte de tejer la lana (antigua fuente de riqueza en Florencia) había caído tan bajo que en la misma época en que faltaba todo lo demás, no había más que sesenta y tres casas que realizaran este comercio, mientras que diez años después, llegarían a contarse hasta ciento treinta y seis.

En fin, a pesar de estas leyes tan severas promulgadas en los comienzos de su reinado, cuando Cosme murió dejó a su pueblo mucho más unido a la familia de los Médicis, quizás como nunca antes lo había estado. Pues, durante el largo periodo de escasez de 1550 a 1551 alimentó con su propio dinero, y con aprovisionamientos que él mismo encargó, hasta a nueve mil pobres cada día, generosidad que no le impidió dejar a su hijo seis millones y medio de Toscana, es decir, más de treinta millones de francos, tanto en lingotes de oro y plata como en piastras y florines.

La máquina gubernamental estaba preparada para funcionar muchos años y Francisco, al llegar al trono, no tuvo más que dedicarse a los placeres y al amor: así, aparte de Camilla Martelli, amante de su padre a la que hizo encarcelar; su cuñada, Eleonora de Toledo, a la que su hermano mató por incitación suya; su hermana Isabel, cuyo estrangulamiento permitió, y Girolami, a quien hizo asesinar en Francia con un cuchillo envenenado, su reinado fue bastante tranquilo. Un hecho inesperado hizo de su historia una gran novela.

Un día que Francisco pasaba a caballo por la plaza de San Marcos, una flor cayó a sus pies; alzó la vista y observó, detrás de una celosía que se encontraba medio abierta, a una joven mujer de unos dieciséis o diecisiete años. Ésta giró rápidamente su rostro no sin antes dejar al príncipe completamente maravillado por su belleza.

Francisco apenas contaba entonces con veintidós años: la edad de los amores compartidos y de las pasiones románticas. No quiso ver en esta bella flor que había caído a sus pies un simple capricho del azar. Era guapo y, como es fácil imaginar, bastante mimado por las mujeres de la corte. Creyó que era una insinuación y se prometió a sí mismo aprovechar esta circunstancia y sacar partido por si la que la había hecho valía la pena.

Al día siguiente y a la misma hora, el príncipe volvió a pasar por el mismo lugar. Esta vez la celosía estaba cerrada, pero le pareció ver brillar al otro lado los negros y bellos ojos de la muchacha.

Volvió a pasar por allí los próximos días, pero siempre encontraba la celosía cerrada. Entonces Francisco hizo venir a uno de sus criados y le ordenó que se informara sobre las personas que vivían en aquella casa de la plaza San Marcos y que le hiciera saber quién era esa gente tan pronto como lo supiera. El criado cumplió con

la misión que le había sido encomendada y regresó para comunicar al príncipe que la casa objeto de su curiosidad se hallaba habitada por un viejo matrimonio que se llamaba Bonaventuri, quien, desde hacía ya algún tiempo, había acogido a un muchacho y a una muchacha, pero que nadie sabía si éstos eran hermanos o marido y mujer ni tampoco cómo se llamaban. El príncipe vio que no sacaría mucho más partido de su criado, así que decidió dirigirse a alguien que fuera un poco más hábil que éste.

Francisco no tuvo que emplear mucho tiempo en buscar al hombre que necesitaba, pues éste se encontraba muy cerca de él. Se trataba de un gran señor, medio español, medio napolitano, nacido en la Terra di Lavoro, hijo de familia aragonesa, llamado Fabio Arazola, marqués de Mont Dragone. El príncipe lo hizo llamar y le dijo que desde hacía una semana se encontraba perdidamente enamorado y que aquélla a quien amaba vivía en una pequeña casa de la plaza San Marcos e, indicándole cuál era, añadió que fuera como fuera, tenía que conseguir una cita con esta mujer. Mont Dragone le dijo que le diera de plazo quince días, pero al príncipe le parecieron demasiados. El marqués le respondió que no se encargaría de nada si no se le acordaba este tiempo, que consideraba necesario. Francisco ya estaba acostumbrado a ceder ante Mont Dragone, pues era su antiguo gobernante. Le acordó los quince días y le dio su palabra de no hacer ningún intento por ver a la bella desconocida, al menos hasta que no transcurrieran los días acordados.

Mont Dragone regresó pensativo al bello palacio que hizo edificar por Ammannati, le contó a su mujer todo lo que le acababa de acontecer con el príncipe, dándole a entender que podrían sacar gran provecho de esta situación. Así que la invitó a que se introdujera en la casa y entablara amistad con la vieja Bonaventuri.

Al día siguiente, casi al despuntar el día, la marquesa se situó en su carruaje y con un sirviente a caballo en una esquina de la plaza San Marcos. Hacia las ocho, la buena mujer salió de su casa con un cesto en la mano dispuesta a ir al mercado; la Mont Dragone la siguió. En la esquina de la calle del Cocomero y la calle de los Pucci, el sirviente de la marquesa pasó a galope tan cerca de la señora que ésta, asustada, gritó; la marquesa, que la iba siguiendo, bajó enseguida del coche y pretendiendo que estaba herida, le pidió mil excusas por haber sido la causante de este accidente y apenas tuvo tiempo la pobre mujer de decir media palabra, pues la obligó a subir a su lado, la llevó de vuelta a casa y no la dejó hasta que no hubo entrado en su habitación prometiéndole toda clase de servicios para paliar tal agravio. Grande fue el asombro de ambos ancianos al observar que una señora de su rango fuera al mismo tiempo tan buena mujer.

Al día siguiente, la Mont Dragone volvió a visitarla, simplemente para preguntar por ella e interesarse por quien, el día anterior, estuvo a punto de herir, pues ella sabía bien que a veces el miedo provocado por un accidente es peor que el accidente en sí mismo. En esta ocasión tomó asiento y, como quien no quiere la cosa, dejó caer que era una dama de la corte y que su marido era el preceptor del príncipe Francisco.

Ambos ancianos se miraron con complicidad, gesto que no escapó a la vista de la Mont Dragone. Cuando se marchaba les recordó a los Bonaventuri que no dudaran en requerir sus servicios si fuera necesario, diciéndoles que volvería a pasar para saber cómo seguía su vieja amiga.

Efectivamente, al día siguiente regresó. El marqués, por su parte, se enteró de que los Bonaventuri tenían un hijo en Venecia, acusado de haber raptado a una joven noble y se le buscaba. Desde entonces ya no hubo duda alguna: con seguridad la muchacha que dejó caer la flor a los pies del príncipe Francisco, la bella desconocida que tenían escondida con tanto celo, era la noble veneciana.

Durante la conversación, la marquesa le preguntó sin remilgos a la buena mujer si hacía tiempo que no tenía noticias de su hijo Pedro. La mujer palideció y exclamó:

—Pero, ¿está usted al corriente de este asunto?

La Mont Dragone respondió que ella no sabía nada, pero si había algo tenía que comunicárselo, ya que ella gozaba de una buena posición en casa del príncipe y podría procurarle a su familia cualquier servicio que deseara. Entonces, la Bonaventuri le contó a la marquesa una historia tan extraña que, a decir verdad, le hubiera parecido a ésta un relato de ficción si no fuera por el aire de completa buena fe que tenía la que lo contaba. He aquí la historia:

Hacía aproximadamente unos dieciocho meses que Pedro Bonaventuri había partido hacia Venecia en busca de fortuna, temiendo no encontrarla en Florencia. Y, gracias a un tío que tenía allí llamado Bautista Bonaventuri, entró como cajero en el banco de los Salviati, una de las mejores y más ricas familias de la serenísima República. Este banco se encontraba frente al palacio de Bartolomeo Cappello, un gentilhomme veneciano, de los más estimados y nobles. Este gentilhomme tenía una hija de maravillosa belleza que se llamaba Blanca. Y el azar quiso que la buhardilla de Pedro Bonaventuri diera a la habitación de Blanca Cappello y que la joven muchacha, curiosa e imprudente como se es a los quince años, no tuviera su ventana completamente cerrada.

¿Cómo la bella y orgullosa heredera de los nobles Cappello pudo enamorarse del pobre Bonaventuri? He aquí uno de esos misterios del corazón que la razón no alcanza a explicar. Pero sea porque lo tomara por un Salviati o fuera porque conociera su humilde condición, el hecho es que Blanca lo amó y de un amor tan apasionado como el de Julieta, que le haría decir al ver a Romeo: «Yo seré de él o de la tumba». Y ella fue de él.

No había para Bonaventuri ningún medio de penetrar en el palacio de los Cappello, pues éste se encontraba custodiado como una fortaleza o un harén. Fue Blanca quien lo buscó. Todas las noches salía de su habitación, bajaba descalza las escaleras, abría la puerta que se cerraba por dentro y cruzando la calle como una sombra venía a encontrarse con su amado en la buhardilla de éste; luego, una hora antes de que amaneciera, volvía a entrar por la puerta que había dejado entornada.

Esta situación duró varios meses; pero, una mañana en que los jóvenes no

calcularon con precisión la hora de despedirse, el chico del panadero fue al palacio Cappello para preguntar en qué momento del día tenía que cocer el pan y, al marcharse, tiró de la puerta, cerrándola. Cuando Blanca llegó, se encontró la puerta cerrada. Llamar suponía su perdición. Y Blanca tomó una rápida decisión atendiendo a su carácter fuerte e impulsivo. Volvió a subir a casa de su amante diciéndole que estaba perdida al igual que él si no escapaban inmediatamente. Bonaventuri, conocedor del orgullo de los Cappello, comprendió desde el principio lo peligroso de la situación. El día aún no había despuntado, se vistió lo más rápido que pudo, cogió el poco dinero que tenía y bajó de nuevo con Blanca, vestida apenas con un sencillo vestido de sarga negra que llevaba por encima de su camisón (vestido que se había hecho hacer a fin de pasar desapercibida por las escaleras y por la calle), salió por una puerta trasera que daba al canal, llamó a un gondolero y mandó que lo condujera a casa del podestá (a quien conocía bien, ya que lo había visto varias veces en casa de su patrón). Lo hizo despertar y le dijo que necesitaba un permiso para salir del puerto, pues se encontraba forzado a presentarse de inmediato en Ferrara para resolver un asunto que podría suponer un grave perjuicio para la familia Salviati si no se actuaba rápidamente. El podestá, sin dudar en ningún momento y reconociendo en quien tal servicio solicitaba a uno de los principales empleados de esta familia, le dio el permiso que requería. Bonaventuri regresó lleno de gozo al lado de Blanca a quien encontró temblando en la cabina de la góndola. Los dos jóvenes amantes pasaban delante de San Giorgio Maggiore cuando en el reloj de la plaza sonaban las cinco de la mañana. Era el mes de diciembre; tenían, pues, aún una hora de oscuridad y no necesitaban más para encontrarse en la carretera de Ferrara. Todavía tenían que pasar otras cuatro horas aproximadamente antes de que descubrieran la fuga de Blanca. Cuando comenzaran a buscarla, ellos ya se encontrarían bastante lejos. En efecto, pronto cruzaron Piovega y llegaron a Chioggia; allí Pedro despidió al gondolero, cogió una barca más cómoda y siguió su camino. Salió sin dificultad del puerto y, utilizando casi todo el dinero del que disponía, adquirió unos caballos y llegó la misma noche a Ferrara. Los dos amantes estaban a salvo porque, suponiendo que los hubieran seguido, los emisarios del consejo de los Diez no hubieran osado venir a buscarlos a esta ciudad con la que la República se hallaba en estos momentos reñida a causa de algunas tierras de la Polesina por las que ambas se disputaban la propiedad. Blanca descansó durante la noche en Ferrara; luego, al despuntar el día, los dos amantes retomaron su camino y, cuatro días después, llegaron sin ningún tipo de incidencias a Florencia. Enseguida, se presentaron en casa de los viejos padres de Bonaventuri quienes, si bien no les convenía aumentar sus gastos, los recibieron como un padre y una madre reciben a sus hijos. Tuvieron que despedir a la única sirvienta que tenían y la pobre mujer se encargó de realizar las tareas domésticas. Con el resto de su dinero, Blanca hizo comprar seda e hilos de oro y plata para hacer bordados. Por su parte, los dos hombres encontraron trabajo de escritorio, de manera que Pedro pudo tener una ocupación sin salir de casa. Unos días más tarde un

sacerdote amigo de la familia vino a casarlos.

Sin embargo, Blanca no se había equivocado en sus sospechas: toda la policía de Venecia se encontraba pisándoles los talones. Bartolomeo Cappello, quien (no sólo por él mismo, sino también por su segunda esposa, la madrastra de Blanca, de la familia Grimani y hermana del patriarca de Aquilea) ostentaba uno de los primeros rangos en la República, había reclamado justicia a gritos por el rapto de su hija. El patriarca de Aquilea se enfureció argumentando que todo el cuerpo de la nobleza había sido insultado en su persona y en la de su cuñado; y así pues, detuvieron al pobre Bautista Bonaventuri, como si tuviera que responder de las acciones de su sobrino, y declararon a éste indigno de la República. Lo condenaron a pagar una multa de dos mil ducados, la mitad que pagar a la caja de los Diez y la otra mitad a la familia Cappello. Además, fueron enviados esbirros allá donde los amantes pudieran encontrarse, bajo promesa de una recompensa de quinientos ducados a todo aquél que entregara muerto a Bonaventuri, y de mil ducados a aquél que lo trajera vivo.

Y, en este punto se encontraban las cosas cuando, accidentalmente, Blanca dejó caer su ramillete a los pies del caballo del príncipe y la Mont Dragone, enviada por su marido, halló la manera de introducirse en la casa. Como vemos, el deseo del joven gran duque era apremiante, y la Mont Dragone vio enseguida todo el partido que podría sacar de esta situación. Ella pareció estar profundamente afectada por las desgracias de la bella Blanca y preguntó si le sería permitido ver a la encantadora muchacha por quién se interesaba de todo corazón. Nada podía rechazársele a la mujer del favorito del príncipe. Llamaron a Blanca. Ya a primera vista, al examinar a la que tenía ante sus ojos, allí mismo determinó que sería la amante del príncipe.

Para ello se mostró muy amistosa con Blanca, invitándola a que a su vez la visitara; pero Blanca le respondió que le era imposible, pues no osaba salir por miedo a ser reconocida y que, por otra parte, noble y veneciana como era y por lo tanto orgullosa como le correspondía serlo a una Cappello, no quería salir vestida con las humildes ropas que llevaba y menos entrar en un palacio que sin duda le recordaría al de su padre. La Mont Dragone sonrió ante sus respuestas, y al día siguiente le envió su carroza a la joven muchacha con uno de sus más bellos vestidos. La carroza, para que no la vieran, y el vestido, para que no se avergonzara; asimismo, junto al vestido depositó una carta en la que le decía que le había pedido a su marido un salvoconducto para Pedro y que su marido estaba dispuesto a hacer todo lo posible por conseguirlo del príncipe, pero que deseaba conocer a aquélla por la que su mujer mostraba tanto interés y oír de su propia boca el relato de todas las aventuras acaecidas. Por supuesto, la vieja madre podría acompañar a su nuera.

Blanca tenía muchas ganas de ir a casa de la Mont Dragone. La vida modesta de estas buenas personas con las que vivía había comenzado a pesarle un poco al compararla con la sociedad que frecuentaba en casa de su padre. Y luego, quién sabe, en su carácter apasionado había la necesidad de lo desconocido, que en los hombres suele ser fuente de grandes acciones, mientras que en las mujeres suele suponer

grandes errores. El salvoconducto le servía de pretexto para mentir a su propia conciencia; se vistió con las bellas ropas que le había traído la Mont Dragone, se miró en el espejo y se vio mucho más bella que con la humilde ropa que llevaba. Ésa fue su perdición. La hija de Eva había mordido la manzana.

Las dos mujeres subieron a la carroza y llegaron a la calle de los Carnesecchi, cerca de Santa Maria Novella, donde estaba situado el palacio Mont Dragone; allí encontraron a la marquesa que las esperaba en un pequeño salón. La marquesa les dijo que iba a hacer avisar a su marido que alguien quería verlo; éste respondió que no podía acudir en ese momento porque era esperado en casa del príncipe y por el príncipe. La marquesa ordenó al criado de nuevo para que le dijera que las personas que preguntaban por él eran la señora Blanca Cappello y su suegra. Al poco rato llegó Mont Dragone.

El marqués quedó sorprendido por la belleza de Blanca y es que, en efecto, Blanca, a sus dieciocho años, era extraordinariamente bella; el marqués conocía su corte y sabía que en todo caso la admiración no estropearía nada.

Blanca se levantó y quiso ella misma contarle al marqués lo que su suegra le había contado ya a la marquesa, pero apenas hubo comenzado a pronunciar las primeras palabras el marqués le dijo que sólo bastaba verla para creer en su virtud. Que ninguna mentira podría salir de tan bella boca y mucho menos mentir tan lindos ojos. Así que el marqués le prometió a Blanca que ese mismo día hablaría con el príncipe y casi dio por sentado que sin duda tendría el salvoconducto al día siguiente; luego, excusándose ante las señoras, ya que el duque lo esperaba, se despidió de ellas profiriendo grandes elogios y corrió hacia palacio para avisar a Francisco de que Blanca se encontraba en su casa. Blanca lloraba de agradecimiento; la vieja Bonaventuri estaba loca de alegría y se sentía orgullosa de haber sido tan bien acogida y atendida por tan ilustres personas.

Las mujeres hicieron el gesto de levantarse, pero la marquesa las retuvo diciéndoles que, si se iban, tendría que creer que sólo habían venido por su marido y no por ella; esto hizo que Blanca volviera a sentarse. Y como la suegra seguía todos los pasos que hiciera su nuera, también ella, por su parte, volvió a sentarse. Al cabo de un rato, la Mont Dragone cogió a la joven de la mano.

—A propósito —dijo—, tengo que enseñarle mi casa con todo detalle y que me dé su opinión para ver si en algo se asemeja a sus magníficos palacios de Venecia. Como seguramente su suegra se encuentra cansada por el viaje, mejor que nos espere aquí y enseguida volvemos a reunirnos con ella.

Así pues, las dos mujeres salieron, abrazadas como si de dos viejas amigas se tratara, mientras que la anciana señora agradecía a Dios toda esta felicidad que, sin esperarlo, le estaba otorgando.

Ambas mujeres cruzaron numerosas habitaciones, unas más ricamente decoradas que otras, y se detuvieron ante un encantador saloncito. Allí la marquesa abrió las ventanas que daban a un jardín lleno de flores. Había sido en el mes de diciembre

cuando los fugitivos habían abandonado Venecia, y ahora la primavera comenzaba a florecer. En cuanto hubo entrado la claridad en la habitación, la marquesa sacó del armario un joyero y de éste una gran cantidad de joyas: diademas, collares, anillos, pendientes, adornados con diamantes, esmeraldas y Zafiros. La marquesa se divertía probándoselos a Blanca, quien, como una niña vanidosa, se dejaba hacer. Luego de pronto le dijo:

—Siga usted probándose que yo voy a buscar vestidos hechos a la moda de su país con los que estoy segura que estará encantadora. Espéreme que enseguida vuelvo.

Y con estas palabras salió, dejando sola a Blanca, confiada.

Blanca siguió con su juego: se probaba esto y aquello y se hallaba mirándose en un espejo, que le pareció ser el más grande que había visto y eso que ella era de Venecia, cuando de pronto vio reflejado en éste a un hombre de pie, detrás de ella. Se dio la vuelta: era el joven príncipe. Blanca, asustada, gritó y quiso correr hacia la puerta, pero Francisco la retuvo. Entonces ella se dio cuenta de todo y poniéndose de rodillas le dijo:

—Mi señor, Dios ha querido separarme de mis padres que ya no pueden protegerme; también ha sido su voluntad el despojarme de mi posición, de mis bienes, de mi fortuna y de mi patria. Ya que no me queda otra cosa más que el honor, lo pongo en manos de vuestra alteza.

—No tema nada, señora —respondió Francisco incorporándola. No me han traído hasta aquí cobardes designios, sino que he venido atraído por el interés que me inspira su situación y aquí me tiene: ¿puedo serle útil? Míreme como a un protector o como a un hermano y con este doble título pídame lo que desee, que si ello se encuentra al alcance de un hombre, príncipe o rey, lo obtendrá.

Tras estas palabras y a fin de no asustar a Blanca permaneciendo más tiempo en la misma estancia, se inclinó respetuosamente y salió.

Aún se encontraba aturdida la muchacha con esta aparición cuando regresó la marquesa. Encontró a Blanca de pie, pálida y temblorosa, casi a punto de caer desmayada. La marquesa corrió hacia ella y le preguntó qué le había ocurrido; ésta no pudo responderle otra cosa que:

—¡El príncipe! ¡El príncipe!

La marquesa sonrió.

—¡Ah! ¿Ha venido el príncipe? —dijo—. Pero, por Dios, no se asuste por ello, suele venir a menudo para tratar asuntos de Estado y suele hacerlo por esta puerta secreta a fin de no ser visto. Seguro que viendo que Mont Dragone tardaba ha venido a buscarlo. O sea que, ¿os ha visto? ¡Mucho mejor! Así mostrará mucho más interés por usted y por su marido.

Blanca miró a la marquesa con esa mirada triste y profunda que el Bronzino le confirió y que parecía ir en busca de los pensamientos más secretos del fondo de los corazones. Luego, se quedó pensativa, se cubrió el rostro con sus manos y

recostándose sobre un sillón dijo:

—¡Ay Señora, me está haciendo perder la cabeza!

—Yo asumo la responsabilidad —le respondió, rodeándola con sus brazos y depositando un beso en su frente.

Blanca se estremeció, como si hubiera sentido el abrazo de una serpiente.

La joven mujer regresó a la humilde casa de la plaza San Marcos y esta miseria que apenas apreciara anteriormente, aquella noche le encogió el corazón. Salió del palacio Mont Dragone decidida a contarle todo a su marido; su marido regresó, pero no le dijo nada. Ocho días después, Pedro Bonaventuri ya no tenía nada que temer; Blanca Cappello no tendría nada que perder tampoco.

III

A partir de ese momento, el príncipe encontró mil y una maneras de socorrer a esta pobre familia. Lo primero que resolvió hacer fue darle un empleo a Pedro Bonaventuri como ayuda de cámara. A Pedro no le extrañó en absoluto, pues salvo las visitas del príncipe a su mujer, estaba al corriente de todo. Y como cada uno conocía la influencia de los Mont Dragone sobre el joven gran duque, encontró completamente normal que Francisco, habiendo encontrado una ocasión que le permitiera hacer el bien, la aprovechara con tanto atención. El pobre Bonaventuri se encontraba en esa edad en la que todavía uno cree que los hombres actúan y hacen el bien solamente por el placer de hacerlo.

Pero un gran dolor le aguardaba a Blanca. El joven duque tenía entonces veintitrés años y ya antes de que ella llegara a Florencia su matrimonio con la princesa Juana de Austria había sido determinado. La fecha fijada para la celebración de este matrimonio había llegado y era necesario obedecer las leyes de la política. Además, Cosme I todavía estaba vivo y todo aquello que decidía quedaba registrado inmediatamente en el libro de hierro del destino y, en efecto, había decidido que la boda de su hijo con Juana de Austria debía celebrarse y así fue: la boda se celebró.

El joven gran duque consoló a Blanca como pudo; le aseguró que aunque el título de gran duquesa fuera otra quien lo llevara, era a ella a quien amaba. Pero Blanca era ambiciosa y por primera vez sintió que no era suficiente el amor de un príncipe, ella, que había creído poder contentarse con el de un humilde empleado. No obstante se guardó para ella este sentimiento, pues ya había aprendido a disimular tras el primer error.

Y Francisco mantuvo su palabra, pues mientras Pedro Bonaventuri era retenido en palacio debido al cargo que ocupaba, el príncipe salía casi todas las noches para ir a visitar a Blanca al palacio de los Mont Dragone. Estas salidas fueron tan frecuentes que pronto llegaron a oídos de Cosme y éste le escribió el 25 de febrero de 1569 lo siguiente:

«Los paseos nocturnos en solitario por las calles de Florencia no son buenos ni para el honor ni para la seguridad, sobre todo cuando se convierten en costumbre cada noche; y no quiero decirle las consecuencias nefastas que pueden acarrear tales conductas».

Sin duda alguna Francisco pensó que Cosme tenía razón, pues algunas semanas después de su boda, y sin molestarse por disimular más tiempo, hizo preparar para Blanca un encantador palacio en la calle Maggio. Quedaba por ver cómo reaccionaría Bonaventuri; pero éste se mostró conforme, ya que por su parte tenía una amante en la ciudad.

En efecto, el aire de la corte lo había vuelto presuntuoso e insolente. Al creerse

favorecido por el gran duque —ya que éste no permitía que le faltara nunca el dinero —, pasaba sus días en diversiones y sus noches en orgías. En medio de todo esto ocurrió que se enamoró de una de las primeras damas de Florencia de la que la historia no dice su nombre, pero que es la misma que podemos ver representada en la pintura de la Magdalena de la capilla de los Cavalcanti en Santo Espíritu. Los padres no encontraron mal que la joven dama tuviera un amante, pero no toleraban un amante de tal condición; de modo que se opusieron con todas sus fuerzas a los amores de Bonaventuri. Éste se acostumbró rápidamente a no ser contrariado y como tuvo una querrela con uno de los sobrinos de la dama, lo golpeó en el rostro y, cogiendo una pistola que se encontraba sobre la mesa, lo amenazó con volarle los sesos si continuaba metiendo sus narices en sus asuntos. El sobrino, que no quería pelearse con un hombre de tan vulgar condición, fue a quejarse al gran duque Cosme; éste escuchó con su calma y frialdad habituales y, sin contestar siquiera, le hizo un gesto como diciendo que ya había escuchado lo que tenía que escuchar y que podía retirarse. Ocho días después, Bonaventuri, una noche que regresaba a su casa, fue atacado por un grupo de gente armada que le produjeron veinticinco heridas, y por la mañana se lo encontraron muerto en un callejón sin salida cerca del puente de la Trinidad, a la entrada de la calle Maggio.

Hacía tiempo que este amor juvenil que unía a los dos fugitivos de Venecia se había apagado. Blanca se consoló rápidamente de la muerte de Bonaventuri o, al menos, si acaso ella lo sentía en el fondo de su corazón, tuvo la fuerza de esconder este sentimiento ante Francisco. Sobre todo si tenía en cuenta que éste necesitaba ver un rostro alegre tras las cansadas tareas de gobierno que su padre le encomendaba. El joven gran duque no amaba en absoluto a su mujer y este rechazo procedía no tanto de algún defecto pues, al contrario, la princesa Juana era bastante bella, sino de una total diferencia de caracteres. Educada en la estricta corte de Austria y habiendo recibido la educación religiosa de las princesas alemanas, había visto con horror las costumbres disolutas de las ciudades de Italia y no podía comprender las locas alegrías o los placeres eternos que suponían casi una necesidad para estos corazones meridionales. A Francisco no le costó nada mantener su palabra con Blanca, ya que las relaciones con su mujer se limitaban a los únicos deberes de la conveniencia, y de hecho sólo ella era la gran duquesa de Toscana. Juana se lamentaba sin cesar y sus quejas, en lugar de acercarle su marido, lo alejaban aún más; incluso fue a ver al gran duque Cosme quien había cometido con Eleonora de Toledo y Camila Martelli, sus dos esposas, más de un pecado del mismo estilo. Sólo pudo decirle a su nuera que no debía creer todo lo que le dijeran y que, por otra parte, la juventud tenía que seguir su curso, y añadió que estaba convencido de que su hijo no le haría intencionadamente ningún mal. Tales razones, como bien podemos imaginar, no consiguieron calmar a la desamparada esposa. Hubiera preferido que su marido volviera con ella y que la amara. Lentamente, el deseo de venganza iba creciendo en el corazón de la orgullosa hija de Césares, pero como no pudo realizarse, acabó por calmarse.

Juana de Austria murió tras el último parto, después de haberle dado a su marido tres hijas y un hijo. Pero en su lecho de muerte, hizo venir a su marido y allí, mirándole con los ojos encendidos por las últimas llamas de todo el amor que la había devorado y consumido, y viendo que él también lloraba le dijo:

—Ya no hay remedio para mi mal; pero no importa, muero feliz. Dejo a vuestros cuidados a mis hijos y a todos los que me han apoyado y seguido de la corte de mi padre. En cuanto a vos, en nombre de Dios, procurad vivir de manera cristiana, como no habéis podido hacerlo hasta el día de hoy y recordad que yo, y sólo yo, he sido vuestra única esposa ante los ojos de Dios y ante todos los hombres y sabed que os he amado con ternura.

Con estas palabras, besó y bendijo a sus hijos y, haciendo un último intento por acercar sus labios a los de su marido, murió abrazada a su cuello: era el 10 de abril de 1578.

Esta muerte afectó muy profundamente a Francisco; lo primero que hizo fue cumplir los últimos deseos de su esposa: se alejó de Florencia y se encerró en uno de sus castillos. Pero el paso de su vida anterior a la de ahora fue demasiado brusco. Su determinación fue tan exagerada que, por esta misma razón, no pudo mantenerla por mucho tiempo. Las cartas de Blanca empezaron a hacer mella en sus proyectos de reclusión y su presencia hizo el resto. Apenas la hubo visto de nuevo, volvió ella a dominarlo. No obstante, su conciencia lo atormentaba. Fue a visitar a un religioso en quien tenía plena confianza. Éste, que ya se encontraba prevenido, le sugirió una excelente manera de calmar sus escrúpulos: que se casara con Blanca. Y así fue. El 18 de junio de 1579 es decir, apenas quince meses después del fallecimiento de Juana de Austria, contrajo matrimonio en secreto, en la capilla del palacio Pitti, con aquélla a la que se había prometido que no volvería a ver jamás. Cosme había muerto hacía cinco años.

Este matrimonio provocó descontento entre sus conciudadanos, así como disensiones en su familia. Sentían compasión y afecto por la devota princesa de Austria sobre quien, en medio de una de las cortes más corruptas, la calumnia de los más anodinos cortesanos no encontró nada que decir; se la había visto palidecer e incluso inclinarse, a esta humilde flor del Norte, bajo un sol que quemaba demasiado para ella, y no pocas silenciosas lágrimas y llenas de agradecimiento se derramaron sobre su tumba. Este completo olvido, ya no sólo de las composturas, sino de su juramento, al pueblo le pareció casi un sacrilegio.

Pero esto fue algo más para el cardenal Fernando, quien sólo veía entre él y el trono a un niño débil y enfermizo, que no debía vivir mucho tiempo y que, según las previsiones generales, murió cuando tenía cuatro o cinco años. Esta muerte despertó no pocas ambiciones en Blanca, que se había hecho reconocer públicamente como gran duquesa el 1 de septiembre de 1579 y, previendo esta posible muerte, quiso dar a toda costa un heredero a la corona.

Una mujer judía que la acompañaba en todo momento, agotó todos sus hechizos,

filtros y maleficios sin éxito alguno. Blanca se decidió, pues, a recurrir a otros medios más eficaces y conseguir un heredero que estuviera ya hecho, puesto que no podía hacerlo ella misma. De este modo, a principios de 1576, es decir, trece años después de haber iniciado sus primeras relaciones con el príncipe, empezó a simular todo tipo de dolencias propios de un embarazo. El duque, colmado de alegría, no puso en duda en ningún momento la veracidad de estos síntomas y quiso compartir con todos su felicidad.

Durante nueve meses, con la misma perseverancia y la misma habilidad, Blanca interpretó a la perfección su papel, fingiendo encontrarse indispuesta con bastante frecuencia e incluso guardó reposo en cama durante dos semanas enteras; hasta los más incrédulos acabaron por creerlo todo. En fin, la noche elegida para el parto fue la del 29 de agosto.

Desde por la mañana Blanca parecía haber empezado a tener síntomas y en cuanto comenzaron los dolores de parto, el gran duque corrió para estar a su lado, diciéndole que no la dejaría sola y que quería estar presente hasta que todo hubiera acabado. Pero ésta no era en absoluto la intención de Blanca; así pues, los dolores se prolongaron hasta las tres de la mañana, momento en que consiguieron que el gran duque fuera a descansar un poco. Y apenas se hubo metido el príncipe en la cama, Blanca dio a luz. Enseguida corrieron a la habitación del duque para comunicarle la feliz noticia. Por supuesto que el recién nacido era un varón. Le pusieron de nombre Antonio porque Blanca atribuyó a la intercesión de este bienaventurado cenobita el favor inesperado que el Cielo le había concedido.

Pero he aquí cómo fue revelado el secreto: una gobernanta boloñesa era la que había conducido toda esta trama; pero, al cabo de aproximadamente un año, habiendo sido objeto de desconfianza por parte de su señora, ésta le dio una cantidad de dinero y la devolvió a su casa. Cuando se encontraba en la montaña, fue atacada y cuatro disparos de fusil cayeron sobre ella, dos de los cuales la hirieron gravemente, aunque no le produjeron la muerte. La llevaron a Bolonia y allí la interrogaron para conocer cómo había tenido lugar el accidente. Ella declaró que había reconocido a los asesinos y que no se trataba de ladrones como en un principio hubiera podido creerse, sino de soldados de Florencia y como ella sospechaba acerca de quién podría haberlos enviado, allí mismo declaró todo, es decir, que la gran duquesa nunca había estado embarazada, sino que había fingido un embarazo; que el niño que hacía pasar por heredero del trono era el hijo de una pobre mujer que había parido la noche anterior y a la que, previo pago de mil ducados, habían traído a palacio escondida en un laúd y que nadie había visto. Pero que ella, cuando tuviera que comparecer ante Dios afirmarí­a que este niño no era hijo del gran duque ni de la gran duquesa Blanca. La declaración fue enviada al cardenal Fernando quien se prometió a sí mismo sacar provecho de la situación.

Esta revelación, que el cardenal comunicó enseguida al gran duque, pero que éste no quiso creer, como bien podemos imaginar, enfrió la relación entre ambos

hermanos. Se intercambiaron cartas amargas y se habló de que el cardenal haría conocer la noticia públicamente. Blanca pensó que estaba perdida si todo este asunto salía a la luz y decidió que lo mejor era reconciliar a los dos hermanos. El mismo cardenal le procuró los medios para ello.

Fernando era un hombre pródigo hasta la magnificencia; y resultó que, no pudiendo vivir de sus ingresos con el esplendor que consideraba conveniente para el cargo que ostentaba, le había pedido varias veces a Francisco algunos adelantos sobre su renta. Mientras ambos hermanos tuvieron una buena relación entre ellos, Francisco le había procurado estos adelantos sin ningún tipo de objeción, pero después de lo ocurrido, éste rechazó tajantemente ayudarlo en adelante, de modo que el cardenal, en Roma, se encontraba bastante incómodo, sin saber qué hacer, cuando recibió una carta de Blanca en la que le proponía hacer de intermediaria entre él y su marido pidiéndole a cambio que el cardenal viniera a visitarlos en otoño. Como el cardenal necesitaba dinero, prometió todo lo que le propuso. Y Blanca, que sólo le bastaba pedir algo para que se le fuera otorgado, le envió el doble de la suma que había pedido.

El cardenal llegó en otoño. La gran duquesa se encontraba con su marido en la villa de Poggio a Caiano; el cardenal se reunió con ellos y fue recibido por Francisco y por Blanca como si en ningún momento hubiera habido una nube entre ellos. Blanca se había preocupado por averiguar qué manjares eran los preferidos de su cuñado y se enteró de que, entre otras muchas cosas, le gustaba una tarta de crema que, por casualidad, ella sabía preparar admirablemente.

La hora de la cena llegó. El gran duque, la gran duquesa y el cardenal se encontraban solos en la mesa; era una cena familiar e incluso una de las más divertidas. La misma Blanca servía a su cuñado; éste comía de todo y con tanta confianza que daba gusto verlo.

Fernando llevaba puesto en el dedo un hermoso ópalo; se trataba de un regalo que había recibido de Cosme, su padre. Este ópalo, gracias a una serie de combinaciones químicas, tenía la facultad de empañarse cuando se acercaba a algo que estuviera envenenado. El ópalo se mantenía brillante, la cena continuaba alegre y el cardenal seguía comiendo de todo.

Llegaron los postres y con ellos la tarta, el plato preferido del cardenal. Francisco no se dio cuenta de que Blanca le hacía señales y comenzó a explicarle a su hermano que el postre era obra de Blanca quien, conociendo su preferencia por este pastel, quiso prepararlo ella misma. Fernando no pudo menos que sentirse halagado y agradeciéndole de todo corazón la molestia que se había tomado su cuñada se excusó diciendo que no podría hacerle honor, pues ya no tenía más apetito.

Fernando había acercado el ópalo a la tarta y vio que éste empalidecía.

—Y bien —dijo Francisco—, ya que no quieres ni probar tu postre favorito, seré yo quien se lo coma, que no se diga que Blanca ha estado preparándolo para nada.

Cortó un trozo y se lo sirvió en su plato.

Blanca había caído en su propia trampa. Si impedía que su marido comiera, se delataría y estaría perdida. Si, por el contrario, dejaba que se comiera la tarta, éste moriría y, por tanto, estaría aún más perdida, pues conocía el odio que Fernando sentía por ella. Así que, con su carácter resolutivo, tomó el único partido noble y generoso que podía tomar, se sirvió también un trozo de tarta y se lo comió.

Al día siguiente, amanecieron muertos Francisco y Blanca.

El cardenal Fernando anunció en Florencia que su hermano y su cuñada habían fallecido a causa de una extraña dolencia, renunció a su sombrero rojo y subió al trono.

Francisco fue un príncipe débil, sin cabeza ni coraje; había heredado de su padre el amor por las ciencias químicas y casi todo el tiempo que no se daba a los placeres, lo pasaba en su laboratorio. Allí era donde trabajaba con sus ministros, dirigiendo su gran ducado al mismo tiempo que inventaba algún procedimiento para fundir el cristal de roca o averiguando la manera de fabricar porcelana que fuera casi tan bella como la de China o Japón. De hecho había inventado las bombas y la manera de hacerlas estallar a tiempo, e incluso había compartido este secreto con Felipe II y con Juan de Austria, quienes, por supuesto, nunca se atrevieron a usarlas, sobre todo por miedo a provocar un daño mucho mayor a los que utilizaban este nuevo invento que a las personas contra las que iba a ser empleado. También fue él quien introdujo en Florencia el arte de las incrustaciones sobre piedra dura y con ellas hacía mesas que regalaba a sus amigos; además, sabía componer y montar joyas con mucha habilidad (siguiendo el modelo de Benvenuto Cellini que lo instruyó desde muy joven), hacía imitaciones de piedras verdaderas con piedras falsas y, al igual que su padre, fabricaba bálsamos, esencias, aceites, venenos o antídotos contra los venenos, gracias a un profundo conocimiento de la botánica.

En cuanto a las artes, Francisco perteneció a una época en la que no le estaba permitido a un príncipe ignorarlas. Hasta los veintitrés años hizo grandes progresos en el dibujo y en las letras; el hermano Ignazio Danti lo había instruido tanto en las letras como en la cosmografía; Pietro Vettori le enseñó latín y griego como para poder hablarlos de forma fluida. En fin, Juan de Bolonia, después de haberle dado clases de dibujo y de estatuaria (gracias a las cuales era capaz de hacer jarrones de cristal con un gusto algo recargado), se convirtió en su arquitecto preferido y dibujó para él el palacio y los jardines de Pratolino. La estatua del *Appennino*, que aún hoy podemos ver, es una muestra de la decadencia del gusto de la época; y es que cuando llegan los colosos, el arte desaparece. El coloso de Rodas, el de Nerón y el coloso de Pratolino pertenecen a las tres épocas de decadencia del arte griego, del arte romano y del arte toscano.

Francisco hizo proseguir activamente los trabajos en la galería de los Uffizi, que fue comenzada por su padre; en ella añadió, sobre los dibujos de Buontalenti, su arquitecto, la bella sala de la Tribuna, que la *Venus* de Médicis, la *Venus* del Tiziano y el retrato de la *Fornarina* transformarían en un santuario.

Si Francisco hubiera muerto solo, quizás con el recuerdo de algunas de sus buenas cualidades de juventud su paso hubiera hecho mella en los florentinos, pero murió al mismo tiempo que Blanca y, por esta fatal circunstancia, su muerte supuso para ellos casi una fiesta.

En cuanto a don Antonio, sabemos que ni siquiera fue considerado el hecho de que pudiera heredar la corona: el pobre niño, que no tenía culpa de nada y que no pidió que se hiciera con él lo que se hizo, fue víctima de la ambición de su madre. Es cierto que le fue conservada su herencia, pero a condición de que renunciara a toda pretensión de subir al trono y entrara en la orden de Malta. Murió a la edad de veinticinco años como consecuencia de sus desenfrenos.

Nos hemos olvidado de comentar que el gran duque Francisco I era el padre de la célebre María de Médicis, que fue esposa de Enrique IV, madre de Luis XIII y, por lo tanto, antepasada por vía materna de la familia de Orleans.

* * *

El reinado de Fernando transcurrió con tranquilidad. No está de más decir que los florentinos se iban acostumbrando cada vez más a obedecer y que los últimos vestigios de la oposición republicana, atacados por Cosme, agonizantes bajo Francisco, murieron finalmente bajo Fernando. Sus únicas expediciones guerreras fueron, pues, la toma del castillo de If, el incendio de algunas naves corsarias en el puerto de Argel y el asedio de Chipre. Así pues, en estos largos veintiún años que duró su reinado, tuvo tiempo de ocuparse de la agricultura, del comercio y del arte.

En agricultura, fue él el primero que hizo desecar la Maremma. Al salir de un periodo de escasez y epidemia, atacó de frente este eterno enemigo de la Toscana que, recostado en su orilla, cada verano le soplaban sus mortales exhalaciones. Los tesoros amasados por las exacciones del gran duque Francisco fueron utilizados para esta gran obra, a la cual todos los ciudadanos fueron invitados a participar; se publicaron leyes agrarias y estos nuevos campos de Lerna fueron entregados a todo aquel que colaborara en la extracción del agua. Al tiempo que intentaba desecar la Maremma, Fernando saneaba los territorios de Fucecchio y de Pistoia, desviaba la desembocadura del Arno y hacía construir estos grandes acueductos que, con sus aguas frescas y vivas, aún hoy presentes por toda Italia, aportaban de este modo la salubridad a Pisa.

En comercio, se ocupó especialmente de Livorno, ciudad de importancia considerable y así lo habían entendido los Médicis desde siempre. Esta ciudad había sido protegida y engrandecida de manera continuada por Clemente VII, por el duque Alejandro y por el gran duque Cosme, quien, sondeando su puerto — desgraciadamente muy poco profundo para grandes barcos—, había soñado con trabajos dignos de los antiguos Romanos, pero quiso la muerte sorprenderlo cuando apenas colocaba las primeras piedras. La cortedad de miras, la dejadez y la avaricia

de Francisco hicieron que, durante el transcurso de su reinado, este puerto se quedara parado en el mismo punto en que lo dejara Cosme. Fernando retomó el trabajo de su padre y decidió hacer de Livorno un lugar, no solamente fuerte para la guerra, sino también seguro para el comercio, una estación para los barcos y un establecimiento cuyo almacén fuera Pisa. Todos estos trabajos fueron seguidos con una persistencia admirable y Livorno comenzó a ser, con Fernando, esta ciudad comercial, que es hoy en día una de las reinas del Mediterráneo.

En arte, Fernando fue el digno sucesor de su padre. Sabio y hombre de letras al mismo tiempo, protegió las ciencias y las letras, ya no sólo con su dinero, sino también con sus conocimientos, el medio más poderoso que pueda tener un príncipe para hacerlas florecer. En Roma, siendo sólo cardenal, ya había fundado su propia imprenta de las lenguas orientales y había enviado a Battista Vecchiotti a Egipto, a Etiopía y a Persia para que trajera los más bellos y preciados manuscritos orientales, los mismos que aún hoy en día componen una de las más ricas colecciones que existen en el mundo y que podemos apreciar en la biblioteca de los Médicis. Ostilio Ricci, primer maestro de matemáticas del célebre Galileo, obtuvo para el gran hombre la cátedra de Pisa, que enaltecíó de 1589 a 1592, época en que la envidia de sus colegas y de los disentimientos con Juan de Médicis lo forzaron a exiliarse a Padua, donde fue recomendado a la República por el gran duque, quien, reconociendo la sublimidad de su talento, lo hizo regresar a Toscana en 1608. Los primeros museos de botánica y de historia natural datan de esta época; y el de Pisa, abierto bajo los auspicios del gran duque y enriquecido por él con todo aquello que pudiera comprar y que tuviera relación con las diferentes ramas de esta ciencia, fue el modelo que siguieron las otras instituciones del mismo tipo.

Y lo mismo ocurrió con la música. A Fernando le debió su éxito y evolución, sobre todo la música dramática, pues apasionado, al igual que todos los Médicis, por las representaciones teatrales que Lorenzo el Magnífico había introducido en la Toscana bajo la forma de misterios y que en tiempos de Cosme, y gracias a Maquiavelo, alcanzaron la categoría de comedia y de drama, hizo edificar —gracias al talento imaginativo de Juan de Bolonia y de Buontalenti—, un teatro en el que fueron utilizados todos los recursos de la decoración, así como todos los secretos de la mecánica. Y fue entonces cuando llegaron de nuevo a la memoria del gran duque todas aquellas tragedias antiguas, cantadas con coros que representaban al pueblo y en las que una melodía acompañaba el diálogo o el monólogo. Y quiso que así se hiciera en su teatro. De ahí el nacimiento de la ópera, con sus recitativos, sus melodías, sus dúos y sus coros. El primer ensayo de una obra de este tipo fue en 1594 con *Daphné*, ópera pastoral de Ottavio Rinuccini; el segundo fue *Eurídice*, del mismo autor y que tuvo lugar en 1600 con motivo de la boda de la reina María de Médicis. Esta última suscitó tal entusiasmo y curiosidad que la hicieron imprimir con las notas musicales y con un prólogo de Jacques Péri, que contenía la historia del recitativo, la del poema e incluso la historia de los actores que en ella actuaban. Esta

representación armó tal revuelo que todos los soberanos quisieron poseer músicos a semejanza de la Toscana. Y como Fernando pagaba a casi trescientos para su música particular, a petición de Enrique IV y de Felipe III envió algunos a la corte de Francia y a la corte de España.

En fin, al igual que aquel atleta que sostenía él solo el techo a punto de caer, Fernando hizo todo lo posible por que el arte de la pintura y de la escultura no decayera. Bajo sus auspicios, Juan de Bolonia y Buontalenti abrieron escuelas; sobre los dibujos de Juan de Médicis se hizo de nuevo la capilla que ya había sido restaurada unos trescientos años antes por Averardo. Las piedras más preciosas, los más bellos mármoles fueron comprados en Oriente y transportados costosamente hasta Florencia. Posteriormente, pensando en sus antecesores, y pasando de la veneración al amor, encargó a Juan de Bolonia la estatua de bronce de Cosme I, que provocó un gran entusiasmo en el momento en que ésta fue colocada ante la mirada del pueblo, en medio de la plaza del Palazzo Vecchio. Enrique IV, celoso, quiso tener una igual y del mismo artista sobre el puente Nuevo de París que justo se acababa de construir por la misma fecha.

Fue Fernando quien cambió el destino de la galería de los Uffizi y quien fundó allí un museo, haciendo traer todas las estatuas, medallas y cuadros que pudo reunir durante su periodo de cardenal en Roma.

Al igual que su padre y su hermano, Fernando tampoco vivió la edad que corresponde a un hombre. Su padre había muerto temido por el pueblo y su hermano, despreciado y odiado; él, al contrario, murió amado por todos, ya que su magnificencia, su bondad y justicia habían contribuido a que se rodeara siempre de amigos respetuosos y que sus hombres de confianza fueran como hijos fieles a su persona. De este modo en ningún momento de su reinado hubo de temer ni por su vida ni por su poder e influencia. Todos lamentaron su muerte. Cosme, el mayor de nueve hijos que tuvo con Cristina de Lorena, lo sucedió en el trono.

* * *

Cosme II heredó de su padre las tres virtudes que, reunidas en un soberano, procuran la felicidad a su pueblo: generosidad, justicia y clemencia. Es cierto que todo ello residía en su persona de forma sencilla y nada pretenciosa, y más bien fue el resultado de algo natural más que de algo programado, pues la admiración que sentía por su padre lo llevó a imitarlo en todo e hizo lo que pudo en este sentido; pero en tanto que imitador y, en consecuencia, mirando siempre hacia atrás, no pudo ni avanzar ni subir tan alto como lo hiciera aquél a quien imitaba.

El reinado de Cosme II, como el de su padre, fue una época de felicidad y de tranquilidad para su pueblo, aunque era fácil ver que el nuevo árbol de los Médicis había cedido la parte más rica de su savia para producir a Cosme I y que ahora iba debilitándose. En los ocho años que Cosme permaneció en el trono todo fue una

pálida copia de lo que fuera el reinado de su padre durante veintiún años. Trabajó en Livorno al igual que su padre había hecho; apoyó las ciencias y las artes como su padre las había estimulado; continuó saneando la Maremma al igual que su padre lo hiciera; envió a Enrique IV y a Felipe III las estatuas que ambos soberanos habían encargado a Juan de Bolonia. En fin, incluso envió al rey de Persia a Constantino dei Servi, que era pintor, ingeniero y arquitecto a la vez.

Por lo demás, al igual que su padre Fernando y su abuelo Cosme I, Cosme II hizo todo lo que estuvo en sus manos para apoyar el arte. Dibujando él mismo con distinción, mostraba predilección por este arte sobre los demás. Pero esto no le hizo injusto ni en lo concerniente a la escultura ni en la arquitectura que de manera visible, veneraba, pues cada vez que pasaba delante del estudio de Orcagna o ante el *Centauro* y el *Hércules* de Juan de Bolonia (grupo que se encontraba en esta época en una esquina de los Carnesecchi), él ordenaba ralentizar el paso de su coche para apreciarlos mejor argumentando que no se cansaba de admirar estas dos obras maestras. De este modo, Pietro Tacca, alumno de Juan de Bolonia (quien había acabado las estatuas de Enrique IV y de Felipe III, que su maestro no había tenido tiempo de finalizar), gozaba de gran prestigio en su corte al igual que Giulio Parigi. Pero, como ya hemos dicho, por lo que sentía predilección era por los pintores. Su círculo más íntimo lo formaban Cigoli, Domenico Passignani, Cristofano Allori y Matteo Rosselli, cuyos mejores cuadros fueron colocados en la galería de los Uffizi. También apoyó a Jacques Callot, a quien hizo hacer parte de sus grabados, a Gaspare Mola, excelente grabador de monedas, y a Jacopo Antelli, conocido por sus maravillosas incrustaciones en piedras duras.

La divisa de Cosme II era una corona de laurel con este exergo: NON JUVAT EX FACILI.

Y, sin embargo, a pesar del apoyo que procuraba a las artes y a las ciencias, como ya hemos visto, todo lo que se hizo bajo su reinado tanto en pintura como en escultura fue llevado a cabo por pintores y escultores de segunda categoría. Y, en ciencias, el único descubrimiento un poco importante que señaló su época fue el de Galileo cuando descubrió los satélites de Júpiter, a los que llamó «Estrellas de los Médicis», en reconocimiento de que lo hubieran reclamado para volver a la Toscana. Y es que la tierra que había producido tantos hombres brillantes empezaba a agotarse.

A pesar de padecer ya los síntomas de la enfermedad que acabaría con sus días, Cosme II no quiso por menos que poner la primera piedra del ala que él hizo añadir al palacio Pitti. Así que hicieron traer hasta su habitación esta piedra y allí fue bendecida en su presencia. Después, el enfermo, con una pala de plata, la cubrió con cal y fue depositada en lo más hondo de los cimientos excavados con un cofrecito que contenía medallas y piezas de oro y plata en las que se había grabado la efigie del moribundo así como tres inscripciones latinas: las dos primeras compuestas por Andrea Salvadori y la tercera por Pietro Vettori, el joven. Apenas comenzaba a sobrepasar del suelo el muro que las recubría cuando Cosme murió a la edad de

treinta y dos años. Quizás su muerte fue lamentada de manera más profunda y general como jamás lo fue la de ningún otro príncipe.

IV

Cosme dejó cinco hijos y dos hijas; el mayor lo sucedió en el trono bajo el nombre de Fernando II, pero como sólo contaba con once años, hasta su mayoría de edad a los dieciocho años hubo un periodo de regencias: primero fue su abuela, la gran duquesa Cristina de Lorena y luego su madre, la archiduquesa María Magdalena de Austria. Adjunto a las dos tutoras, se creó un consejo compuesto por cuatro personas y al que podían adherirse los príncipes de sangre, pero sin voz deliberante, a excepción de los que hubieran prestado servicio a algún príncipe extranjero, o que hubieran recibido de ese príncipe ya fuera un sueldo o una pensión. Los príncipes que quedaban aún de la familia de los Médicis eran el cardenal Carlos, el príncipe Lorenzo, la princesa Claudia y la princesa Magdalena, hermanos y hermanas de Cosme I; don Juan, su hijo, y don Antonio, el supuesto hijo de Francisco y de Blanca que, además, moriría pronto.

Lo primero que hizo Fernando II cuando salió de la tutela y en calidad de príncipe cristiano e hijo piadoso, fue ir a Roma para reconocer como jefe de la Iglesia católica a Urbano VIII (Urbano VIII era florentino, de la familia Barberini) y viajar hasta Alemania para pedir la bendición de su tío materno Fernando II. Una vez hubo realizado ambas misiones, regresó enseguida a dirigir el gobierno de sus Estados.

Por lo demás, fue tarea fácil en esta época reinar sobre los toscanos. La agitada ciudad de Farinata de los Uberti y de Rinaldo de los Albizzi había desaparecido al igual que aquellas ciudades que desaparecen bajo las cenizas y sobre las que se edifica otra nueva sin que desde el fondo de su tumba realicen el más mínimo movimiento ni lancen el más leve suspiro. De este modo, la Toscana no tuvo, por decirlo de alguna manera, más historia a partir de Fernando I. Y al igual que el río Rin, que después de nacer entre hielos y volcanes, después de hacer un salto en Schaffhausen, después de continuar su camino sombrío y terrible y después de saltar por los precipicios de Bingen y entre las montañas de Lorelei y del Drakenfels, de pronto languidece, se calma, se purifica en las llanuras de Wesel y de Nimega y se pierde en las arenas de Gorkum y de Vondrichem sin llegar a alcanzar el mar. En la última etapa de su curso es sin duda más útil y más beneficioso y, sin embargo, es visitado en su nacimiento, en su caída y en esta parte de su curso, entre Maguncia y Colonia, donde despliega toda la energía de su lucha contra la tiránica opresión de sus orillas.

Del mismo modo, el largo reinado del gran duque Fernando se caracteriza por mantener la paz, ya no en sus Estados, sino también en los Estados vecinos; una paz amenazada por la ira que existía entre Fernando y el duque de Nevers. Se esforzó por conservar los Estados del duque Odoardo de Parma; protegió la república de Lucca contra los atentados de Urbano VIII y sus sobrinos; intervino a fin de reconciliar al

duque Farnesio con el papa; en fin, se declaró mediador entre Alejandro VII y Luis XIV, de modo que si alguna vez se hubo preparado para la guerra, era porque perseguía la paz y es por ello que restableció la marina e hizo hacer marchas y contramarchas a sus tropas. También finalizó las fortificaciones de Livorno y de Porto Ferraio.

El resto de su tiempo lo dedicaba a las ciencias, a las letras y a las artes. Galileo fue su maestro, Carlo Dati su oráculo, Giovanni de San Giovanni y Pietro da Cortona eran sus favoritos, el cardenal Leopoldo, su émulo. Sabios, literatos y pintores fueron reclamados de todos los rincones y no fue por culpa de los dos hermanos, Fernando y Leopoldo, que reinaron juntos, por decirlo de alguna manera, si Italia comenzó a decaer porque fuera demasiado vieja, o si los otros Estados mostraran poco interés ante el llamamiento que se les hacía porque eran demasiado jóvenes.

Veamos lo que Fernando y Leopoldo hicieron por las ciencias:

Fundaron la Academia del Cimento, crearon pensiones para el danés Nicolás Stenon y el flamenco Tilman Trutuvín; enriquecieron a Evangelista Torricelli, el sucesor de Galileo, y le otorgaron una cadena de oro de la que pendía una medalla con este exergo: VIRTUTIS PRAEMIA; en el proceso de impresión de sus obras, ayudaron al técnico Juan Alfonso Borelli; hicieron de Francesco Redi su primer médico; aseguraron una pensión a Vincenzo Viviani para que pudiera proseguir libremente con sus cálculos matemáticos sin que las miserias de la vida lo distrajeran; en fin, establecieron algunos congresos de sabios en Pisa y en Siena para que la Toscana, condenada por su debilidad a desempeñar siempre un papel secundario en los asuntos europeos, se convirtiera, en compensación, en la capital científica del mundo.

Veamos ahora qué hicieron por las letras:

En la intimidad admiraban a Gabriele Chiabrera (lo que supone a la vez aliento y recompensa teniendo en cuenta la vertiente desinteresada, pero vanidosa de los poetas); a Benedetto Fioretti, autor de los *Proginnasmi poetici*; a Alessandro Adimari, autor de las *Paráfrasis sobre Píndaro*; a Girolamo Bartolommei, autor del poema *América*; a Francesco Rovai, autor de un volumen de *canzoni*; a Lorenzo Lippi, autor del *Malmantile*. En fin, a Antonio Malatesti, a Jacopo Gaddi, a Lorenzo Panciatichi, a Fernando del Maestro, a quienes el cardenal Leopoldo hizo sus chambelanes; a Lorenzo Franceschi y a Carlo Strozzi, a quienes Fernando hizo sus senadores; éstos formaban parte del círculo habitual de los dos príncipes y a menudo eran reclamados, incluso cuando se encontraban comiendo, para alimentar, según decían ellos, tanto el cuerpo como el espíritu. Lo que hizo decir a Luigi Rucellai en su oración fúnebre para Fernando: «Fue sin duda alguna algo bello y maravilloso ver este círculo selecto de poetas que, incluso a la hora de comer, lo rodeaba como si se tratara de una magnífica corona. Y fue algo no menos maravilloso y no menos bello verlo a él mismo descansando todo el peso de su grandeza presente, seguro como estaba de su futura inmortalidad, mezclado con todos estos hombres de talento sin

otra distinción entre ellos que la excelencia de su memoria, la claridad de su mente y la prontitud de su juicio, siguiendo los discursos más sublimes, elevándose a los cálculos más abstractos y aclarando con la viva luz de la experiencia la verdad perdida u oscurecida en medio de tantas dudosas o falsas opiniones».

Veamos ahora lo que hicieron con respecto a las artes:

Hicieron levantar, en la plaza de la Annunziata, la estatua ecuestre del gran duque Fernando I, comenzada por Juan de Bolonia y acabada por su alumno Pietro Tacca.

Encargaron también a este último una estatua de Felipe IV, rey de España, y se la enviaron como presente a este príncipe.

Hicieron trabajar, para la galería de los Uffizi, a Curradi, a Matteo Rosselli, a Mario Balassi, a Giovanni de San Giovanni y a Pietro da Cortona; además, también encargaron a estos últimos pintar los frescos de las salas de la planta baja del palacio Pitti.

Hicieron traer de todas las ciudades donde se encontraran y al precio que sus dueños acordasen, más de doscientos retratos de pintores pintados por ellos mismos y de este modo comenzaron esta original colección que sólo Florencia posee.

En fin, hicieron comprar en Bolonia, en Roma, en Venecia y hasta en la antigua Mauritania todo lo que allí pudieron encontrar de estatuas antiguas y cuadros modernos, como la bella cabeza que todos creían que era la de Cicerón, el *Hermafrodita*, el *Ídolo* en bronce y la obra maestra que aún hoy es uno de los principales ornamentos de la Tribuna, bajo el nombre de la *Venus* de Tiziano.

Además, como reinaron juntos, ambos murieron casi en la misma época y con la misma edad: el gran duque Fernando en 1670, a la edad de sesenta años, y el cardenal Leopoldo en 1675, a la edad de cincuenta y ocho años.

Cosme III sucedió a Fernando. Era la época de los largos reinados; el suyo duraría cincuenta y tres años, es decir, casi tanto como el de Luis XIV. Fue la gran época de la decadencia de los Médicis; el viejo árbol de Cosme, que había producido once brotes, seco su tallo, moriría falto de savia.

A partir del reinado de Cosme III, parece como si Dios hubiera marcado el fin de la estirpe de los Médicis. Ya no era el relámpago popular el que la amenazaba; eran las tormentas internas y privadas las que la sacudían y la desarraigaban. Y acaeció una fatalidad que alcanzó primero a unos y luego a otros les causó debilidad: o bien los hombres eran impotentes, o bien las mujeres estériles.

Cosme III se casó con Margarita Luisa de Orleans, hija de Gastón. El novio, que había recibido la educación de su madre Vittoria della Rovere, tan altiva, tan inquieta y tan supersticiosa como Fernando era afable, franco y liberal, adquirió todos los defectos de su instructora y muy pocas virtudes de su padre. Además, hacía dieciocho años que el gran duque Fernando no vivía con su esposa, en quien, atendiendo a su natural indolencia, había delegado —como ya hemos dicho— la educación de su hijo. Así resultó que el joven gran duque, instruido en la soledad y la contemplación (gracias a Cosme Volumnio Bandinelli, de Siena, su preceptor), recibió una

educación más propia de un teólogo que no de un príncipe.

Respecto a la novia, era una alegre y bella joven de catorce o quince años, de esa casta borbónica reavivada por Enrique IV, de quien era nieta. Fue educada entre los estruendos de dos guerras civiles: una que finalizaba y la otra que estaba naciendo. Todo lo que rodeaba su cuna, nobleza y pueblo, estaba impregnado de esa fuerza juvenil propia de los Estados que emergen y que, después de Cosme I, había dado lugar en Toscana a la razón de la edad viril y luego a la decadencia de la vejez. Fue el gran duque Fernando quien había deseado que se celebrase este matrimonio y fue Gastón, el padre de la prometida, quien lo había llevado a término con alegría, pues, como él mismo decía, pertenecía a la casa de los Médicis y, a pesar de la gota que provenía de ella, se sentía muy honrado^[2].

La señorita de Montpensier había acompañado a su hermana hasta Marsella; allí se reunió con el príncipe Matías, quien la esperaba con las galeras toscanas y, después de recibir los presentes de boda y tras dar muchas fiestas de despedida, subió a la galera capitana y, transcurridos tres días de feliz navegación, desembarcó en Livorno, donde la esperaba —bajo arcos de triunfo colocados cada cien pasos— la duquesa de Parma con un numeroso cortejo. La joven princesa buscó inútilmente a su prometido en medio de toda esta gente, pero Cosme se había visto obligado a quedarse en Florencia, afectado por la rubeola.

Margarita Luisa de Orleans continuó, pues, sola su ruta hacia Pisa y entró en esta ciudad en medio de banderas, iluminaciones y flores; poco después continuó su camino y se reunió finalmente con la gran duquesa y el joven príncipe, que venían a su encuentro, y un poco más lejos, el gran duque, el cardenal Juan Carlos y el príncipe Leopoldo. La reunión se caracterizó en todo momento por su carácter familiar, llena de recuerdos del pasado, alegrías del presente y esperanza por el futuro. El matrimonio, que de manera extraña se rompería, fue celebrada bajo los más felices augurios.

Pero apenas transcurrieron dos meses, la princesa comenzó a manifestar un extraño rechazo por su joven esposo; ello se debía sin duda a un episodio acaecido con anterioridad en la corte de Francia, donde se enamoró perdidamente del príncipe Carlos de Lorena, bello y noble príncipe, pero sin patrimonio ni herencia. De modo que ambos jóvenes confesaron su secreto a la duquesa de Orleans. Y he aquí el motivo de tal rechazo. Pero el apoyo de la duquesa de Orleans no sería lo suficientemente fuerte como para luchar contra la debilidad de Gastón y la firmeza de Luis XIV. La boda ya se había acordado, así pues, tenía que llevarse a cabo. Y Cosme cargaría con la pena de todas las ilusiones de felicidad que su mujer había perdido.

En efecto, esta especie de velo de alegría que orgullosamente lucía la novia en su rostro pronto desaparecería, pues comenzó a odiar a Italia y a los italianos, burlándose de sus tradiciones, despreciando sus costumbres, desdeñando las conveniencias; sólo mostró amistad por aquéllos que la habían seguido desde Francia y con los que podía hablar, en su lengua materna, de recuerdos de su patria. Por lo

demás, todo hay que decirlo, Cosme era poco dado a intentar inculcar en su mujer mejores sentimientos. Ascético, altivo y desdeñoso, no era capaz de pronunciar aquellas dulces palabras que apagan el odio y hacen surgir el amor.

Mientras esto sucedía, el príncipe Carlos de Lorena llegaba a Florencia; era allá por el mes de febrero de 1662. La aversión que la joven princesa sentía por su marido aumentó de manera considerable ante la presencia de aquél a quien amaba. Por lo demás, todo el mundo ignoraba la existencia de este amor y nadie —ni siquiera el mismo Cosme— tuvo en ningún momento la más mínima sospecha. Pero hubo más: hacia finales de ese mismo año, la princesa anunció su embarazo y con ello la felicidad vino a suplantar la tristeza habitual que había reinado desde la llegada de Margarita Luisa de Orleans en la corte de Toscana. Es cierto que al mismo tiempo el odio hacia su marido seguía aumentando, pero Fernando siempre respondía a las quejas de su hijo que, sin duda, esta poca simpatía se debía al estado en que su mujer se encontraba. Y a pesar de que este humor sombrío y cargado de odio se hizo aún más visible al marchar Carlos de Lorena, Cosme se mostró paciente; y de este modo, llegó el 9 de agosto de 1663, día en que la princesa daba a luz a su hijo, al que llamaron Fernando en honor de su abuelo.

Como es fácil imaginar, este acontecimiento supuso una gran felicidad, felicidad que se vería pronto truncada, pues las discusiones domésticas no hacían sino aumentar la distancia entre ambos esposos. Al final, las cosas llegaron a tal punto que el gran duque, atribuyendo todas estas rencillas a la presencia de las mujeres francesas que la princesa Margarita Luisa había traído con ella, decidió devolverlas a Francia con todo su séquito y con regalos adecuados; y así lo hizo. Este acto de autoridad no hizo sino aumentar aún más la ira de la princesa. Su dolor rozó la desesperación y esto provocó una ruptura abierta entre los cónyuges. Entonces Fernando, para disimular un poco esta separación, aconsejó a su hijo que hiciera un viaje a Lombardía, y escribió a Luis XIV.

Ya fuera desde lejos o de cerca, todo el mundo acostumbraba obedecer a Luis XIV. Éste dio sus órdenes y la esposa rebelde pareció haberse sometido. Tanto fue así que a finales de 1666 se anunciaba oficialmente un nuevo embarazo. No obstante, había rumores de intriga con un francés de clase baja e incluso se llegó a oír que ella quería fugarse con él. Así que todo el mundo estaba alerta y seguía estos rumores de cerca, de modo que una noche se la oyó tramar un plan de evasión con un gitano a través de una de sus ventanas. Confundida entre los miembros de la compañía y vestida con un traje de gitana huiría con estos miserables.

Semejante aberración sorprendió al gran duque, sobre todo porque la joven princesa estaba encinta de cuatro meses. Así que reforzaron la vigilancia. Pero otra cosa se le antojó a la princesa, un deseo extraño al tratarse de una madre: abortar. Primero lo intentó montando a caballo, eligiendo los caballos que fueran más duros en su trote, luego, cuando se lo prohibieron, comenzó a caminar e incluso un día hizo siete millas atravesando los campos labrados; al final, cuando se agotaron todos los

medios que pudieran perjudicar a su hijo, dirigió su odio contra ella misma y quiso abandonarse, dejándose morir de hambre. Hizo falta la prudencia y la cariñosa persuasión del gran duque Fernando para que abandonara este proyecto y continuara con su embarazo hasta dar a luz a la princesa Ana María Luisa.

El gran duque empleó de nuevo un medio que le había dado buenos resultados: un segundo viaje y otra carta a Luis XIV. De este modo, hacia finales de octubre, una vez el príncipe se hubo asegurado de que la repulsión de su mujer hacia él seguía siendo la misma, partió de incógnito hacia Alemania y Holanda. Allí visitó Innsbruck, bajó el Rin, habló, ante su gran asombro, perfectamente el más puro latín con sabios holandeses y alemanes, se encontró en Hamburgo con la reina Cristina de Suecia y la felicitó por su abjuración, y regresó a Toscana donde fue bien recibido por todo el mundo, excepto por la gran duquesa.

Más tarde partió de nuevo para España, Portugal, Inglaterra y Francia y permaneció un año fuera, regresando con motivo de la agonía de su padre, para subir al trono que éste dejó vacante. De todos modos, las ausencias y órdenes prescritas por Luis XIV dieron su fruto, pues hubo un acercamiento entre ambos esposos y el 24 de mayo, aniversario del día en que Cosme subió al trono, la princesa daba a luz a su segundo hijo en cuyo bautizo recibiría el nombre de Juan Gastón, en honor del abuelo materno.

Tras el nacimiento de este hijo, las desavenencias volvieron a aparecer; pero ahora Cosme tenía dos hijos y ya no temía por la extinción de su estirpe. Perdió la esperanza de ver a la gran duquesa cambiar sus sentimientos hacia él y, cansado de ella, al igual que ella lo estaba de él desde hacía mucho tiempo, le permitió volver a Francia a condición de que ingresara en un convento, el de Montmartre, cuya abadesa era Magdalena de Guisa, y así lo decidieron de mutuo acuerdo. El 14 de junio de 1676 la gran duquesa abandonaba la Toscana y apenas hubo puesto un pie en Francia comenzó a decir que su marido la había echado y que no creía estar obligada a mantener la promesa que le había hecho de recluirse en un convento. Así que todo lo que tuvo de odioso este asunto recayó sobre Cosme, y los príncipes vecinos acabaron por despreciarlo a causa de su debilidad y sus súbditos a odiarlo a causa de su orgullo.

* * *

Desde aquel momento, las cosas comenzaron a irle mal a Cosme. Como hemos observado, una especie de espíritu maligno se había instalado en la familia de los Médicis y ésta, en constante lucha contra él, evidentemente acabará por sucumbir. Apenas su hijo Fernando alcanzó la edad núbil, lo casó con Violante de Baviera, una princesa virtuosa, pero estéril y esta circunstancia fue el pretexto para el joven duque de entregarse a sus desenfrenos que no tardaron en acarrearle una temprana muerte.

Tras la noticia de esta esterilidad, Cosme se apresuró a casar a su segundo hijo

Juan Gastón. Éste marchó a Dusseldorf donde debía desposar a la joven princesa Ana María de SaxeLauenburg, pero a su llegada sufrió una gran desilusión: en lugar de una mujer dulce, graciosa y elegante, tal como había imaginado y así deseaba, se encontró con una especie de amazona de la época de Homero, de voz y modales rudos, acostumbrada a vivir en los bosques de Praga y en la soledad de Bohemia, cuyos únicos placeres eran montar a caballo y la caza, llegando incluso a adquirir en los establos una especie de lenguaje desconocido en toda la corte de Toscana, pues pasaba la mayoría de su tiempo conversando con los caballos.

Poco importaba esta circunstancia, pues Juan Gastón era un hombre bondadoso y nada le procuraba mayor dicha que la felicidad de su país; así que se sacrificó y se casó con la nueva Antíope. Y ésta que, sin duda, tomó por debilidad su dulzura y por humildad su cortesía no sintió sino desprecio por este hombre al que ella miraba por encima del hombro. Cuando Juan Gastón, humillado, le pedía algo, la altiva princesa se negaba a obedecer. Todas las desavenencias que entristecieron el matrimonio del padre vinieron a asaltar la unión del hijo que, cansado de haber sido siempre esclavo de su padre para convertirse luego en mártir de su esposa, se lanzó al juego y al desenfreno con el único deseo de aliviar sus penas. En el primero quemó su herencia y en el segundo arruinó su salud. Al poco tiempo, los médicos avisaron a Cosme del débil estado de salud de su hijo y le comunicaron que alejara de su mente toda esperanza de que un día pudiera darle un heredero a la corona.

Así que el pobre Cosme recurrió al cardenal Francisco María, su hermano, que con cuarenta y ocho años se encontraba en pleno apogeo de su madurez y pensó: «él será el encargado de hacer florecer la rama de los Médicis». El cardenal, pues, renunció a sus honores eclesiásticos y consintió en casarse. Pronto sería celebrado su compromiso con la princesa Eleonora de Gonzaga. La felicidad volvió a reinar en la familia, pero esta familia estaba condenada. Los rechazos que el ex cardenal en los primeros días de casados había tomado como las últimas muestras de pudor se prolongaron más de lo normal. Francisco María se apercibió de que su mujer había tomado la decisión de cumplir sólo del matrimonio las ceremonias exteriores, pero en realidad no observaba sus deberes conyugales. Recurrió a la autoridad paterna, a la ayuda de sacerdotes, rogó, conjuró, amenazó, pero todo fue en vano. Así que mientras Fernando lloraba la esterilidad forzosa de su mujer, Francisco María escribió a su hermano para anunciarle la esterilidad voluntaria de la suya. Cosme inclinó su cabeza poblada ya de canas y aceptó la voluntad de Dios, que es en definitiva quien ordena que todo lo humano, por muy grande que sea, tenga un final y observó la Toscana situada entre la avidez de una potencia y las pretensiones de otra y quiso ofrecerle a Florencia, a fin de salvarla de esta doble pretensión foránea, su antigua libertad. Encontró apoyo en Holanda y en Inglaterra, pero obstáculos en otros Estados, sobre todo en la Toscana. Cosme vio morir a su hijo Fernando y a su hermano Francisco María; y él mismo también moriría el 24 de octubre de 1723 después de haber asistido, al igual que lo hiciera Carlos V, no sólo a su propio

funeral, sino también, como Luis XIV, a los de su estirpe.

Todo lo que había comenzado a declinar bajo el reinado de Fernando II terminó por derrumbarse bajo el de Cosme III. Altivo, supersticioso y pródigo se alienó el pueblo por su orgullo, por la influencia que otorgó a los sacerdotes y por los impuestos excesivos con los que cargó a los ciudadanos para así enriquecer a los cortesanos, dotar las iglesias y hacer frente a sus propios gastos. Bajo Cosme III todo se convertiría en venal: quien tenía dinero podía comprar los puestos de trabajo; quien tenía dinero, podía comprar los honores; en fin, quien tenía dinero podía comprar todo aquello que los Médicis nunca habían vendido: la justicia.

En cuanto a las artes, pasó con ellas como pasó con otras tantas cosas: sufrieron la influencia del carácter de Cosme. En efecto, para este último gran duque, ciencias, letras, estatuaría y pintura no suponían gran cosa a no ser que contribuyeran a ensalzar su inmenso orgullo y su despreciable vanidad: he aquí la causa de que no se produjera nada importante bajo su reinado. Pero, a falta de producciones contemporáneas, Paolo Falconieri y Lorenzo Magalotti afortunadamente consiguieron despertar su amor propio y ello le hizo continuar la obra de Fernando y del cardenal Leopoldo en la galería de los Uffizi; y, como consecuencia de ello, Cosme reunió todo lo que su padre y su tío ya habían dispuesto a tales efectos y añadió todos los cuadros, estatuas, así como todas las medallas que había heredado de los duques de Urbino y de la familia Della Rovere —obras de arte entre las que se encontraba el colosal busto de Antinoo—, y todo ello lo hizo traer con gran pompa a este magnífico museo cuyo enriquecimiento era siempre aplaudido por todos, aunque estos tesoros que iba amasando sucesivamente fueran entregados tanto por generosidad como por vanagloria.

Los sabios que brillaron durante el reinado de Cosme fueron:

El físico Magalotti, el anatomista Bellini, el matemático Viviani, el médico Redi, el anticuario Noris y el bibliómano Magliabechi.

Los hombres de letras fueron:

El padre Bandieri, el doctor Antonio Cochi y el poeta y senador Filicaia.

Los pintores fueron:

Domenico Gabbiani, Pietro Dandini, Giuseppe Nanni y Tommaso Redi.

Y, por último, los escultores fueron:

Massimiliano Soldani, Giovanni Battista Fogini y Carlo Marcellini.

De todos estos hombres, Filicaia fue quizás el único que disfrutó y conservó una cierta celebridad y ello fue debido al canto fúnebre con el que saludó la caída de Italia.

El gran duque Cosme tenía por divisa un navío en el mar, guiado por las estrellas de los Médicis con este exergo: CERTA FULGENT SIDERA. Y es curioso que esta divisa fuera elegida justo en el momento en que las estrellas iban a apagarse y el navío a naufragar.

Los toscanos veían con cierto temor cómo Juan Gastón alcanzaba el poder

absoluto. Los desenfrenos del joven príncipe, muy bien escondidos, tenían lugar en las salas bajas del palacio Pitti, pero pronto comenzaron a salir a la luz y se hablaba de voluptuosidades monstruosas que hacían pensar en las de Tiberio en Capri o las de Enrique II en el Louvre. Al igual que aquel antiguo tirano, y como el Heliogábalo moderno, Juan Gastón tenía un grupo de cortesanas y un montón de efebos sacados tanto unas como otros de las clases más bajas de la sociedad. Normalmente recibían unos emolumentos fijos, que podían aumentar o restringirse según los caprichos más o menos satisfechos de su señor. Y hubo incluso un nombre que se creó para este nuevo asunto: las mujeres se llamaban *ruspante* y los hombres *ruspanti*, pues así se designaba la moneda de oro con la que eran pagados, conocida por *ruspone*. Todo esto era tan inaudito y antihumano que hubiera parecido increíble si no fuera porque las memorias del tiempo están ahí, todas uniformes, acusadoras, constatando con el más puro estilo cínico de la época los mil episodios de estas saturnales que hubieran podido parecer fruto de los caprichos de la fuerza y que no eran más que la desvergüenza del agotamiento de esta estirpe.

Es por ello que cuando Juan Gastón subió al trono, todo se encontraba ya muerto a su alrededor y él mismo no era más que un moribundo. Sin embargo, semejante a una llama que va apagándose y que retoma su fuerza para extinguirse con un último destello, él recordó toda su vida a fin de reaccionar contra los errores paternos. Apenas fue nombrado gran duque echó de su corte a todos los que se dedicaban a vender puestos de trabajo, a los prevaricadores y a los espías. La pena de muerte, tan frecuente en tiempos de su padre y terrible sólo para los pobres —con dinero los ricos podían negociar—, también fue prácticamente abolida.

Y viéndose forzado a renunciar al trono, pues había perdido toda esperanza de obtener descendencia, hizo todo lo que pudo para que al menos la Toscana (pues así era por derecho reservado suyo con respecto a Carlos V y a Clemente VII) pudiera escoger un sucesor elegido en su propio seno y, por lo tanto, quedar exenta de la triple dominación extranjera que la amenazaba. Pero los ministros de Francia, de España y de Austria rompieron esta última voluntad y le dieron a Gastón, que aún se encontraba con vida, como sucesor, como si ya estuviera muerto, al príncipe don Carlos, hijo mayor de Felipe V, rey de España, que parecía que, efectivamente, tenía derecho al trono de Toscana por parte de su abuela María de Médicis. Y en virtud de esta decisión, el 22 de octubre de 1731, Juan Gastón recibió del emperador una carta en la que le anunciaba la elección de este príncipe español y que ponía a don Carlos bajo su tutela. Juan Gastón arrugó la carta y la tiró lejos de él murmurando:

—Sí, sí, me hacen el honor de nombrarme tutor, pero me tratan como si fuese su pupilo.

Pero, fuera cual fuese el dolor de Juan Gastón, éste tuvo que acatar las órdenes; inclinó la cabeza y se dispuso a esperar a su sucesor quien, protegido por la flota anglo-española, entró en el puerto de Livorno la tarde del 27 de diciembre de 1731. Juan Gastón había luchado durante nueve años: era todo lo que podían pedir de él.

Juan Gastón recibió al joven gran duque en el palacio Pitti sin ni siquiera salir de su cama, pero fue más para ahorrarse las formalidades de la etiqueta que no porque realmente sufriera de algún mal. Don Carlos era un muchacho de dieciséis años, guapo como corresponde a un Borbón, generoso como un Médicis y franco como un descendiente de Enrique IV. Juan Gastón a quien nadie amaba desde hacía mucho tiempo y no tenía nadie a quien amar, se encariñó pronto con el chico al que había rechazado en un principio; de modo que cuando llamaron al joven para la conquista de Nápoles al reino de las Dos Sicilias, Juan Gastón vio partir con lágrimas de dolor al que había visto llegar con lágrimas de vergüenza.

El sucesor escogido de don Carlos fue el príncipe Francisco de Lorena. El gran ducado de Toscana le fue acordado como indemnización por la pérdida de sus Estados, definitivamente anexionados a Francia. Juan Gastón conoció esta decisión cuando ya fue tomada y ni tan sólo fue consultado en la elección de su heredero, pues ya lo consideraban tachado de la lista de los príncipes. Y, en efecto, tenían razón, pues encorvado a causa de los fuertes dolores que sufría, hecho trizas por todas las humillaciones recibidas, devorado por la impotencia, poco a poco Juan Gastón se iba apagando. Desde hacía ya mucho tiempo sus dolencias no le permitían caminar. Pero para retrasar el fatídico día en que se acostara para no levantarse nunca más, se hacía transportar en un sillón cuando se desplazaba de un apartamento a otro.

No obstante, unos días antes de su muerte, Juan Gastón sintió una leve mejoría y por uno de esos fenómenos peculiares y extraños de ciertas enfermedades, recobró por un momento sus fuerzas cuando parecía que éstas lo iban a abandonar definitivamente. Así que Juan Gastón aprovechó para asomarse a las ventanas del palacio Pitti y mostrarse a este pueblo que había conseguido que lo amase y que cada día acudía a la plaza para obtener alguna noticia suya. Ante su inesperado aspecto, la multitud estalló en gritos de alegría y estos gritos fueron como un bálsamo para el afligido corazón del pobre moribundo. Y a este pueblo, que le profesaba esta prueba de amor, tendió sus manos llenas de oro y plata y pensó que nunca podría tener bastante como para pagar este momento de felicidad que la Providencia le estaba procurando en recompensa a su bondad. Pero sus ministros, que ya estaban ahorrando para su sucesor, lo reprendieron por estos gastos desmesurados. Así que, no pudiendo dar nada bajo pena de ser tildado de pródigo, Juan Gastón le dijo al pueblo que compraría todo lo que buenamente pudieran traerle. Y de este modo un curioso mercado, una hasta entonces desconocida feria se instaló en la noble plaza Pitti. Por la mañana Juan Gastón subía a duras penas la doble escalera que conducía a las ventanas de la planta baja y compraba a precio de oro todo lo que le llevaban: cuadros, medallas, objetos de arte, libros, muebles, en fin, de todo, pues era ésta la manera que su corazón le había sugerido de devolver al pueblo una pequeña parte de todo el dinero que le había sido arrancado a causa de las exacciones de su padre. Finalmente, el 8 de julio de 1737 no volvió a aparecer por esta ventana tan conocida y al día siguiente anunciaron al pueblo que Juan Gastón acababa de exhalar su último

suspiro; y con este último suspiro se apagó la gran estirpe de los Médicis, cuyos vicios quedaron en su época, pero cuyas virtudes permanecerían por los siglos.

Francisco I de Lorena era el gran duque de Toscana.

En medio de todos los males que padeció la familia y de todos los enredos políticos que habían atormentado sin cesar su vida, Juan Gastón tuvo también algunos momentos para pensar en el arte: depositó en la galería de los Uffizi una colección de más de trescientas piedras preciosas admirablemente grabadas, y también tuvo la genial idea de aquella bella publicación que fue terminada en 1762 bajo el título de *Museum florentinum*, y que dedicó a su sucesor.

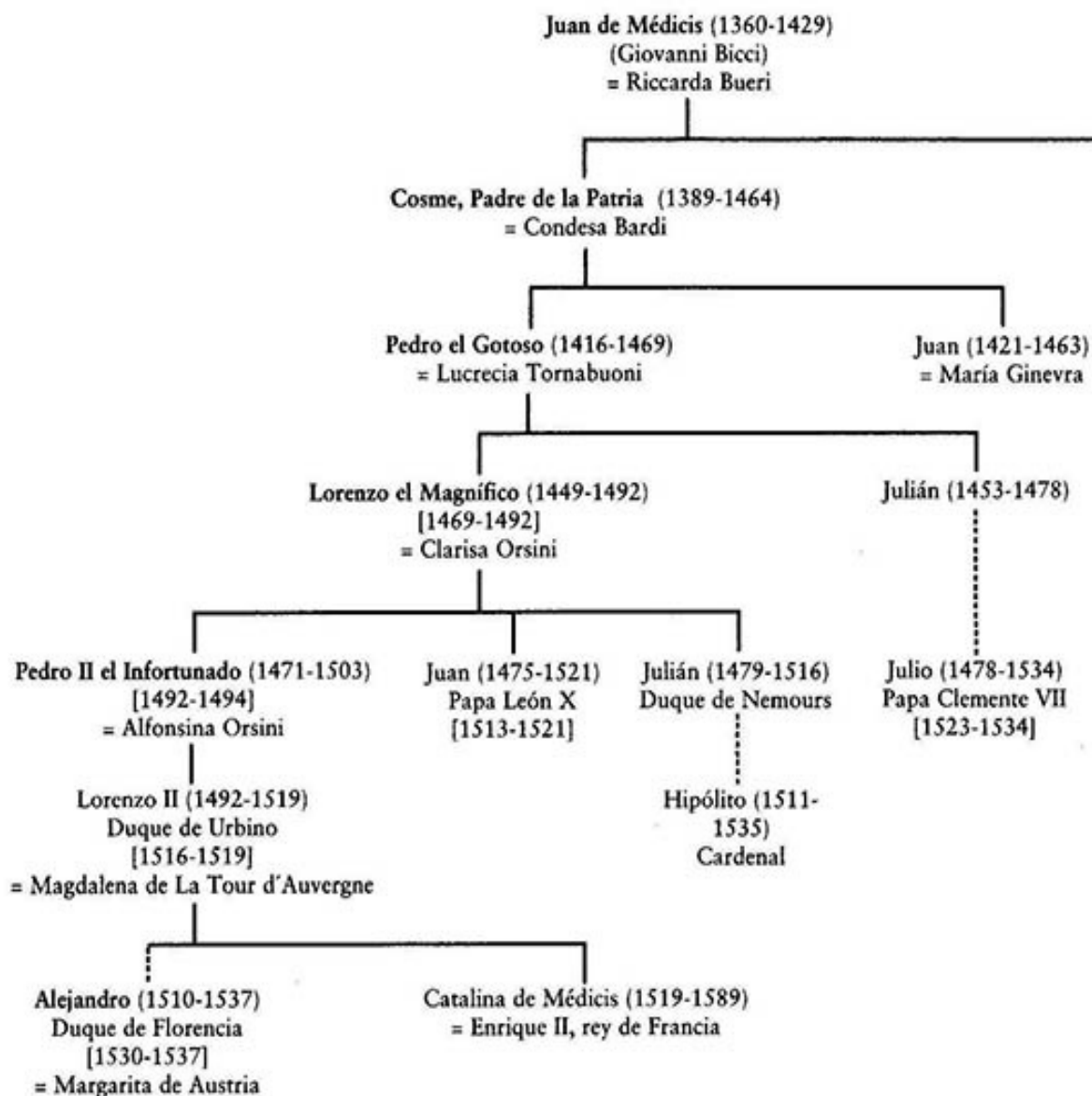
Quizás pueda parecer extraño que nos hayamos extendido tanto en la historia de una familia. Pero es que, hay que reconocer que el arte creció y decayó con esta familia y, cosa curiosa, sufrió todas las variantes de grandeza y bajeza que los mismos Médicis sufrieron.

De esta manera, con la grandeza ascendente de Averardo, de Juan de Bici y de Cosme, el Padre de la patria, el arte se elevó con Cimabue, Giotto y Masaccio; con Lorenzo el Magnífico, el arte hizo una pausa para retomar fuerzas: Leonardo da Vinci, fra Bartolomeo, Miguel Ángel, Tiziano, Rafael y Andrea del Sarto nacieron. Bajo León X, todo lo que prometía se mantuvo y todo lo que era flor se convirtió en fruto; bajo Cosme I, llegado a la más alta cima del poder, el arte alcanzó todo su apogeo, y el arte y los Médicis, no pudiendo llegar más alto, comenzaron a declinar: los Médicis con Fernando I, Cosme II y Fernando II; el arte con Vasari, Barroccio, Allori, Giovanni de San Giovanni y Matteo Rosselli. Hasta que ambos cayeron juntos, el arte con los Gabbiani y los Dandini, y los Médicis con Cosme III y Juan Gastón.

Pero que los Médicis descansen en paz en sus tumbas de mármol y de pórfido, pues ellos hicieron más para gloria del mundo que lo que nunca antes había hecho nadie, y que nunca hicieron después ni príncipes, ni reyes, ni emperadores.

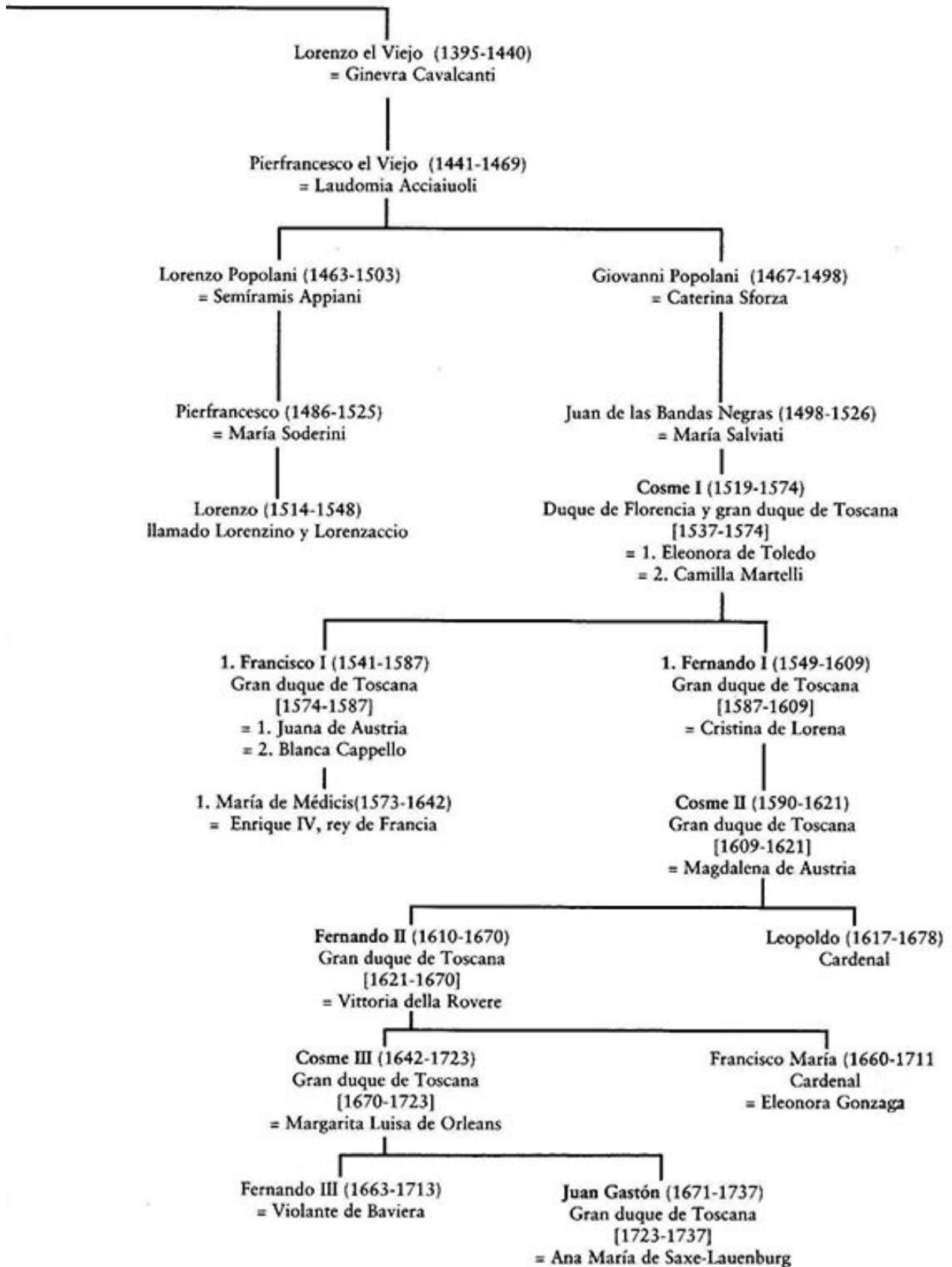
**ÁRBOL GENEALÓGICO
DE LOS PRINCIPALES MIEMBROS
DE LA FAMILIA MÉDICIS**

RAMA MAYOR



Leyenda:
 = casado/a con...
 en negrita: gobernante
 ⋮ : hijo ilegítimo
 []: fechas de gobierno o de papado

RAMA MENOR





ALEXANDRE DUMAS (Villers-Cotterêts, Francia, 24 de julio de 1802 - Puys, cerca de Dieppe, Francia, 5 de diciembre de 1870), conocido en los países hispanohablantes como Alejandro Dumas, fue un novelista y dramaturgo francés. Hijo del general francés Thomas Alexandre Davy de la Pailleterie, mejor conocido como Thomas-Alexandre Dumas, y de Marie-Louise Elisabeth Labouret. El general muere de cáncer a los 43 años, cuando Alexandre Dumas tenía cuatro años de edad. Una investigación reciente del escritor y periodista neoyorquino Tom Reiss sobre la vida de Alejandro Dumas, compilada en su libro *El Conde Negro*, revela que las experiencias vividas por el padre de Dumas, el general Thomas Alexandre Dumas, fueron las que inspiraron buena parte de *El Conde de Montecristo* y de *Los Tres Mosqueteros*.

Dada la exigua pensión de que disponía su madre, Dumas recibió una escasa educación escolar. Con unos estudios deficientes empezó a trabajar como mensajero, vendedor de tabaco y como pasante de un notario. Dumas tenía un carácter indómito y soñador, dedicaba su tiempo a la caza y al cortejo de las muchachas de su edad. En 1822 realizó su primer viaje a París, financiado con el producto de la caza. Quedó fascinado por la ciudad y el teatro. Por ello, unos meses después decidió volver con algunas cartas de recomendación para los antiguos amigos de su padre. En 1823 se instala en París y entra al servicio del Duque de Orléans como escribiente, gracias a su perfecta caligrafía y a la recomendación del General Foy. Continúa escribiendo y completando su formación de manera autodidacta. En 1825 se estrena su primer *vaudeville*, *La caza y el amor* y en 1826 publica su primera novela en prosa, *Blanca de Beaulieu*.

Repartía el tiempo entre el trabajo, el estudio y el amor, que en 1824 lo sorprendió con un hijo, Alejandro Dumas hijo, fruto de su romance con la costurera Marie-Catherine Lebay. El 5 de marzo de 1831 vino al mundo Marie-Alexandrine, fruto de su relación con la actriz Belle Krebsamer, quien lo obligó a reconocer a la recién nacida, así como a su primogénito. En 1832 Dumas realizó su primer viaje al extranjero (Suiza). Siguió Italia (1835), Bélgica y Alemania (1838). Así inició su producción de diarios de viajes. También en 1838 sufrió la pérdida de su madre, a quien siempre dedicó sus mayores cuidados. En 1840 se casa con la actriz Ida Ferrer. Aunque no duró mucho el matrimonio, continuó ligado a ella debido a asuntos legales y económicos.

Es un autor prolífico (tragedias, dramas, melodramas, aventuras...) aunque, para atender a la creciente demanda del público, tuvo que recurrir a la ayuda, notoria, de «colaboradores» entre los que destacó Auguste Maquet (1839-1851) que intervino en varias de sus novelas, entre ellas *Los tres mosqueteros* y *El Conde de Montecristo* (1844). Amasó una considerable fortuna que dilapidó con prodigalidad en fiestas y cenas.

En 1870 Dumas se refugia en la casa de campo de su hijo en Puys, imposibilitado de regresar a la capital por la guerra con Prusia y su estado de salud. Muere de un ataque al corazón el 5 de diciembre, el mismo día en que los prusianos entraban en el pueblo.

Publicó aproximadamente 300 obras y numerosos artículos, convirtiéndose en uno de los autores más prolíficos y populares de Francia. Sus novelas van desde la aventura a la fantasía, pasando por la historia y el terror.

Notas

[1] «Arrancado el primero, no falta un segundo brote áureo, y un retoño se cubre de hojas del mismo metal».

ÆNEIDOS, LIBER VI. VERGILI. <<

[2] En efecto, desde Cosme, el Padre de la patria, la gota fue hereditaria en la doble rama de los Médicis; y quizás por ello no hubo ni uno sólo de sus miembros que, pasados los cuarenta años, no fuera atacado por esta enfermedad. <<